HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

10



Punta seca, de María Carmen de Aráoz Alfaro

30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior

HOMBRE de AMERICA
FUERTE y LIBRE

Año II — JUNIO DE 1941 — Nº 10

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

Redacción y Administración:
ALSINA 736
BUENOS AIRES
República Argentina
U. T. 34 -- Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar - Miguel Angel Angueira - Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu - Julio R. Barcos - Leónidas Barletta - José Basiglio Agosti - Prof. Francisco C. Bendicente - Ing. Carlos Bianchi - Aurora Bogú - Dr. Gonzalo Bosch - Marta Brunet - Herminia Brumana - Antonio J. Bucich.

Campio Carpio - Oscar Cerruto - Víctor Chambi - Dr. Florencio Charola - Justino Cornejo (Quito - Ecuador) - Dr. Enrique Corona Martínez - Olga Cossettini.

Carlos de Baraibar (Chile) - A. Díaz Urrieta - Raúl Dell' Sendero - Serafín Delmar (Perú).

Luis Fernández Zárate - Agustín Ferraris - Waldo Frank (Nueva York).

Gerarddo Gallegos (La Habana) - Dr. Rafael Grinfeld - Gilberto González y Contreras (La Habana) - José Grünfeld.

Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (Méjico) - Joshua Hochstein (Nueva York).

Layle Lane (Nueva York) Dr. Enrique Loedel Palumbo - Alfonso Longuet.

Mauricio Magdaleno (Méjico) - Ing. Jacobo Maguid - Alberto Maritano - Aurelio Martínez (Puno - Perú) - Ing. Aquiles Martínez Civelli - Augusto Mateu Cueva (Lima - Perú) - Paula Molina - Félix Molina Téllez - Roberto Miranda.

Dr. Isidro J. Odena - Juan G. Olmedilla - Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Caracas -Venezuela) - Armando Panizza - María Luisa Petettin - Magda Portal - Enrique Portugal - Jacobo Prince - Dra. Lola Quiroga.

Eugen Relgis (Bucarest) - José Riera (La Paz - Bolivia) - Octavio Rivas Rooney - Emilio Rodríguez Demorizi (Rep. Dominicana) - Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack - Dr. Alberto Sagastume Berra - Diego Abad de Santillán - Dr. Jaime Scolnik - S. Fanny Simón (Nueva York) - Dr. Joao de Souza Ferraz (Brasil) - Juan Antonio Solari - Agustín Souchy.

Andrés Townsend Ezcurra - Jacinto Toryho - Prof. Víctor Troncoso (Chile) - Ricardo Tudela.

Ing. Manuel Ucha Udabe.

Rafael Heliodoro Valle (Méjico) - Antonio Vázquez Escalante - Arturo Vilches - Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Carybé - Gustavo Cochet - Emma Jauch- Kras - Pedro Olmos - José Planas - Francisco A. de Santo.

LA IDEA DE UN NUEVO MOVIMIENTO SOCIAL

DOS hombres de indiscutida solvencia moral e intelectual han planteado en forma concreta la necesidad de crear un nuevo partido o movimiento social, capaz de interpretar el momento crítico por que atraviesan las instituciones humanas, la estructura misma de la sociedad, planteando soluciones efectivas a los problemas vitales, que no pueden ser resueltos con los métodos tradicionales hasta hoy empleados. Nos referimos a Heriberto G. Wells y a Waldo Frank.

No son ellos los únicos que sugieren hoy al mundo estos problemas con carácter de urgencia. Son múltiples los pensadores y sociólogos que coinciden actualmente en la necesidad de prever y adaptarse a las nuevas condiciones en que se deben desenvolver las relaciones entre los hombres y los pueblos de todo el mundo, cuyos efectos serán impresionantes cuando, disipado todo el humo y las emanaciones producidos por la guerra, se presente ante nuestra vista el espectáculo de una humanidad sin similitud con la previa a la contienda.

Pero elegimos a Wells y a Frank, y limitamos nuestra consideración a sólo uno de los aspectos que ellos plantean, porque no es intención nuestra dar una idea superficial y panorámica de su pensamiento, sino tratar de hallar en qué forma puede ser puesto en práctica, realizado en nuestra tierra, por nuestra decisión y voluntad.

Además, sin hacer una cuestión de índole nacional, debemos tener en cuenta que Wells expone valientemente sus ideas desde el corazón del imperio británico, en plena guerra; Frank nos habla desde el extremo norte de nuestro continente, desde los Estados Unidos, cuya fraternidad tanto anhelamos y del que tan distantes nos sentimos; y nosotros pensamos y expresamos nuestros sentimientos desde un punto geográfico donde, además de poder tener una visión general, mundial, de los problemas, estamos en condiciones de estudiar las características propias de esta unidad regional constituída por Centro y Sud América, tratando de hallar en qué forma puede integrarse al conjunto de esfuerzos con finalidades renovadoras y reconstructivas que se está organizando en Europa y en los Estados Unidos.

H. G. Wells es terminante:

"La enfermedad del mundo es el sistema del nacionalismo individualista y de las empresas no coordinadas, y lo que ha de desaparecer es el sistema entero. Debe ser recondicionado hasta en sus fundamentos o reemplazado. No se puede esperar "desentenderse del asunto" otra segunda vez amigablemente, pródiga y peligrosamente. La paz mundial significa revolución completa".

Y más adelante:

"Es una fase de la vida humana que puede llevar a un **nuevo método de vida** para nuestra especie, o bien a una más larga o más breve caída en la violencia, en la miseria, en la destrucción, en la muerte y extinción de la humanidad. No estoy empleando aquí simples frases retóricas: siento y pienso exactamente lo que digo: la desastrosa extinción de la humanidad. Tal es lo que nos espera, tal es el problema que tenemos ante nosotros. No es un pequeño problema de salón político lo que debemos considerar. Mientras escribo, en este momento, millares y millares de hombres son muertos, heridos, cazados, maltratados, atormentados, arrojados en la más intolerable y desesperanzada ansiedad y destruídos moral y mentalmente, y nada se ve actualmente que pueda detener la expansión de ese proceso y evitar que nos alcance y alcance a todos los vuestros. Se aproxima a gran velocidad. Plenamente, en cuanto somos criaturas capaces de previsión racional, lo que nos corresponde es hacer de este problema de la paz mundial el interés y objetivo dominante de nuestras vidas. Si le huímos, nos perseguirá y nos alcanzará. Tenemos que enfrentarlo. Tan imperativo y tan amplio es".

Como consecuencia, Wells llega a la conclusión de que hay que reorganizar por completo al mundo y sugiere la formación de un partido, exponiendo los conceptos que destacamos en recuadro.

Waldo Frank, precisamente en el trabajo publicado por HOMBRE DE AMERICA en su número 8, llega a las mismas conclusiones, que reproducimos aparte, afirmando además:

"Un estado socializado de América, que será una unión de personas y grupos de personas trabajando en una economía de bienestar, una unión de pueblos en una confederación de paz, no es un sueño ocioso y utópico, muchachos y muchachas: es la misma carne de vuestras vidas, fuerte como el hueso, profundo como la sangre; es lo que necesitáis como seres humanos, urgente como el llamado de vuestro sexo por el dolor del parto y el gozo de su cumplimiento. Y, como la circulación de la sangre en vuestras venas, este camino no es el fin: es el verdadero comienzo".

Después de dejar perfectamente demostrado que la actual organización social de ninguna manera podrá perdurar con posterioridad a la guerra, que ha destrozado toda posibilidad de regreso a un equilibrio dentro de las contradicciones del sistema, tanto Wells como Frank manifiestan que los partidos políticos actuales y, sobre todo, sus dirigentes son incapaces de adaptarse a estos hechos nuevos que no constaban en sus programas, que ellos no desean y que son impotentes de evitar.

La realidad demuestra que es suma-

mente difícil que los hombres conductores de las masas, ya desde los partidos mayoritarios, ya desde las oposiciones minúsculas, se desprendan de sus preconceptos, de sus anacronismos, de sus fórmulas hechas, de sus métodos tradicionales que han perdido toda eficacia en la actualidad. No es fácil ubicar la visión por encima de los intereses momentáneos y parciales, trazando una perspectiva hacia el futuro inmediato. Y es por ello que no es posible seguir tales orientaciones, que no nos condujeron a la meta ansiada en las épocas que tuvieron probabilidades de hacerlo, pero que ahora impulsan directamente a la derrota o al suicidio.

Existe cierta diversidad entre las apreciaciones parciales de ambos escritores, sin que ello afecte a sus conclusiones: Wells hace una crítica demoledora hacia todos los partidos, desde los conservadores hasta los marxistas más extremistas; no confía en absoluto en ellos ni en sus integrantes. Waldo Frank, en cambio, cree todavía que es posible recoger del naufragio a elementos sanos de aquellos partidos, hombres "decepcionados que se aferran a su vieja fe", "muchos de los cuales han sacrificado el confort y los medios de subsistencia y hasta han arriesgado la vida por la causa en que creían y no saben hacia dónde dirigirse".

Pero ambos coinciden —y en esto conquistan todo nuestro apoyo— en que nada de lo imprescindible para encauzar los destinos de la humanidad por la senda de su sobrevivencia en libertad podrá efectuarse dentro de los marcos de los viejos partidos, ni de los nuevos que sólo difieren en distintas fórmulas demagógicas y que, en esencia, contienen todos los vicios e idéntica carencia de soluciones que aquéllos.

"Ya es hora de crear un partido político que comprenda la profunda máxima de Blake de que la verdadera política es religión: un partido tan ferviente de nuestro valor de Síntesis como lo fueran los Padres Revolucionarios de su transitorio valor de Antítesis, de bienestar. Dicho esto, me percato que estoy fuera de mi radio. Sin duda este es un libro político, pero en el sentido de los PRINCIPIOS, no de las plataformas. Sé muy bien que los partidos políticos no han surgido de las mesas de los poetas y de los críticos de la cultura. También sé que los elementos de los partidos surgen y se reúnen en el choque de las luchas económicas básicas del pueblo; que la esencia de la acción política es el compromiso pragmático, veneno de los intelectuales y de los artistas; y que solamente en la medida que la obra del poeta y del crítico hayan penetrado el estrato de la masa, pueden los hombres como yo participar en la creación política indirectamente y desde la distancia. En otras palabras, yo debiera callar acerca de "mi" partido político, puesto que jamás he de fundar partido alguno; y atenerme solamente a las materias sobre las que puedo decir que conozco algo como en mi crítica, cultural-filosófico-psicológica, de los partidos existentes.

Está fuera del alcance incluso de mi fantasía discutir cuales serán los métodos de este partido. La Revolución, repito, está acá".

WALDO FRANK

(De su libro **Chart For Rough Water**)

Por nuestra parte, queremos refirmar la identidad de conceptos en esta fase que podríamos denominar crítica, con algunas breves consideraciones, que surgen de estas evidencias:

Ninguno de los partidos y organizaciones cuyo objetivo manifiesto es la reforma de la estructura societaria en base a una mayor justicia e igualdad ha logrado crear las condiciones mínimas para la realización de sus finalidades.

Los más moderados han demostrado, con su fracaso, que no se obtienen por medios evolucionistas o reformistas los objetivos de mejoramiento social.

Los más avanzados no han conseguido crear en el pueblo la conciencia revolucionaria, el espíritu de lucha, la organización adecuada, para la conquista por vía de la acción de las reivindicaciones y derechos que la violencia ejercida por el Estado actual niega o cercena.

Como consecuencia, trágica pero cuyo reconocimiento es indispensable, no existen en la actualidad en el mundo fuerzas capaces de actuar eficazmente para:

Impedir la guerra y anular sus causas.

Contrarrestar y aniquilar al fascismo.

Reemplazar las instituciones y toda la estructura del régimen capitalista, a pesar de hallarse éste en plena descomposición.

Nos referimos, concretamente, a la realidad de hoy. Contra nuestras afirmaciones podrán citarse infinidad de hechos ya históricos que señalan orientaciones que en su momento fueron precisas y que idealmente pueden ser consideradas insuperables. Pero no tomamos en consideración lo ideal, sino lo real.

También nosotros, mental y sentimentalmente, mantenemos con firmeza la convicción de la practicabilidad de la ideología que representa la mayor tendencia hacia la libertad.

Pero, como hombres que no nos conformamos con fórmulas ideales, que nos sentimos íntimamente impelidos a la acción, que ansiamos participar en la lucha social y no ser espectadores ni víctimas, nos hacemos constantemente estas preguntas:

¿En qué grado pueden nuestras ideas, las que consideramos más razonables y eficaces, gravitar en los acontecimientos inmediatos?

¿Cómo lograr, si no su realización total, la posibilidad de que esas ideas sean compartidas por la mayoría del pueblo o, por lo menos, crear las condiciones para luchar con el objeto de establecerlas?

A nuestro juicio, estas preguntas debieran formulárselas todos los hombres, de distintas ideologías, pero con idéntica aspiración final, que sean sinceros y posean la suficiente agilidad mental para sobreponerse a preconceptos propios, a presuntos axiomas teóricos, a la visión limitada de pequeño círculo o sector.

Los hechos que han dejado un saldo positivo, enseñanzas provechosas, desde la última gran guerra, han sido realizados, en su totalidad, fuera de la órbita de los partidos políticos.

Los Consejos de Baviera fueron creados por una minoría revolucionaria, que les dió vida y los organizó eficientemente, siendo destruídos por orden de los jefes del partido socialdemócrata alemán.

La Comuna de Hungría fué una creación igualmente independiente y ha sido sofocada también por fuerzas políticas bajo la dirección de las potencias que hoy sufren la agresión nazi.

La heroica lucha defensiva de los socialistas austríacos, tan valiente como tardía, fué realizada contrariando las disposiciones de las autoridades partidarias, aunque uno de los jefes fuera el de más destacada actuación.

En España, los hechos son demasiado recientes para no recordarlos. Fué el pueblo, encabezado por organizaciones no políticas, quien hizo frente a los fascistas el 19 de julio de 1936, cuando el gobierno estaba prácticamente entregado; quien salvó provisoriamente a Madrid el 7 de noviembre, cuando las autoridades huían camino a Valencia, y quien, de no tener que luchar con su retaguardia emponzoñada por las maniobras políticas, hubiera podido cambiar el resultado de la guerra civil. En España, las realizaciones socializadoras y colectivistas, al margen del Estado y en forma totalmente distinta a la organización capitalista, han demostrado ser no solamente factibles, sino altamente eficientes.

Como contraste, la experiencia de la revolución rusa, iniciada de modo tan promisorio, pero cuya conducción por parte del partido único a la creación de un Estado extraordinariamente centralizado, manteniendo la estructura del antiguo régimen en lo fundamental y efectuando un relevo del poder en nombre de la dictadura del proletariado, nos ofrece la deplorable realidad de la alianza con Hitler.

Insistimos, no obstante, en que las acciones citadas, que pueden ser consideradas como ejemplo, difícilmente puedan repetirse en la actualidad. Ellas fueron consecuencia de condiciones especiales que ya no existen y no se reproducirán; únicamente adaptándose a las nuevas circunstancias podrían lograr idéntica eficacia y más prolongada vivencia.

No hace falta manifestar que en América, por ejemplo, la situación es enormemente distinta al ambiente en que se desenvolvieron aquellos hechos. Estamos seguros de que, incluso en España, un movimiento liberador próximo deberá tener características muy distintas al que existió hasta el triunfo franquista.

La Europa de la posguerra no tendrá nada de común con la anterior.

La América de la posguerra estará, a pesar suyo, influenciada y obligada a marchar al ritmo de la nueva o la más anciana Europa.

Los partidos, las organizaciones que sólo tienen programas defensivos, que sólo luchan **contra** algo o contra todo y no tienen objetivos **por** conquistar, ninguna influencia podrán prolongar.

La fraseología huera, que hoy se enfrenta en los países democráticos a la dinámica belicista nazi, tendrá inevitablemente que derrumbarse por ausencia de basamento y estructura.

Retornamos, pues, a la necesidad de reemplazar todo esto que se desliza hacia el precipicio, por una nueva concepción de la organización social. Y ello requiere la actuación de nuevas fuerzas o, por lo menos, la reagrupación de elementos existentes bajo nuevas orientaciones.

"La reorganización del mundo tendrá ante todo que ser principalmente obra de un "movimiento" o Partido, o religión, o culto, o como quiera llamársele. Podríamos designarlo como el Nuevo Liberalismo o el Nuevo Radicalismo o algo por el estilo. No tendrá que ser una agrupación estrecha, dentro de los límites rígidos de un verdadero partido político. Por el contrario, tan holgada ha de ser su organización como elevados son sus propósitos; pero si un suficiente número de inteligencias a través del mundo, sin consideraciones de raza, de origen ni de costumbres económicas y sociales, puede ser llevado al reconocimiento libre y sincero de los puntos esenciales del problema humano, entonces quedará asegurada su colaboración efectiva en un esfuerzo decidido, consciente y explícito por la reconstrucción humana.

"Y, para empezar, deberán hacer todo lo posible por expandir y perfeccionar esta nueva concepción de un nuevo orden mundial, que ellos considerarán como el único programa práctico para sus actividades, mientras al mismo tiempo tratarán de descubrir y catequizar, por todas partes, a toda persona intelectualmente capaz de adherir a tan amplias ideas y moralmente dispuesta a realizarlas".

H. G. WELLS

(De su libro **El Nuevo Orden del Mundo**)

Y, así como coincidimos en absoluto con Wells y Frank en la parte crítica de la actualidad y en los objetivos inmediatos y finales de un movimiento a surgir, consideramos también que éste, en Sud y Centro América debe poseer características propias, que reflejen vitalmente las condiciones de estos países, para ser realmente eficaz.

No puede ser de tipo intelectualista, ni cerebral, ni fundamentado en concepciones ideales, sino en la realidad cruda, desagradable y, en muchos aspectos, poco edificante, de nuestra tierra.

No debe ser como Unión Federal, por ejemplo, que tiende a solucionar las graves contradicciones de nuestra sociedad con refecciones parciales, manteniendo la base del sistema.

Debe ser un movimiento que interese, congregue y movilice a grandes masas de población, a su mayoría, dando participación en la lucha a todos aquellos sectores del pueblo que hasta hoy ni siquiera han sido considerados por los dirigentes de las fuerzas de mayor arraigo.

Naturalmente, no vamos a sentar acá —teóricamente e incurriendo en los mismos errores que hemos criticado— las bases de un nuevo movimiento. Y hacemos constar que intencionalmente usamos este último término y no partido, por considerar que solamente podemos tender por ahora a dar cierta unidad a esfuerzos hoy aislados; a lograr la coincidencia en base a un programa mínimo y lógicamente aceptable por todos los hombres libres de América; a encauzar hacia acciones orgánicas y coordinadas sentimientos que laten en muchos corazones e ideas que bullen en muchos cerebros.

La orientación de HOMBRE DE AMERICA, que tanto apoyo ha logrado en todo el continente y que puede resumirse en estos tres puntos: enaltecimiento de la personalidad del hombre, amplitud de criterio y armonización de todas las corrientes que tienden hacia la libertad, y lucha inexorable contra todas las tendencias totalitarias, puede constituir una base para este movimiento, agregando a esta directiva general cuestiones concretas a realizar.

Sugerimos algunos de estos puntos:

Lucha por el establecimiento de condiciones mínimas de bienestar, trabajo y salud para toda la población, en cada uno de los países.

Socialización de la tierra;

Continentalización de los ferrocarriles y transportes marítimos, hoy en poder de potencias imperialistas;

Superación de la actual democracia parlamentaria;

Coordinación económica continental de acuerdo con la producción, por medio de núcleos regionales;

Práctica de un auténtico federalismo en las relaciones de los pueblos del continente;

Organización de verdaderas fuerzas antinazis, que combatan, en primer término, a los agentes nacionales del hitlerismo, a los gobernantes y políticos que les sirven de instrumentos, conjuntamente en todos los países, y que movilice, ponga en pie de lucha, a todos los pueblos, ante cualquier intento de agresión.

Cada uno de estos puntos requeriría un mínimo desarrollo. No es posible hacerlo dentro de la extensión de este trabajo, aunque comprendemos que hacen falta algunas explicaciones, agregados y justificación de omisiones. Como sería necesario aclarar por qué hablamos de Centro y Sud América, respetando las diferencias fundamentales que nos distinguen de los Estados Unidos y pretendiendo ponernos en un pie de igualdad y no como protegidos. De la misma manera que sería conveniente establecer la diferencia entre este movimiento de los hombres libres de América y las orientaciones oficiales y diplomáticas, en qué grado estas últimas gestiones merecen nuestra fe o nuestra ausencia de confianza. Y muchos otros aspectos de singular importancia.

Pero estaremos satisfechos si, después de haber planteado el problema, logramos que sea considerado, debatido, robustecido con el aporte de nuevas opiniones y sugerencias.

A. CUPIT

LA HISTORIA DE
LA TECNICA
PREPARO
Y HA HECHO
INEVITABLE

LA ORGANIZACION RACIONAL DEL TRABAJO

Por el Ing. AQUILES MARTINEZ CIVELLI

PROLOGO
del libro de
Jorge F. Nicolai
LIBERACION
DEL TRABAJO
editado por
AMERICALEE

ES un hecho conocido que, en los comienzos de la revolución industrial, junto a la reacción instintiva de los primeros trabajadores desalojados por la mecanización incipiente, apareció, como contraparte, una fe ingenua, igualmente ciega, en la panacea universal del maquinismo.

Simultáneamente con la sublevación de los primeros "parados tecnológicos" contra el telar mecánico, surgía así el gran mito de la técnica. Un personaje de Ehrenburg en "Citroen 10 HP", en las postrimerías del siglo XVIII, se desentiende hasta de la Gran Revolución, después de haber sido un actor apasionado, porque está perfeccionando un invento, extraordinaria maravilla que permitiría al hombre correr de un lugar a otro sin fatigarse y resolvería así todos sus problemas.

Si el trabajo, la necesidad del trabajo, era sin duda la causa de las luchas sociales y políticas, ¿por qué no confiar en el milagro? La idea no era nueva. Ya había hecho Aristóteles la tan recordada afirmación: "La esclavitud podrá ser abolida cuando la lanzadera en el telar marche por sí misma".

No hay una sola doctrina de redención social —todas se alimentan de la revolución industrial y se afianzan en el siglo XIX— que no asiente uno de sus pilares en la evidencia creciente de que, desatadas por la técnica fuerzas enormes, que significan un poder de producción ilimitado, no hay más problema de fondo que la distribución. Todos los pensadores auguraron una reducción progresiva de la jornada de trabajo, y ello se fué cumpliendo de una manera u otra; a veces a través de las horcas de Chicago, pero se fué cumpliendo.

Así como había ocurrido la casi milagrosa efectividad de una profecía de siglos en el hecho de que "en el decenio en que se inventó el telar mecánico cayó la Bastilla y con ella la servidumbre", todo parecía indicar que, por la técnica, nos veríamos libres no sólo de la esclavitud en su sentido histórico, sino en el más amplio y general: de toda esclavitud, de toda servidumbre, aun de la nueva forma, la del asalariado forzoso, la del hombre sin otro recurso que su fuerza de trabajo.

En suma, habíamos vencido toda resistencia pasiva del mundo circundante; habíamos derrotado, metafóricamente, a la gravedad misma; nos habíamos libertado de la tiranía del clima y de todos los grandes eventos naturales que fueran azote de los antepasados. La especie se había impuesto a las fuerzas telúricas, levantando el torso triunfante de la técnica. Las imponderables fuerzas del pensamiento, proclamadas de antiguo como signo humano cardinal, se mostraban en el esplendor de su realización: el hecho de la técnica.

Pero junto a esta historia brillante de realizaciones materiales, se desenvuelve otra en la esfera del pensamiento: El período de las grandes conquistas cuya previsión había sido la base del optimismo de los utopistas —raíz de toda doctrina redentora, aun de las que reniegan de la llamada escuela "utópica" — resultó ser al mismo tiempo la hora del desengaño y de la decepción en cuanto a las consecuencias sociales que ingenuamente se habían esperado.

Toda la crítica social, que comienza a tomar forma en el segundo tercio del siglo pasado, se afianza con las sucesivas internacionales obreras y se extiende en la esfera del pensamiento en capas cada vez más profundas, tiene un denominador común: reivindica para la colectividad entera los beneficios del progreso técnico, usurpados por un sector, por una clase que, habiéndose apoderado de los medios de producción no desenvuelve las consecuencias del progreso técnico sino en su propio provecho e incluso atenta contra el desarrollo normal de las conquistas logradas, cuando ellas no se concilian con su lucro de clase.

Esto, que fué durante mucho tiempo una opinión de combatientes, pasible de parcialidad por lo tanto, se convirtió un día en hecho incontestable: se quemó el trigo, se virtió el vino en la acequia, se arrojó el café al mar. Se trataba de una regulación de precios necesaria por una "crisis de superproducción"; y uno de los más grandes estadistas de la hora enunció su diagnóstico: "Padecemos la maldición de la abundancia".

¿Adónde nos conducía el maquinismo? Y el tema estuvo entonces de moda y dijeron de él los más regocijantes desatinos. Cada concepción del mundo y de la vida en boga debió incluir la cuestión en su filosofía de la historia. Cada combatiente de las luchas sociales debía tener su respuesta y, naturalmente, buscó una que llevara el agua a su molino. Los filósofos de semanario ilustrado tropezaron con un filón virgen, con abundante material para cuartillas negociables, en el tema apasionante.

Para ahondar la desgracia se estaba en plena crisis del pensamiento especulativo. Del tremendo naufragio del 80 habían brotado, asido cada uno a su viejo madero —toda astilla es nueva en la veta desgajada — un sin fin de NEOS engañosamente jóvenes, o, a lo más, "sunamitas de un David irremediablemente caduco". Y cada NEO traía su nueva verdad:

1) "Es la venganza de la naturaleza. Quisimos dominarla con la máquina y hemos resultado el juguete de nuestro instrumento".
2) "El pensamiento humano desencadenado no puede ya aprehender sus propias consecuencias. La lucha contra la naturaleza es una lucha sin esperanza".
3) "Es el derrumbe del hombre a manos de su propia creación; la derrota del victorioso despeñado que es pisoteado a muerte por el galope de los caballos".

Sólo así, inermes en medio del desvarío, pudo aparecer un día una pregunta como ésta: "¿Es aceptable la abolición total de la máquina para sumir al hombre en un estado primitivo de felicidad?"

Todos los "ismos" que llegaron pujantes hasta el 14 y se mantuvieron alimentados por los factores negativos de este descalabro, viven ocultando vergonzantemente sus propias crisis. Falta valor para declarar que sólo los objetivos históricos fundamentales están intactos, pero que hay un profundo descrédito de las soluciones tradicionales. Y el valor necesario es doble, porque debe hablarse precisamente en el corazón de una batalla gigantesca, con el enemigo todavía en plena parábola ascendente.

Escribía Nicolai en su prólogo de 1937: "...justamente en estos días las grandes potencias han convenido la No Intervención en España —la carta de franquicia para todos los bandidos, la autorización para Europa de proseguir en su funesta carrera hasta el precipicio".

Y se preguntaba: "¿Si acaso ocurriera que el mundo despertara?"

En 1941 los bandidos tienen casi acogotados a quienes le obsequiaron aquella carta de franquicia. Paradojalmente, quizá por esto hay motivos de esperanza. No hablan ya en el vacío los pregoneros de la gran transformación. Fuerzas adormecidas y voces amordazadas hasta ayer por la presión de un estatismo artificial, se levantan en el mundo del pensamiento y de la acción y encuentran una resonancia insólita.

Como es insólito que en la hora implacablemente triunfal del carro blindado, del tanque y de la fortaleza volante, publiquemos un libro cuyo último capítulo se titula: La Máquina Salvadora. Será útil el contraste violento, fronterizo con lo grotesco, que resulta de la distancia entre la realidad inmediata y esa frase. Todas las grandes crisis se resuelven encarando, y no eludiendo, las grandes contradicciones. De este libro surge una de las fundamentales contradicciones de nuestro tiempo: La historia de la técnica ha preparado y ha hecho inevitable la organización racional del trabajo. La ciencia y la técnica han adquirido ya una inercia que hace imposible alterar su ritmo. Pero una absurda organización social, que ni siquiera sabe marchar a la zaga del instrumento aprovechando sus posibilidades incontables, no hace sino ensanchar el abismo entre lo que debe ser —lo que deberá ser irremediablemente —y lo que es.



Es claro que las perspectivas de Nicolai no se comprenden sino en una escala de siglos. Pero se comprenden. Son susceptibles de control racional. Nicolai no pide, como lo han hecho en cambio varios "grandes" de este o aquel NEO a la moda, que el lector destemple el acero de su crítica para comprenderlo. No necesita de arrullos metafísicos ni de arrebatos de la emoción. Es, de nuevo a la vuelta de siglos, razón pura; casi diríamos, paradójicamente, que afirma una fe irracional en el triunfo del viejo escudo. La metafísica de un Spengler en "El Hombre y la Técnica" —arenga panfletaria— es la de un filibustero del pensamiento, que ha agregado a la dinámica tradicional del abordaje, la sirena ululante del bombardero moderno. Está hecha a pura emoción, escondite de los tránsfugas de la razón.

No han de conformarse los hombres de acción con saber que los siglos trabajan por la libertad. La vida exige soluciones urgentes y tendrá que haber batallas, con sus éxitos y sus derrotas. Pero no ha de ser inútil, como sostén para las horas negras de la desesperanza, como rumbo para la hora peligrosa del éxito, esta exposición fría, casi de laboratorio, sobre el sentido de la técnica, que al vivir ya una vida propia, impone su signo en la evolución humana.

No falta tarea para los impacientes. Entretanto recordemos que todas las grandes fuerzas tienen una elaboración lenta. Que la misma explosión brusca de las mutaciones sociales meteóricas no son sino la actualización súbita de algo largamente esperado. Que nada grande hay que no se haga como quería Goethe que viviéramos la vida: "Como el firmamento, sin prisa pero sin descanso".



LA VISPERA DEL HOMBRE

DE cualquier manera, siempre se está viviendo el día antes de un gran acontecimiento. Nada alegra tanto el corazón del hombre, como este gozo de sentirse sobre una víspera encendida de anhelos humanos".

Con esas palabras terminaba yo esta nota, y de pronto me di cuenta que la nota comenzaba aquí. Porque todo acto, y toda palabra, y todo gesto nuestro, es acto y palabra y gesto de víspera. Nada hay más hermoso que la realidad, es cierto; pero sucede que la realidad está preñada de nuestros sueños, y es a nuestros sueños a lo que amamos en todas las cosas que los contienen.



Se puede mirar hacia atrás largamente, perderse en el laberinto de los acontecimientos que hacen la historia, amar el pasado, sentir nostalgia de las edades que nos hubiera gustado vivir y a las que vemos idealizadas por la distancia. He aquí un motivo de optimismo. Todo lo bueno y hermoso sigue viviendo, todo lo feo y malo se borra. De los caballeros medievales recordamos el brillo de la armadura, la virilidad de las justas de caballería, la estética curva de su espada en el aire. Cuando queremos vivir ese tiempo de posadas y caminos, de amores y cacerías en la fronda, es porque nos cautiva el decorado brillante que el tiempo ilumina con el halo de la leyenda. Y no se nos ocurre pensar en el cansancio cargado de hierros, en el polvo adherido a la piel días y días, en los dolores de cabeza sin analgésicos, en las amputaciones sin anestesia, en el hambre y la sed de los malos años, en las pestes sin cordón sanitario, en los naufragios sin la esperanza del S. O. S., en los meses sin carta de la novia que ha quedado en otro país, en la visión espantosa de las multitudes desarrapadas a la espera del juicio final para salvarse de sus lacras, en la rapiña, en la puñalada que despeja los tronos y cambia destinos.

O. RIVAS ROONEY

El tiempo lo borra todo; sólo queda la belleza brillante de los decorados. El hombre tiene una memoria maravillosa que salva lo bueno, y una imaginación angelical que lo embellece.



Cuando se mira el presente — el presente que ya es pasado en cuanto lo nombramos—, se siente uno rodeado de toda la realidad compleja y dramática. Es tal la vivencia de todo, que de inmediato comprendemos que cuando decimos la historia, lo que entendemos por historia, hechos y costumbres, estamos pensando no en lo vivo de toda ella sino en lo anecdótico, en ese largo bajorrelieve donde los acontecimientos se han ido fijando exteriormente para quedar inmóviles en el recuerdo. Porque la historia de verdad es esto, lo que estamos haciendo ahora. Cada acto, cada pasión, cada angustia, cada camino y cada encrucijada. Hay dos maneras de mirar el presente: con el rostro vuelto hacia el pasado, hacia donde se van los minutos y los hechos, o con el corazón de cara al porvenir, de donde vienen la esperanza y el destino.



Debemos comprender que el pasado, lo que vale del pasado, está en cada uno de nosotros y no fuera del hombre. En nosotros están viviendo todas las civilizaciones, todas las culturas, todos los dramas y todas las pasiones. Nosotros somos Buda, Jesucristo, Heráclito, Aristóteles, Platón, Sócrates, Homero, S é n e c a, Descartes. Somos Oriente, y Grecia y Roma. La antigüedad, el medioevo, el Renacimiento, el clasicismo, el romanticismo, la poesía, la filosofía, el arte. Toda la pasión y todo el conocimiento. Nada del hombre, nada de su trayectoria está fuera de nosotros que somos la síntesis del pasado. Y debemos saber también que todo ese valioso caudal humano que vive en nuestra sangre y en nuestra conciencia, se ha ido realizando y traspasando de una edad a la otra por los hombres que estuvieron de cara al porvenir, por los que sentían la dicha angustiosa de estar viviendo siempre la víspera del hombre. Todos ellos trabajaron para el día siguiente.

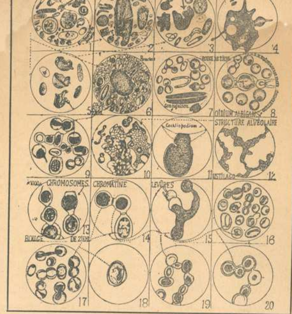
Lo importante es ese eterno mañana hacia el cual es hermoso dirigirse.

☆

Para mirar al porvenir, hay que sentir cómo el presente está lleno de anunciaciones y de profecías. Todo nos dice siempre que el día de hoy es una víspera dramática. Cuando las fuerzas más oscuras y sangrientas se desatan contra la cultura, cuando el crimen organizado corre su gran mancha de sangre sobre el mundo, siento que todo eso es demasiado pequeño para borrar al hombre de hoy suplantándolo por una semibestia uniformada. Porque en el más humilde y en el más simple de los seres, está viviendo toda la s a b i d u r í a del mundo, porque cada una de las costumbres del labriego y del forjador, del albañil y del lavaplatos, es una síntesis de cien civilizaciones cuya esencia es más fuerte que los cañones y los tanques.

Con el corazón de cara a la esperanza por sobre la muerte y la barbarie, yo siento que vivimos la víspera del hombre.

FABRICACION DE CELULAS EN EL LABORATORIO



Desde MEXICO ALFONSO L. HERRERA

Formol del comercio a 31 %	1 c|cúbico
Sulfocianato de amonio de Mallinckrodt .	700 miligramos

SE disuelve, se vierten dos décimos de centímetro cúbico, con una pipeta graduada, en sesenta miligramos de vidrios membranosos irisados, de un espesor aproximado de cinco micras o sea milésimos de milímetro, y que se fabrican por un soplador de vidrio, cerrando a la lámpara de soplete un tubo de vidrio de siete milímetros de diámetro y formando una burbuja al rojo, que al fin revienta bajo la influencia del soplo y arroja las membranas irisadas, que son indispensables. Se calienta para obtenerlas el mismo tubo a cierta distancia de la punta. Se colocan sobre papel negro grueso de 11.5 por 8 centímetros, que debe pesar novecientos miligramos. Se comprime con el dedo para extender bien la solución, se frota sobre la hoja superior, se comprime a ciento cuarenta y siete kilos, con pesas de hierro y de plomo, rodeadas en la base por un lienzo húmedo a fin de evitar la desecación. Después de quince horas se corta el paquete de vidrios apelmazados con una tijera en varios fragmentos regulares, que se lavan entre porta y cubre objeto de 8 mm., circular, para quitar los vestigios de reactivos, sin disociar las membranas. Se observa con microscopio, aumento de trescientos diámetros o más, se tiñe con una gota de la solución de rojo de Ziehl, que debe secarse entre porta y cubre, y después de 24 horas se monta en bálsamo del Canadá, que deberá penetrar por capilaridad para no maltratar las estructuras, que son muy delicadas.

Resultados. — Véase el grabado adjunto. Imitación muy notable del mundo microscópico, porque las capas líquidas en los vidrios membranosos y las gotitas exudadas son de un espesor mínimo, tal vez de menos de 5 micras.

Consideraciones. — La reproducción simultánea de las estructuras alveolares; la cromatina o sustancia que se tiñe en las células naturales; de infusorios y amibas; de términos muy lejanos de la serie biológica microscópica, es muy significativa y parece demostrar que el protoplasma natural y el sintético son muy parecidos y tienen una composición química y física muy parecida, como se habrá leído en mi anterior artículo publicado en "El Hombre Libre". Es posible que las diferencias observadas hasta hoy se deban a las imperfecciones de la técnica.

Sorpresas y dudas. — Por primera vez y dando a HOMBRE DE AMERICA la debida prioridad, paso a exponer nuevas observaciones, que son, más bien, dudas y proyectos de nuevos experimentos y que de ninguna manera han de tomarse como verdades demostradas en todo aquello que no se concrete a hechos experimentales.

Es el caso que desde antes de 1865 Carlos Brame observó que el azufre, base del sulfocianato que yo empleo unido al formol, muestra algunas veces bolsitas o utrículas con membrana y un contenido líquido, absorbiendo a través de la primera el yodo y otros reactivos. Por mi parte, publiqué un trabajo sobre las preciosas amibas, enormes y en movimiento, que se hacen espesando el aceite de linaza con cloruro de azufre, o con agua y cloruro de sulfurilo, siendo el azufre estimulante indispensable para la formación de las proteínas y existiendo en éstas y los organismos, como puede verse en la enorme bibliografía bioquímica y biológica del mismo elemento. Por mil razones hice llegar los vapores de azufre sublimado a portaobjetos fríos, o lo quemé entre dos vidrios, o lo recibí en coloides como la gelatina, o, por último, lo disolví en bisulfuro de carbono adicionado de cera y otros cuerpos.

Como una especial deferencia para los lectores de HOMBRE DE AMERICA, el autor del presente trabajo obsequiará a quien lo solicite a su dirección: 2ª Ciprés 64, México, D. F., tres ejemplares del Boletín de Plasmogenia y muestras microscópicas a los que posean este aparato para observarlas.

Sencillamente sublimado produce gran número de las mismas células y otras imágenes que dan el formol y el sulfocianato de amonio. Débense a una cristalización incompleta del azufre en las impurezas bituminosas, o bien a los coloides agregados, y tal vez, al isocoloidismo, es decir a que la parte del azufre viscosa o membranosa se opone mecánicamente a que la otra llegue a cristalizar.

Como aparecen glóbulos grandes con otros pequeños interiores, me pregunto si la inestabilidad de las moléculas de azufre, sus variaciones y, sobre todo, sus estados alotrópicos, descritos hasta en las obras elementales de química, no serán la causa de la enorme variedad de figuras producidas y aspectos de levaduras, esporas, germinaciones etcétera.

Nada puedo asegurar todavía, pero si así fuese, asoma luego en las ventanas de nuestro pensamiento una pregunta profunda: ¿El protoplasma natural, base física de la vida, también tiene por base una cristalización incompleta del azufre en proteínas y otras materias orgánicas, como sucede al hacer obrar el formol sobre el sulfocianato, produciéndose un sulfurpéptido ceroso con más de seis mil estructuras diferentes observadas en ocho años de continuas investigaciones?

Una contestación afirmativa implicaría profundísima y tremenda revolución en biología, medicina, agricultura y otras ramas del saber, pues quedaría explicado el misterio de la vida, destruído el rompecabezas de las proteínas produciendo al principio del mundo las proteínas, y abiertos nuevos horizontes para curar, incorporando el azufre en dosis y formas apropiadas a los enfermos y debilitados, rehaciendo así su existencia, quizá hasta llegar a la famosa inmortalidad, además de los beneficios para la agricultura e industrias pecuarias.

Ya he dicho que el azufre es estimulante, parasiticida en ciertas dosis, y con infinidad de datos sobre su influencia favorable en los cultivos, aumentando en 40 por ciento los productos, por favorecer a las bacterias del suelo (Thorpe, Enciclopedia de química, II, 12).

Sin embargo, no hay que entusiasmarse; apenas inicio estos trabajos, y bien pudiera suceder que mis resultados se explique por la cristalización incompleta, los cristales líquidos, la multitud de casos de morfogenia que registran las obras especiales, con infinidad de reactivos. Como hechos, los que copio del recetario de la génesis contribuyen a molestar y demoler el pasado, mitigando así las amarguras de la terrible guerra y haciendo feliz al autor del presente artículo.

TRAGEDIA ESPIRITUAL DE LOS JOVENES QUE HOY TIENEN VEINTE AÑOS

UN episodio íntimo —que podrían considerar intrascendente quienes viven despreocupados de los graves problemas que afectan a los jóvenes— me ha inducido a elegir como tema lo que he dado en llamar la tragedia espiritual de los argentinos que hoy asoman a la vida con toda la responsabilidad de sus veinte años, trágica desorientación a la que no escapamos, por cierto, los hombres maduros que, fogueados en la lucha y en la experiencia, nos hemos encontrado de pronto ante un mundo nuevo, pleno de interrogantes, de terribles amenazas y de vagas esperanzas.

Nos alumbra el resplandor de una inmensa hoguera. Sombras y más sombras se levantan sobre el horizonte. ¡Hora de agonía, hora crucial de la humanidad, en que el creyente se aferra a su fe y el hombre de ciencia reniega de los libros y del saber! Ignoramos si vamos hacia el caos o hacia un nuevo orden de vida, más justiciero y mucho más humano.

Sería aventurado predecir la bonanza después de tan enorme catástrofe. Contra lo que comúnmente se afirma, sin mayor discriminación, podemos decir que el avance constante de la humanidad hacia su perfeccionamiento no ha sido siempre una ley de la historia.. Muchas civilizaciones portentosas se han esfumado en la penumbra de los siglos, sin dejar otro rastro que algunos vestigios materiales. En Asia y en América se señalan ruinas de pueblos que desaparecieron hace milenios, y de los que ni siquiera se conoce su verdadero nombre. Sólo se los designa con el que arbitrariamente le han adjudicado los investigadores. Europa tuvo también cinco siglos de regresión y de barbarie al producirse la decadencia y disociación del Imperio Romano.

El progreso técnico de la humanidad durante el siglo XX no nos ha asegurado —¡lo estamos viendo!— contra la barbarie. Al abrir los diarios todas las mañanas nos enteramos, ya sin estupor, cómo el hombre y sus máquinas destruyen la obra paciente de los siglos: monumentos históricos, tesoros artísticos, maravillosas catedrales, inmensas fábricas, casas confortables y magníficos buques, y cómo sepulta entre tanta ruina endebles cuerpos de niños, de mujeres, de enfermos y de ancianos.

DESORIENTACION JUVENIL

El episodio íntimo a que he hecho mención y que me ha inducido a ahondar el fenómeno de desorientación, que desde hace algunos años se viene advirtiendo en las nuevas generaciones, es el que voy a referir. Tengo un hijo que acaba de cumplir veinte años, y que casi simultáneamente con su libreta de enrolamiento ha recibido el título de bachiller. Meses atrás, por mandato de la ley electoral debió ejercitar, por primera vez en su vida, el derecho a elegir sus gobernantes. Ese joven ha recibido todos los consejos que un padre puede dar a su hijo para que sepa enfrentar la vida con dignidad y valentía. Sólo en un punto me he abstenido de los consejos: en orientarlo hacia una determinada tendencia política. Respetuoso de la libertad de conciencia, he comenzado a practicarla dentro de mi propio hogar. Estimo, por lo demás, que las nuevas generaciones deben elegir libremente sus ideales. Más aun; deben crearlos. Los partidos políticos de los padres rara vez se acomodan a las ideas de los hijos. Este eterno devenir de ideales y de hombres es la ley del progreso de los pueblos.

Imponer una ideología es tarea fácil para un padre cuya jerarquía intelectual es reconocida por los hijos, y lo es más, cuando éste conoce la técnica del proselitismo por haber dedicado treinta años de su vida a la acción política. Pero, si ello es fácil, no lo considero conveniente. Para el caso de que alguien pensara lo contrario, permítaseme que pregunte: ¿Podría dirigir quien en estos momentos desearía ser dirigido? ¿Podría orientar quien se encuentra desorientado? ¿Podría aconsejar quien necesita ser aconsejado?

Bajo esta angustiosa situación de conciencia, nada se habló en mi casa de política en las vísperas electorales, o si algo salió a luz, fué para insinuar un común estado de desaliento. Llegó el día de la elección. Designado por la Junta Electoral para presidir un comicio, permanecí todo el día en mi puesto. Al anochecer, de regreso a mi casa, supe que mi hijo había realizado un viaje de dos horas hasta un barrio apartado de Rosario para depositar su voto en un urna. Y supe que había votado en blanco. Vino entonces la confesión; el desahogo. Existía en ese joven un puntilloso celo de su propia dignidad, una afirmación negativa de su sed de ideales. En ninguno de los partidos existentes encontraba un ideario adecuado a sus veinte años. Analizado el asunto con mi criterio de hombre maduro, he debido llegar a la misma conclusión. Y ahondando más el tema, he sacado numerosas deducciones que doy a luz en un incontenible deseo de iniciar discusión sobre el más trascendente de los problemas nuestros; de algo mucho más grave que el cierre de los mercados de consumo, que la paralización de la economía, que la falta de bodegas, que el conflicto político-electoral que enerva la labor del parlamento y mantiene en tensión a la opinión pública. En una palabra, yendo a la raíz misma del gran problema argentino, empiezo por preguntar: ¿Cual es el ideario de la juventud de nuestros días? ¿Dónde está su acción enérgica, decisiva, salvadora, orientada hacia la realización de los grandes destinos de la nacionalidad?

Una anécdota trae otra anécdota, y antes de entrar de lleno en materia permítaseme referir cierto episodio que ocurrió en esta ciudad, y del que fué principal actor el ilustre político y jurista español Ossorio y Gallardo. El año pasado, siendo huésped de Santa Fe, desde este mismo sitio, Ossorio y Gallardo nos dictó sus magníficas lecciones. Pero hay una que la dijo en cuatro palabras y ante muy pocos oyentes. Merece ser conocida. En cierta oportunidad se presentó ante el huésped una delegación de estudiantes para solicitarle su colaboración en un determinado acto público. Uno de los delegados, con entusiasmo y vehemencia, invocó en su demanda la representación de la juventud argentina. A ello respondió Ossorio y Gallardo con una exclamación muy francachona y, por tanto, muy española:

—Pero... ¡es que hay una juventud argentina!

Lo que Ossorio quiso decirles a nuestros jóvenes es fácil de deducir. El, un extranjero, que venía de quemarse en aras de un ideal; él, un desterrado, que había visto jugarse fieramente en campos opuestos a la juventud de su patria en la más pavorosa lucha de nuestros tiempos, sólo encontraba en nuestros jóvenes blandura, apagados ideales, deseos de vida fácil, acción vacilante y esporádica. Quiso decirles que piensan y actúan como viejos —y es sabido que en los viejos se produce una regresión hacia la infancia, y por eso piensan y actúan con un egoísmo que es propio de los niños. Quiso decirles que él no se dejaba alucinar por vanas palabras, y que ese entusiasmo del momento no podía serlo en la acción de la juventud de un país nuevo, lleno de problemas y amenazado hoy por graves peligros.

Sé que estoy formulando afirmaciones atrevidas, quizás molestas; conceptos que suelen llegar a flor de labios, pero que pocos se atreven a emitir. Pido, por tanto, con particularidad a nuestros jóvenes estudiantes, serenidad para escucharme, aunque no indulgencia.

Las convicciones deben sostenerse con toda valentía y debe abrirse debate sobre toda cuestión que atañe a la verdad y a la salud del pueblo. Si al intentarlo, nos equivocamos, sea ello en buena hora. Más vale errar que callar ladinamente.

Si al final de esta exposición sólo cosecho críticas en vez de aplausos, apasionadas réplicas y comentarios, en vez de protocolares felicitaciones, podré expresar que he llenado mi objetivo y será ello un motivo de honda satisfacción. Tendré, entonces, la seguridad de que he abierto una brecha en las conciencias, y que mi éxito está muy lejos del que comúnmente obtienen los actores de teatro y los políticos, cuando en el tinglado de la farsa desarrollan los recursos de su mímica o de su elocuencia para conquistar el aplauso de públicos tolerantes o desprevenidos.

TRAGEDIA DE UNA GENERACION

Entrando de lleno en el tema, empezaré por expresar que dos tragedias espirituales afectan a la juventud de nuestros días. Una de ellas es una innegable y dolorosa desorientación ideológica, que se traduce en la carencia de un ideario político-social, claro y definido, que contemple nuestro momento histórico y los verdaderos problemas del país. La otra, que los afecta directamente en su vida privada, es una notoria desorientación vocacional.

Iniciaré la dilucidación del primer aspecto de esta doble tragedia. Para ello, vuelvo a formular la pregunta de hace un momento: ¿Cual es el ideario político de nuestra juventud? Cada generación argentina tuvo su ideario y trató de realizarlo. Los criollos de la época colonial aspiraron a afirmar su hegemonía sobre el suelo, fundaron ciudades y combatieron a los aborígenes o trataron de llevarlos al seno de su comunidad político-religiosa, la generación de Mayo luchó para liberarse de la tutela de los peninsulares y nos dió la Independencia. Sus sucesores se dividieron en federales y unitarios, cayeron en el caos y en la dictadura o tomaron el camino del exilio y de las guerras civiles; del 50 al 80 procuraron la organización definitiva del país; del 80 al 900 trabajaron por su engrandecimiento material y espiritual. Los que teníamos veinte años en el centenario de la Independencia soñábamos con una Argentina poderosa, que albergaría algún día a trescientos millones de habitantes, y que reproduciría en el sur del continente el espectáculo de una nación supercivilizada, puesta al servicio de la humanidad. Ese ideal se ha esfumado después de la primera conflagración mundial, en que la desocupación y el desequilibrio económico han impedido a nuestros gobernantes seguir favoreciendo la inmigración artificial. Pero, en vano venimos auscultando las manifestaciones de la juventud de estos últimos años para desentrañar sus ideales, su rumbo, su acción. ¡En vano hemos buscado sus leaders, sus maestros, sus conductores!

El ideario argentino de las nuevas generaciones no puede reducirse a ese vago deseo de paz y confraternidad internacional, que se pone de manifiesto en las conferencias panamericanas y en la doctrina de algunos publicistas y profesores universitarios. Tampoco puede constituirlo ampliamente la defensa de la democracia, de la normalidad constitucional y el repudio del fraude. La reforma universitaria del 18, que ha conmovido durante veinte años a nuestros estudiantes, no ha pasado de ser un ideario poco concreto y pocas veces cumplido, aunque frecuentemente invocado cuando se renuevan las autoridades de las casas de estudio y de los centros estudiantiles.

Brevemente analizaré estas tres posturas ideológicas de nuestra juventud, a las que no les niego nobleza y les doy todo el valor que tienen, pero a las que tampoco atribuyo una magnitud tal, que puedan ser consideradas como la expresión de un ideario máximo, capaz de decidir el destino de una generación.

IDEALES INCONCRETOS

¿Puede ser un ideal suficiente para absorber toda la acción de nuestra juventud ese vago panamericanismo, con arbitraje obligatorio, doctrina Drago y política de buena vecindad, con tratados de comercio, intercambio de profesores, aparatosas conferencias y protocolares discursos? Sin restarle el mérito que estas manifestaciones tienen, se me ocurre que en no pocos de nuestros gobernantes y publicistas ello sólo constituye una forma evasiva, elegante, de eludir los graves y a veces pavorosos problemas internos, problemas sociales, económicos y políticos que llegan a la raíz misma de la cultura y de la civilización. No olvidemos que no pocos países de América contienen aún en sus territorios millones de aborígenes que vegetan en el más lamentable estado de abyección; no olvidemos que en nuestra prodigiosa Argentina, donde se tira el vino a las acequias y el maíz al fuego, la desnutrición es un mal que afecta al porvenir mismo de la raza y que nos da un coeficiente de más de un sesenta por ciento de jóvenes inaptos para el servicio militar. No olvidemos, tampoco, que de este panamericanismo se ha declarado campeón cuanto general o tiranuelo ha llegado al poder por un cuartelazo, para alzarse luego con la suma del poder público. No me convencen estas fórmulas de generosidad para el exterior, con olvido, mezquindad o indiferencia para todo lo que concierne al interior del país.

La defensa de la democracia, amenazada hoy por graves peligros exteriores e interiores, debe constituir, por cierto, una de las más serias preocupaciones de nuestros jóvenes, pero es necesario que no se los utilice ladinamente para defender malas causas con grandes invocaciones y bajo las apariencias de que en ello se juega el porvenir mismo de la civilización. Ya me ocuparé, inmediatamente, del problema de la democracia, cuando esboce un plan de acción para las nuevas generaciones; me concretaré ahora a decir cómo es necesario que la juventud sepa qué democracia deb defender. No será, por supuesto, esa democracia de las maffias políticas, de los caudillos de comité, de los grandes acomodos, de las coimas, del sensualismo del poder, de la inepcia administrativa, de la inercia burocrática, de la improvisación y del desorden. ¿Deben defender nuestros jóvenes, acaso, una democracia de desbarajuste, que permite y ampara la rapacidad, el prevaricato y el fraude?

LA VIVEZA CRIOLLA Y EL FRAUDE

Tampoco puede reducirse la acción de nuestra juventud a la execración de los fraudes electorales. Es, por cierto, altamente encomiable la actitud de la juventud al repudiarlos, y sólo es de lamentar que no lo haga aún con más energía. Pero la lucha contra el fraude es una incidencia dentro de nuestra vida política y no constituye un ideario a realizar. Debemos considerar que el fraude desaparecerá paulatinamente, a medida que por la educación y la cultura, se dignifique al ciudadano. El fraude es una vieja enfermedad nacional y un mal endémico en Hispano-América. Si alguna vez logro aliviarme de las pesadas tareas universitarias, escribiré una historia que será famosa sólo por su artículo. Sería una Historia del fraude en la República Argentina. Empezaría su primer capítulo por historiar el fraude que cometían los conquistadores españoles en perjuicio de la población indígena, violando las capitulaciones con la Corona y las humanitarias Leyes de Indias. Le seguiría una reseña de los fraudes cometidos de continuo en la elección de cabildantes, para llegar al primer fraude patriótico —el del Cabildo abierto del 22 de Mayo— no bien probado por cierto, pero que, según la tradición oral, consistió en haber hecho llegar un mayor número de invitaciones a los partidarios de la causa americana y en dar paso a los mismos por las tropas de Patricios, apostadas en las cercanías de la plaza de la Victoria. Fácilmente me será dado demostrar cómo el fraude se inicia entre nosotros en la infancia y tiene un gran desarrollo en las actividades privadas. Empieza en el Colegio Nacional, con el alumno que copia su lección escrita al compañero de banco o con el libro entre las piernas, para llegar a la Universidad con el "lancero" que se presenta en las mesas con el propósito de sorprender a los examinadores, y culmina con el profesor, que enseña de mala gana cosas mal leídas para salir del paso y justificar su vinculación con el presupuesto. Fraude, realizan los profesionales universitarios que recurren a reclames deshonestas y al mostrador profesional; los industriales que venden, como buenos, artículos mal manufacturados o de inferior calidad; los comerciantes que adulteran las pesas y medidas, o abusan de su crédito para presentarse luego en quiebra y perjudicar a sus acreedores.

La acción de la juventud para combatir los fraudes políticos debe ser enérgica e intransigente, pero cabe expresar mi desencanto ante la forma de reaccionar de mis compatriotas frente a un mal que tan grave y tan hondamente nos afecta. Años atrás, siendo redactor de un gran diario rosarino, me correspondió comentar una noticia proveniente de una provincia vecina, en la que se reseñaban los episodios ocurridos en su legislatura mientras se efectuaba el escrutinio de unas elecciones fraudulentas. El corresponsal informaba que al aparecer ciertos cómputos inverosímiles la barra había prorrumpido en ruidosas carcajadas. Mi comentario se refirió, entonces, a esta deplorable modalidad nuestra, de tomar para la chanza los acontecimientos más graves de la vida política, lo que se manifiesta en forma de chistes. Es el producto de nuestra pretendida viveza criolla.

(Fragmento de una conferencia pronunciada en la Universidad Nacional del Litoral)

ALCIDES GRECA

BRASIL: JOSE LINS DO REGO

La novelística brasileña es, sin duda, descontando a la norteamericana, cuya pujanza nadie desconoce, una de las que con más extensión y profundidad ha calado en los problemas sociales y humanos de la porción geográfica e idiomática que le ha correspondido para explorar. El ciclo del caucho, el del café, el del cacao, el del azúcar, el del petróleo, estratos de la explotación industrial y del hombre, en el Brasil, corresponden a otros tantos períodos de la novela brasileña. Y en cada uno descuellan personalidades robustas y sustantivas, a las que el obstáculo natural del idioma, tanto como el peso de la dictadura, impide una más justa expansión. José Lins Do Rego resume en sus novelas el ciclo de la economía azucarera, y traslada a ellas los afanes, las angustias, los padecimientos de los "moleques", los negros que componen las capas sociales del Nordeste del país, en los cañaverales y las moliendas. "Menino de engenho", "Moleque Ricardo", "Bangue", "Doinho" y "Usina", son brochazos enérgicos y coloridos que trazan la historia de una vasta injusticia, y en las que un pueblo sufriente se mueve entre la miseria y la esperanza, y que constituye, en la literatura de ese país, como un fresco de amplias dimensiones y recio lirismo. El trabajo que damos a conocer hoy constituye un capítulo de una novela inédita de este autor. — O. C.



PARTIDA DE PRESOS A FERNANDO DE NORONHA

IBAN a Fernando de Noronha. El gobierno cayó sobre los centros obreros con una furia de ciclón. No quedó uno que no fuera castigado y cuyos jefes no sufrieran grillo y cadena. El Dr. Pestana, preso por unas horas, tuvo a la mujer que hablara por él, pidiendo el habeas corpus para librarlo de sus penurias. Los jefes obreros irían para Fernando. Allá estaban los ladrones y criminales cosechando penas. Para allá irían los obreros, Sebastián y los hombres de la panadería de don Alejandro estaban en la lista, para seguirlos. Decían los diarios que Sebastián era un peligroso agitador y el lugar donde él trabajaba un foco terrible. A Fernando de Noronha con ellos.

Don Lucas andaba triste. Fué a casa del curandero que curara a su mujer, pero el hombre lo desengañó. Nadie podía ir a hablar al gobierno en favor del obrero. El gobernador quería hacer una limpieza en la ciudad, porque la canalla no dejaba tranquilo a nadie con esta historia de la huelga todos los días. Estaba perdiendo el tiempo. Y la mujer de Jesús y los hijos en las gradas del jardín de don Lucas, llorando.

—¡Ve para casa, mujer!— decía el jardinero. — ¡Volverá! ¡Un día volverá!

Y los hijos de Deodato y los de Simón pidiendo noticias a don Alejandro:

—¡Fueron a los infiernos! ¡Se perdieron porque quisieron! ¡Ahora que aguanten!

Pero don Alejandro se condolía. Los hombres sabían trabajar de verdad. Los que habían venido a sustituirlos no valían nada. ¿Dónde encontrar un fogonero como Deodato, un palero como Ricardo, un amasador como Simón? Don Antonio fué a ver al patrón y le dijo:

—Haz que vuelvan esos hombres, si no yo me retiro.

—Volver, ¿cómo, hombre de Dios? Estuve con el doctor Demócrito. El gobierno habla de castigar, de dar un término a esta huelga.

No había más que hacer. Los hombres irían nomás a Fernando. Don Lucas, en el jardín, andaba triste, se inclinaba sobre los rosales sin entusiasmo. Los negros irían a Fernando. Jesús y Ricardo en la isla, como los ladrones y los criminales. El jardinero se desvelaba pensando en los hombres. ¿Qué habían hecho ellos? Jesús y Ricardo no mataron a nadie, no tomaron lo ajeno. Iban a Fernando. Don Lucas vió el sol en sus plantas sin saber lo que el sol hacía; tiraba agua en los canteros sin saber lo que el agua hacía. Sus amigos serían mandados en el buque hacia el mar, hacia el medio del mar, como ladrones y asesinos. ¿Y los otros? ¿Simón y Deodato? Eran buenos muchachos; sus mujeres también llorarían de hambre. ¿Por qué no mandaban al Dr. Pestana? Agachado, moviéndose en la tierra mojada, el viejo censuraba las cosas, el viejo sentía la miseria de las cosas. Aquello era una ruindad sin nombre.

Una mañana los hombres salieron para Fernando. Ricardo, Deodato, Simón, Jesús en un costado del buque miraban el recife cubierto aún por las sombras de la madrugada. Veían vapores grandes en el muelle, barqueros trabajando a esa hora. Pero había un silencio grande, un silencio pavoroso en los barcos durmiendo y en las aguas del río. Ellos miraban hacia el muelle y veían las casas y las tierras que iban a dejar. Simón permanecía a un lado, triste, cabizbajo. Deodato decía:

—¿Si a lo menos yo pudiese ver los chicos?

Y el negro Jesús, sentado sobre unas cuerdas. Sebastián murmuraba:

—La gente vuelve. Algún día la gente vuelve.

Ricardo miraba a todos. Sentía un ansia desesperada de vomitar; aquel olor aborrecido de a bordo le revolvía el estómago. Iban a Fernando. Conoció en el ingenio a un hombre, un asesino que había estado en Fernando de Noronha. Se llamaba Noé y contaba muchas cosas tristes de allá. Fernando de Noronha, asilo de todo hombre sin medio y sin remedio. Iba para allá y no sabía qué mal había hecho.

—Hombre —decía Jesús a Simón — el gobierno sólo hace esto porque no tiene familia.

—Yo no pienso ya en los niños — respondía Simón—. Todo se va a perder, Jesús.

Deodato era más fuerte:

—No importa, ellos se arreglarán para vivir.

Sebastián, de pie:

—Eso mismo. Si la gente se desanima, sufre más.

Ricardo se acordaba de la madre Avelina. ¡Con qué alegría había recibido su carta anunciándole su visita! Los negros todos de la calle se enfurecerían por cierto con la noticia. Ricardo iba a llegar calzado con botines y con corbata al pescuezo, como José Ludovina en día de elección. Ricardo en el Recife no se quitaba los botines de los pies y ahora se los contemplaba. Fernando de Noronha lo estaba esperando. Cercado de agua por todos lados para el resto de su vida. Morirían allá.

Ahora el sol ya cubría el muelle, ahora los desvanes altos se mostraban para ellos. Y el navío iba a salir a poco más, según la señal de las máquinas. Vieron entonces a don Lucas de pie en el muelle. El vapor ya no estaba atracado. Don Lucas los saludaba con las manos. El negro viejo, de pie, con el sol en la cabeza blanca, los saludaba. Ricardo miraba a su amigo. Siempre tenía algo que preguntarle en las verjas de su jardín. El viejo negro gustaba de ellos. Y el vapor se iba alejando poco a poco. Simón echaba la cabeza en las manos para llorar. Deodato firme y Jesús gritando:

—¡Ahí está papá Lucas! ¡Papá Lucas toma a su cargo a los niños!

Sebastián no decía nada. El vapor viraba lentamente para otro lado y ellos corrieron para saludar con las manos al viejo amigo. El negro viejo, de pie, como una estaca del cercado en el muelle de cemento.

Los negros buenos iban a Fernando. ¿Qué habían hecho ellos?, decía don Lucas volviendo a casa. ¿Qué habían hecho ellos, los negros que no hacían mal a nadie? Jesús, era bestia de bondad; Ricardo, como un pan bueno.. Los otros debían serlo también. ¿Qué habían hecho para ir a Fernando? Don Lucas no lo sabía. Querían comer, querían vestir, querían vivir. Y don Lucas llegó al jardín con este dolor en el corazón. Había visto a sus negros en el vapor que se los llevaba hacia Fernando. Que se marchitaran los rosales, que las hormigas devoraran las hojitas de sus plantas, que se secaran los canteros. Sus negritos iban a Fernando. ¿Qué habían hecho ellos para ir a Fernando? Don Lucas cuidaba de las plantas. Los trenes pasaban roncando tras las verjas de su jardín. Pasaban vendedores cantando sus mercancías. El barrendero se detuvo a hablar:

—Sabe, don Lucas, el barco salió hoy lleno de gente. De mi calle fué uno. Nunca hizo nada. Fué a causa de la huelga.

Don Lucas no dijo nada y el hombre se fué. El hechicero sintió una cosa que desde fuera entraba en él. Era bien diferente a la entrada de Dios en su cuerpo. Era una cosa que nunca había sentido en su vida. Tenía sufrido mucho en este mundo de dios. Prisiones, cadena, pero él aguantaba todo con fe, aguantaba sabiendo que para él era bueno sufrir. Ahora no. Una cosa de afuera se agitaba en el negro viejo. El sol quemaba las hojas de sus plantas, los rosales abríanse al sol. No miraba, no veía. Sus negritos iban a Fernando. En el mar, navegando; en el mar, arrastrados rumbo al cautiverio. Se quedó pensando. Una cosa singular entraba en su cuerpo. ¿Qué hicieron los negros? ¿Qué hicieron Ricardo y Jesús? ¿Mataron? ¿Robaron? El gobierno mandaba a los infelices a Fernando.

Don Lucas quedó así hasta la noche. Era noche de culto, noche de rezar a su dios.

Los cantos de las negras, los pasos de las negras, en el fundao, sonaban en la terraza, los instrumentos roncaban. Aquella noche el negro viejo vistió sus ropas sagradas sin saber lo que iba a hacer. Todos ya estaban prontos para los oficios, para los rezos familiares. Don Lucas, a un lado, dirigía las oraciones. Era el canto más triste que un hombre podía sacar de su garganta. Los negros respondían en el mismo tono. Y fué creciendo el lamento y fué creciendo la queja al cielo estrellado del fundao. El zapatear de los negros estremecía el suelo, los instrumentos acompañaban las quejas, los lamentos. A poco don Lucas comenzó a decir lo que no quería, lo que no sentía. Las palabras del ritual no eran las que acudían a sus labios. Dios estaba en el cielo, como San Sebastián. El quería cantar otra cosa, no lo que cantaba todas las noches. Y los negros en la danza oían lo que papá Lucas decía. El maestro hablaba de los negros que iban a Fernando de Noronha.

—¿Qué hicieron ellos? ¿Qué hicieron ellos?

—Nadie lo sabe.

¿Qué habían hecho los negros que iban a Fernando? La voz de don Lucas vibraba. Todo su cuerpo se estremecía.

—¿Qué hicieron los que van a Fernando?

Y los negros respondían mezclando la lengua de su rezo con las preguntas del sacerdote, los brazos extendidos al cielo.

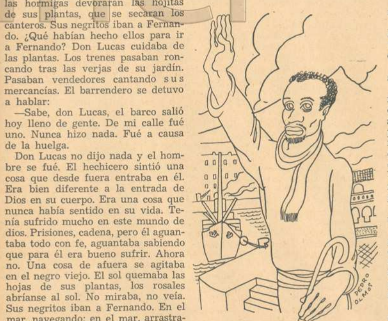
—¿Qué hicieron ellos? ¡Nadie lo sabe!

Y el canto subía, subía con una fuerza desesperada. Las negras sacudían los brazos hacia los lados como si los arrojasen fuera del cuerpo. Los pechos, las carnes se movían con una impetuosidad alucinante. La tierra del fundao se estremecía. Pies de locos, de furiosos horadaban la tierra. Y don Lucas con la cara hacia arriba mezclando sus lamentos con sus negros:

—¿Qué hicieron los que van a Fernando? ¡Nadie lo sabe!

El sacerdote, quebrando el ritual para dejar escapar su dolor. Don Lucas no era más un Dios en esa hora. Como un hombre cualquiera, él hablaba por los pobres que en el mar se perdían. Su canto traspasaba la noche, traspasaba el mundo:

—¿Qué hicieron los que van a Fernando? ¡Nadie lo sabe!



LA AMENAZA Y LA DEFENSA

EN horas de peligro, el pueblo necesita palabras claras. Ideas y soluciones que eviten la confusión. Luces que iluminen sus propios errores. El pueblo tiene ante sí un peligroso enemigo. Puede defenderse si sabe utilizar su propia fuerza. Puede salir airoso, si sabe cómo atacar y en qué dirección. Si no posterga la acción indispensable. Si es capaz de hacer historia, derrotando a las potencias agresivas y afirmando sus propios derechos con la máxima firmeza.

Estamos ante la amenaza totalitaria. En América toda, los agentes nazis, fascistas, falangistas, no sólo esperan sincronizar su acción con la ofensiva militar, económica y diplomática que Hitler y sus socios menores ordenen, si la victoria les sonríe. Está demostrado que actúan. Y junto a ellos, sostenidos por su oro, esperan la hora del reinado brutal de la barbarie en todo rincón de la tierra, los elementos criollos, los partidos reaccionarios, los grupos nacionalistas y los patriotas cien por cien dispuestos a servir como instrumentos a los verdugos del pueblo alemán.

La amenaza crece, es indudable, con cada triunfo totalitario en la actual contienda. El espejismo de la gloria, el brillo de la máquina militar alemana, atrae a quienes viven para arrodillarse ante los amos de turno. Las castas reacccionarias, los grandes latifundistas, los señores de la alta banca y el gran comercio, los políticos que no pueden satisfacer su ambiciones mientras las "chusmas" tengan algún control sobre los gobernantes, todas las fuerzas y elementos que tiemblan ante la posibilidad de un cambio social que vulnere sus privilegios y mate sus apetitos, están con los totalitarios y no vacilarán en sacarse los disfraces que llevan, el día que consideren que la "democracia" debe dejar paso al imperio del hacha, los campos de concentración, los ghettos y los pasos de ganso de los "caballeros teutones" que encabezan la purísima raza aria...

En los gobiernos de América —con las pocas excepciones conocidas— está la más fuerte y grave de las amenazas para la libertad de sus pueblos. En los gobiernos que aumentan día a día sus métodos represivos contra la libertad de pensamiento, de asociación, de prensa, de sindicación obrera. En los gobiernos que están en manos de la reacción, de falsos demócratas que conspiran con fascistas convictos y confesos. En los gobiernos que ejercen dictaduras abiertas y en los que, por razones de oportunidad, invocan constituciones liberales mientras dejan las manos libres a los nazifascistas, mientras amparan a militares, diplomáticos y burócratas de alta jerarquía bien catalogados por sus inclinaciones totalitarias, mientras cercenan con decretos y por simple acción policial los más elementales atributos de pueblos cuyas leyes garantizan cuanto los gobernantes destruyen.

Más que en la peligrosidad de las sectas organizadas impunemente por la Gestapo y sus similares, más que en la virulencia de la prensa por ellas subvencionada, más que en las colonias y escuelas que utilizan para sus trabajos preparatorios, con ser todos ellos problemas graves que exigen la debida atención, hay que fijar la vista y seguir los pasos de los reaccionarios enquistados en los gobiernos, y muy especialmente de los generales y coroneles que simpatizan con el "eje". Hay que vigilar, para que un día cualquiera un golpe de estado no presente al pueblo un hecho consumado, antes de que pueda intentar cualquier gesto defensivo.

Cada vez que se suprime una libertad, un derecho, cualquier cosa que da al pueblo posibilidad de actuar de acuerdo a sus sentimientos y aspiraciones, se desarma la fortaleza en que puede atrincherarse para defenderse contra el totalitarismo. Cuando no se puede hablar libremente en la calle, cuando no se puede hacer acto alguno sin control policial, cuando no se permite ver la luz a la prensa obrera, cuando se persigue a la organización sindical que no admite la ingerencia estatal, cuando se coartan los derechos populares y se ata a los grandes organismos proletarios al carro de los gobernantes, cuando hasta en las manifestaciones artísticas se aplican restricciones dictatoriales, es indiscutible que las posibilidades se limitan, la potencialidad antitotalitaria se resiente, y, como en tantos casos trágicos de nuestro siglo, en el momento decisivo el pueblo puede ser sometido por quienes disponen de la fuerza.

El desarme del pueblo no sólo es resultado de las libertades que se pierden por la acción estatal. Si en toda América se nota el mismo fenómeno de agudización represiva; si el proletariado fué perdiendo su independencia y, con ello, su vitalidad; si las masas populares dejan hacer a los dictadores y democráticos y permanecen indiferentes y apáticas en momentos tan graves de su historia, es porque sufren las consecuencias de la política y una desviación nefasta que les ha quitado la fe en sí mismas, así como en los fracasados líderes, para conquistar, defender y ampliar derechos que les son caros. Inútil será todo planteo de lucha antitotalitaria si no se toca a fondo un problema fundamental. La recuperación combativa del pueblo, el resurgimiento de un proletariado consciente de su destino y de su fuerza, la creación del espíritu heroico sin el cual las grandes acciones son imposibles, constituyen el punto neurálgico, la cuestión previa a todas las cuestiones, que urge resolver sin pérdida de tiempo. Porque la defensa contra la amenaza ha de realizarla el pueblo e interesa en primer lugar al proletariado. Y esta defensa, que reclaman ahora los jefes políticos de la oposición y de la que hablan los caudillos reformistas del campo obrero, exige que el pueblo y el proletariado hagan lo contrario de cuanto ellos han pregonado y siguen aconsejando. Exige aptitud para la lucha en todos los terrenos, resistencia a la acción estatal, confianza en la acción directa, objetivos idealistas que superen la demagogia política, y conciencia suficiente para desoír a los consejeros de la mansedumbre, sean quienes fueren, cuando sea llegado el momento de jugarse su destino contra la reacción totalitaria.

Resumiendo: la amenaza para los pueblos, para el proletariado de América, exige vigilancia extrema de parte de los partidarios sinceros de la libertad. La defensa consiste en la conservación y reconquista de los derechos y libertades que los gobiernos cercenan. La defensa impone al pueblo el conocimiento de sus posibilidades de vencer por sus propios medios; al proletariado, la reagrupación sindical en torno a principios y métodos de lucha directa por objetivos propios. La defensa de la libertad será un hecho si el espíritu heroico, que las causas nobles llevan a alturas épicas, encarna en las multitudes de nuestro Continente y las guía hacia un sistema de vida que asegure para siempre la libertad y la justicia social.

Ingeniero JACOBO MAGUID

Damos comienzo con esta página a una sección que aparecerá permanentemente en la revista, dedicada a establecer un vinculo entre los lectores de HOMBRE DE AMERICA y los más destacados artistas. Constará de una sintesis de la labor de éstos y una breve exposición personal de sus ideas con respecto del arte y la misión que a su juicio debe cumplir en la actualidad. Esta sección está a cargo de nuestro camarada Pedro Olmos.

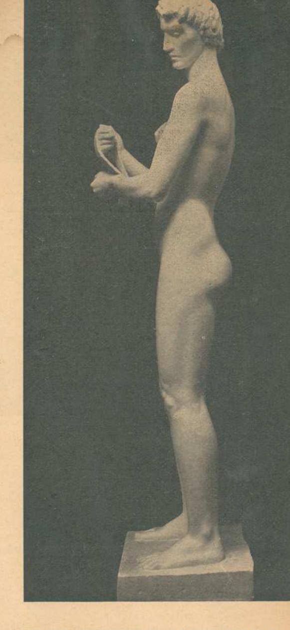
POSICION

NO ser ajeno al problema humano de su época. Ese es el primer deber del artista. Pero, al mismo tiempo, no aislarse de todo el pasado del arte y de sus medios técnicos de expresión. De esta unidad entre lo actual y lo tradicional, entre lo que está vivo y lo que vive en el tiempo, surge la perfecta ecuación del artista, a mi modo de ver.

Por eso es detestable lo académico, que es el pasado sin vida, como es igualmente detestable lo contrario, es decir lo presente que pretende aislarse de la historia, y cae en el anecdotario superficial o en el snobismo.

Me parece inaceptable la pretensión de los que sostienen que el arte está por encima de todo lo que sucede, de todo lo que sufre y lucha y vive, en una época determinada. La teoría de la "torre de marfil" no pasa de ser une presunción intolerable de algunos mal llamados artistas. Creo que su obra desaparecerá rápidamente.

Pero de dar la fórmula, a realizarla, hay todo un abismo. Yo, por mi parte, me siento todavía demasiado limitada en mis obras, y no he encontrado lo que quiero definitivamente hacer. A veces me parece que no lo voy a encontrar nunca. Hay un mundo que se transforma, que se destroza y que vuelve a nacer entre terribles sufrimientos. Y los artistas tenemos la obligación de expresarlo, si queremos cumplir nuestro deber. Yo espero, algún día, conseguir reflejar en mis obras algo de esto que me está sucediendo, para tener derecho a llamarme artista.



MARIA CARMEN DE ARAOZ ALFARO

Escultora y grabadora. Empezó a trabajar en el año 1929.

Autodidacta. Envió sus primeros trabajos al Salón Nacional en 1930 y fué premiada.

Desde entonces envía regularmente sus obras a todos los salones de Bellas Artes de Buenos Aires y del interior..

Ha participado en certámenes internacionales y fué premiada en la exposición internacional de Viña del Mar, 1939.

Participó en el pabellón argentino de la Feria Internacional de Nueva York y exposición de San Francisco, 1940.

Como grabadora aprendió su oficio en la Escuela Superior de Bellas Artes, de Buenos Aires, bajo la dirección de Alfredo Guido.

Se especializa en el grabado a punta seca.

También como grabadora ha participado en certámenes internacionales y fué propuesta por la Comisión Nacional de Cultura para perfeccionar sus estudios en París.

SOL: ESTAN DESTRUYENDO A TUS HIJOS

Por SERAFIN DELMAR

CUANDO el camión llegó a Chanchán, bajó él, alto como una espiral de viento en los arenales. Su corazón ya no le angustiaba, le acompañaba como un canto en medio de la noche. Formaron a la orilla de las zanjas y levantaron las caras. Ellas estaban sonrientes y firmes sobre la tierra húmeda y enrojecida por la vida de otros compañeros. Al frente sólo brillaban los ojos de los fusileros. De pronto, una voz rasgó la noche:

—¡Apunten...armas! ¡Fuego!

Y la noche ondeó un grito como una bandera desplegada sobre el cielo alto y estrellado.

—¡Viva la Revolución!

Y las zanjas se cubrieron de otros cuerpos, calientes como para consolar a los que ya estaban fríos.

El cayó y sintió que algo húmedo le chorreaba por las piernas. ¡Estoy muerto! —se dijo—. Cerró los ojos y pensaba: ¿Es así la muerte? Nada le dolía; sentía que sus otros compañeros se estiraban y se encogían como virutas de acero, cuando el oficial vaciaba su pistola sobre ellos. Cómo, ¿oyen los muertos? se preguntaba mentalmente. Movió sus dedos, y sus dedos le respondieron; abrió los ojos, y el cielo estrellado era igual. Entonces le entró miedo, miedo de estar vivo. No —se dijo—. ¡Estoy muerto! Cerró nuevamente los ojos y un vientecillo suave le acarició los cabellos.

Más tarde, como si mucho hubiera dormido, despertó angustiado; se restregó los ojos y quiso estirarse, y sintió hondo dolor en el vientre. Se miró las piernas y ellas estaban rojas de sangre. Pero así y todo no se dió cuenta de lo que le pasaba. Mas cuando extendió su mirada y sus ojos chocaron con los cuerpos de sus compañeros, se encogió igual que una hoja de árbol sobre el fuego. Se arrastró encima de ellos dejándoles un caminito rojo. ¡Ah, parecía que le sujetaban y le decían: ¡quédate!

Desde un rincón los miró, y ellos todavía sonreían en las zanjas. ¡Con qué tristeza altiva! El se puso a llorar, a gimotear extrañamente. Algo le dolía más que la herida, y la herida estaba en el vientre, cárdena y sucia.

Mientras se arrastraba como una oruga por la inmensidad del campo —¡maldición!, tras él siempre el camino rojo—, llegó la mañana. Con ella aparecieron los cuervos, los perros hambrientos que deambulaban por el campo, y el sol que es el enemigo de los muertos. El los vió hincharse, deformarse por el sol candente; vió a los cuervos voraces que metían el pico en los ojos y los vaciaban. Vió a los perros enfurecidos que luchaban contra los cuervos: mientras éstos ponían su ponzoña, aquellos lamían la sangre y husmeando encontraban a su dueño; entonces lloraban limpiándoles la cara con la suavidad amiga de sus lenguas, defendiéndolos del sol, de los cuervos. En tanto, llegaban las mujeres a identificar a sus parientes. Fantasmales llegaban, acongojando a los perros que ponían su hocico triste sobre el cuerpo de sus amos, gruñendo desolados, impotentes. Las mujeres a medida que llegaban, se arrojaban a las zanjas, cubriendo con su tétrico llanto las caras picoteadas de los cadáveres. Ellas, como si fueran posesas, movían y removían los cuerpos. ¡Ay, cuánto dolor había en las manos, las caras, en el llanto de estas mujeres!

Una encontró el suyo. Dió un grito y se abrazó al cadáver, le besó la boca abierta:

—¿No te dije? ¡Quien te mandó!— le hablaba como si estuviera vivo; mas, como nada sintiera, se puso a gemir, a gritar:

—¡Ahora que me maten también a mí! ¡Hemos vivido juntos tanto tiempo, tanto tiempo!

Así estuvo al lado de él, llorando hasta que la noche llegó y pudo esconder el cadáver del que hasta ayer nomás la acariciaba.

—¡Papá! —otro grito—. Nos has dejado por la Revolución. ¡Está bien! No te abandonamos, estás al lado de los tuyos; tú lo quisiste. Pero no serás el único: te seguiremos por el camino que has iluminado. ¡Te seguiremos!

Ellas no lloraban; le echaron tierra sobre el cuerpo y le pusieron una pequeña cruz de madera.

Más allá, una mujer tambaleándose y deshecha por el llanto, acariciaba la cara de un muchachote que no parecía muerto, sino dormido. Con esa santa ingenuidad que el dolor pone en el alma de las mujeres, hablaba:

Vamos a casa, hijito. ¿Por qué no me contestas?

Y como no contestara, soltó el cadáver de sus brazos y se puso a correr dando gritos tétricos. Regresó al lado de su hijo y mirándole la cara, le besó con fiereza; luego se encogió para irrumpir en un pavoroso llanto:

—M'hijito, no te abandono; duerme en la falda de tu madre.

Y meciéndolo, le cantaba con una voz monótona y llorosa, salida desde el mismo centro del corazón:

Duerme, duerme, m'hijito.
Le diré al Jefe que te han muerto.
Y le enseñaré el sitio cuando él venga.
Le diré al Jefe que te han muerto.
Y que nadie, nadie te despierte.

¡Cómo quemaba el llanto de esa pobre madre!; taladraba los cielos, el aire, los campos, la luna, los cerros y el alma. Cayéndose y arrastrándose arañaba la tierra para cubrir el cuerpo.

Su llanto no se perdió en toda la inmensidad de la noche; parecía que el viento lo traía a ratos.

Solos al fin, los muertos quedaron amontonados, sin que una mano amiga los sepultara. Horas más tarde, los perros y los cuervos dieron cuenta de ellos.

El llanto subía hasta los cielos...

Se alegró viendo morir a otros de sus compañeros, porque aquellos hombres recibían las balas sin tristeza, más bien alegres de ser los primeros en abrir el camino. Y tuvo orgullo de sus muertos, cuando temblaban los fusileros y no querían ver las caras sonrientes y dulcemente inclinadas de sus víctimas.

El viento, como el canto de la Revolución, le agitaba el corazón y quería cantar. Cantando debe morir un hombre —se repetía en su fuero interno—. Mas nada le horrorizó como ver a las mujeres que traían de las manos a sus pequeños hijos para enseñarles los cadáveres de sus compañeros.

—¡Miren! ¡Ellos son! —les decían—. Han querido que el amor reine entre los pobres; por eso los han muerto. Hijos: ellos no querían la igualdad, sino que los hombres se comprendan. Ellos por amor a su patria es que se hicieron revolucionarios; desde entonces los condenaron a la muerte. Aquí están ellos; ¡mírenlos!



Fotografía de Serafín Delmar, tomada hace nueve años, antes de su reclusión.

Los niños, comprendiendo el dolor de sus madres, no lloraban; al contrario, ayudaban a echar tierra sobre los cadáveres. Estos ya no tenían la dulzura de las estrellas, pero todavía sonreían.

Apenas la luna volvió a iluminar la silenciosa noche, columbró un camión. Cerca, bajaron de él unos niños —debían tener 15 a 16 años—. Había en esos rostros, tal expresión de dolor y a la vez de inocencia, que era alucinante.

El quiso gritar, protegerlos con su vida antes de que fueran ultimados por las balas; pero su grito era un carbón encendido que sólo le quemaba el pecho.

¿Y cuál era el crimen de estos niños? ¡Habían ayudado a arrastrar los cañones del cuartel!

Al morir, todos gritaron: "¡Viva la Revolución!" ¡Viva!...

La imagen de esos niños cantando una canción a la valentía, llenaba de orgullo a la Revolución.

A la Revolución...

Este trabajo es el capítulo "La mueca en el hoyo" del libro de Serafín Delmar que AMERICALEE da a publicidad y que actualmente se halla en prensa.

Reflexiones acerca del

PINTURA

Por LUIS ORSETTI

LA PARABOLA DE CHANG TZE

Salón de Otoño

Creíamos, todavía, que el arte era una función que seres escogidos cumplían, llenos de verdadera unción. Y llevados por el deseo de sentir el hálito eterno de la belleza nos dirigimos al Salón de Otoño.

Recorrimos las salas, rebosantes de curiosos que miraban apenas las [illegible]las manchadas de colores. Pasate[illegible] alto el espectáculo que mos po[illegible]nos seres, extravagan- ofrecían algu[illegible]entas y sus potes por sus vestim[illegible]ros de amises, y sus pequeños co[illegible]suntos gos, debatiendo menguados [illegible] de técnica.

Fuímos observando, con verdadero interés y con mirada ávida, las numerosas pinturas, expuestas de esa manera que tan poco convida, por el hacinamiento, a la contemplación.

Abundaban las insípidas y anodinas naturalezas muertas, ripios y lugares comunes de todas las exposiciones, testimonio de la incapacidad creadora de sus autores.

Había, también, deformes figuras de mujeres, con robustos miembros que asemejaban enormes rellenos de aserrín, y cuyas caras, vacías e inexpresivas, eran también artificiosas, pues, mofletudas y rosadas, recordaban muñecas inertes.

Vimos audaces combinaciones de luces y superposición de planos, que se entremezclaban con alguno que otro paisaje, casi todos deslucidos y huérfanos de calor.

De ninguno de éstos brotó la emoción comunicativa que buscábamos, la sugestión de una idea, o la profunda sensación de lo animado que fuera fijado por medio de la magia de las líneas y los colores.

Destacándose entre el fárrago de mediocridades, nos detuvo un óleo de factura moderna, de grandes proporciones y figuras de fulgurante relieve, titulado "Medianoche en el mundo", de Berni, cuyo trágico asunto y acento patético nos comunicó una vibración de realidad.

Luego fuímos atraídos por la obra de Raquel Forner, "La caída" valiente y atrevida figuración de uno de los horrores de la humanidad de hoy, la invasión de paracaidistas, y por último concentramos la atención en una viva y hermosa tinta, llamada "Ciudad" de Amadeo Dell'Acqua, vigorosa en su significado y bellamente construída, y a una materialización de Sueño, debida a Pepe Aguilar.

Salvo ésto, todo, o casi todo, demostró un absoluto divorcio de los [illegible]res con su tiempo, un desconocimien[illegible] de las angustias que lo corroe, una i[illegible]capacidad de captar su espíritu y ser intérpretes de él.

Ante semejante pobreza, sentimos una inquietud acicatearnos.

¿Es, en verdad, el arte, ya sea consciente o inconsciente, reflejo —nos preguntamos— del espíritu de una época y de una sociedad, de sus aspiraciones y tendencias y de los problemas que lo agitan?

En los días de los griegos, se idealizaron los dioses y los héroes, en maravillosas síntesis de equilibrio y ritmo. La escultura y la arquitectura, de medidas proporcionales, fueron paralelos fidelísimos de la mentalidad de ese pueblo sin par en la historia de Occidente, que buscaba, valiéndose de la filosofía, la clave de los misterios de la creación.

Roma fijó su personalidad en la majestuosa ampulosidad de las construcciones y en la aplicación utilitaria de las artes y las técnicas heredadas de los helenos. Nada creó, el orgulloso imperio, que fuera realmente original.

Durante la mística y tenebrosa Edad Media las artes se nutrieron del sentimiento religioso dominante, y trascendieron sus concepciones al Renacimiento que, a pesar del paganismo de sus formas y el desenfado de sus realizaciones, bebía en sus fuentes la inspiración. Sus obras eran de fondo cristiano, si bien puramente formal, elegante y apegado a la letra.

En lo que a pintura se refiere, el tercer gran período fué el del naturalismo, en la época de los descubrimientos capitales en el dominio de las ciencias y de su aplicación.

Sufrió, entonces, una verdadera transformación, gracias a las escuelas impresionistas, nacidas en Francia y a los atrevidos artistas que sacaron sus caballetes al aire libre. Y desembocó en el momento actual, caracterizado por la marcada influencia de la física y una incursión al terreno del mundo interior, cediendo, quizás, a la moda del psicoanálisis.

Desprovista de aliento vital, se ha hecho a menudo racionalista y aun cerebral.

Si cierto fuera que existe una correlación entre el arte y el espíritu de una época —nos decimos, después de esta rápida ojeada—, ¡desdichada generación la que evidencia, por medio de sus artistas, tanta huera pedantería, tal exhibicionismo de pequeños egoísmos y semejante alejamiento de la naturaleza!

Y en cuanto a los artistas, desdichada su generación que, envuelta en un mundo de angustias, no acierta a ver que la hora presente anuncia, quizás, el alborear de una nueva era y se encierra en sus fetiches, inertes, de manchas y borrones.

Desdichada esa generación que entrega al público, sin pudor, su interior pobreza, su carencia de talento e ideas, su falta de probidad artística.

Parecen, pues, haber olvidado que el arte no es mero barajar de las formas, sino que brota de lo hondo del ser y de su identificación con la naturaleza y su compenetración con el hombre, y que su



MEDIANOCHE EN EL MUNDO, A. Berni.

divorcio significa, en cambio, la muerte para el creador y sus obras.

El sabio chino Chang Tze encerró en una divisa de cuatro caracteres caligráficos su filosofía del arte, que concreta una profunda concepción del deber del verdadero artífice, que aspirara a ser hondo y sobrepasar el tiempo.

Para aclarar el significado casi enigmático de ella, cuenta que existía, en una provincia lejana, un célebre artista que labraba en madera primorosos objetos.

Cierto noble, gobernador de la región, quiso, un día, conocerlo personalmente y se dirigió a su encuentro. Halló que el artista era un modesto artesano que vivía de manera harto sencilla.

—Dime —preguntóle el noble, una vez que lo encontró en su humilde vivienda—, ¿cuál es el secreto de tu arte incomparable? ¿De qué medios te vales para producir tan hermosas obras?

Asombrado, el modesto súbdito respondió:

—No poseo secreto alguno, señor. Cuando siento la necesidad de crear, me someto durante una semana al ayuno. Purifico así mi cuerpo y mi mente, y puedo contemplar la naturaleza sin tener el espíritu turbio.

"Diríjome, entonces, al bosque y selecciono las maderas que he de utilizar. Luego me entrego, de nuevo, al ayuno, y pasada la semana me dedico a la meditación y a la concentración del pensamiento sobre la naturaleza y el universo.

"Así, llega el momento en que algo me lleva y la creación brota de mi interior, con gran fuerza. Una vez terminada la obra, me parece tan hermosa que no la pienso mía y me digo que es obra del cielo.

"Es el único secreto de ellas, señor.

¿Es que se hallan definitivamente alejados de ese modo de sentir tan hondo y simple, la gran mayoría de nuestros pseudos artistas?

¿Acaso viven nada más que en un mundo limitado por la obcecación de sus espíritus, buscando la fama exterior y fácil?

¿Lo infinito que palpita en las formas y los colores, no despiertan en ellos más que consideraciones de orden físico o técnico?

Para ellos, ¿no es el ser humano el complejo microcosmos en el cual se centran los invisibles hilos que lo ligan a lo desconocido, sino ya figuras de múltiples planos y duros relieves?

Y el paisaje, ¿no evoca en ellos más que borrosas sensaciones y jamás la intensa y aguda inquietud del porqué?

¿Ha llegado acaso, el arte, a un callejón sin salida y se debate en el irremesiblemente perdido?

Si los manantiales de su inspiración se han secado y sólo hallara expresión en vanas fórmulas desprovistas de sentido, los artistas y esos productos suyos que ahora vemos, serán como cadáveres cuyo peso muerto arrastra la corriente del tiempo y se perderán, defraudando una misión que podrían haber cumplido.

...Y nos retiramos del Salón de Otoño, tras de habernos hecho estas reflexiones que, a pesar nuestro, respiran cierta amargura.

Acariciamos, sin embargo, la imagen de las telas y dibujos que escapan al olvido y agradecemos a Berni y a Raquel Forner, cuyas dotes pictóricas confirma en el "Manto Rojo", el habernos hecho sentir que no todo está muerto.

Lo mismo pensamos de los autores de "Ciudad" y "El sueño" y de Planas Casas, de quien conocíamos "Soledad" y Presagio".



TIEMPOS EN LA POESIA NEGRA EN AMERICA

Por DARDO CUNEO

RECUERDO a Jung. En Jung he leído: "El hombre blanco —al blanco de América Jung refiere— se resiste a admitir su contacto con el negro". El negro abre la portezuela del coche que ha de ocupar el blanco. Distancias numerosas entre las pieles distintas. El blanco que ocupará el coche pone unas monedas en las manos del negro, sin mirarle, en el encuentro, la cara. El blanco resiste al negro. La ciudad es del blanco; la ciudad y los hoteles, los clubs y los espectáculos; para el negro no avisan los letreros luminosos, ni cartel alguno de la calle al negro llama. Rechazo para él —rechazo y no olvido. "El hombre blanco —Jung decía— se resiste a admitir su contacto con el negro". Y Jung se preguntaba: "¿Y la risa americana, entonces? ¿La ilimitada y ruidosa sociabilidad? El placer de los movimientos y ejercicios de toda clase? ¿El andar desarticulado, la danza, la música negroide? (El ritmo del "jazz" es el mismo del n'goma, la danza africana). Con acompañamiento de música de "jazz" se puede bailar perfectamente la n'goma, con todos sus saltos y balanceos y vaivén de hombros y caderas. La música americana está en su mayor parte saturada hasta la evidencia de ritmos y melodías africanas". Consecuencia: "Es imposible dejar de ver que el negro ha afectado la conducta del americano con su modalidad primitiva, su emocionalismo expresivo, su espontaneidad infantil". El negro está en América.

Herramienta de carne, el negro vivió —todavía la vive— en dolor a América. En su voz, madura y abierta, trajo de su selva y de sus ríos el canto alegre para gritarlo entre la danza y los tambores (posibilidad de la reminiscencia); en sus pupilas, donde se fueron reduciendo —reduciendo y proporcionando — los panoramas: pájaros y árboles, cielos y costas del universo nativo; en su humanidad distinta: la religiosidad primitiva y lejana, y la reciente actualidad de derrota. Mudó el negro en América el canto de la selva por el de las plantaciones. Vistió a su danza. A sus ojos, trasladados, ingresó la tristeza. En el trabajo realizó su destino americano: herramienta en carne, y esclavo. Rechazaba el blanco su presencia, voto a su voz no daba, resistía a su sangre, pero, inevitablemente, sin sospecharlo, lo confundía en los procesos de su tiempo. Negro: algodón. Negro: servidumbre. El americano blanco iba asociando los elementos negros a su conducta. El del norte, hizo suyo un día el "jazz", fundación negra. El del sur, aceptó en el tango un compás de los ritmos morenos. La risa grande, el del norte. Estas expresiones que de los negros vienen, el del sur: **mucama, papagayo, milonga, mandinga, batuque, bujía.** Recuerdo a Jung, he leído: "Es imposible dejar de ver que el negro ha afectado la conducta del americano".

☆

En las plantaciones reiniciaron sus cantos. Cantos de selva libre, allá. Cantos de trabajo, aquí. Era esclavo el negro, y en el recuerdo de su tierra y de sus ríos, de su Africa —infancia en el mundo—, y de sus cielos primeros, fundó la estación nueva de su lírica. La jornada hizo al **spiritual.** "Estos negros eran profundamente infelices y para hacer el trabajo más llevadero lo hacían con un ritmo evidentemente lento y regular. Sus lamentaciones se tornaron, inevitablemente, en cantos". **(En Historique du Jazz. Ray Binder).** El negro busca un tema para su tristeza americana, y la religión se lo da. El negro imagina **praderas verdes,** un santoral negro que sospecharon los abuelos de la raza al explicar la génesis, y todavía más: imagina un cielo para negros liberados más allá de la muerte diaria. La voz sufrida —vegetal, abierta y madura— tiene este texto de infancia:

Yo tendré botines, tú tendrás botines,
todas las criaturas del Señor tienen botines.
Cuando vaya al cielo me pondré botines...

Cielo prometido. Y espera.

Los blancos emplean el látigo.
Los blancos emplean el gatillo.
La tierra es para los blancos.
El cielo es para los negros.

Primer reconocimiento. Tierra: blancos. Cielo: negros. Primer tiempo de la poesía negra en América. Religiosa. Colectiva. Niña.

☆

Al negro el dolor lo humilla. **(Esta gente conoce al temor como a un camarada, Sterling Brown).** Temor y vacilación están en su presente. Africa, en sus sueños. Vive entre blancos que lo rechazan su temor el negro. Petición en él:

Aunque soy negro, mi corazón es puro
y tú, a través del amor podrás tolerar
[mi negrura.

Ofrecimiento. En esa fecha probable cercado espíritu y voz cercada se vuelven a lo negro en la canción que exalta a la carne, que se dice en la danza, y que es, en definitiva, reminiscencia de la costa lejana, de la selva perdida, del sueño africano: en América, Africa; en el esclavo negro, la antigüedad de la raza. Los trópicos americanos clima dan a la voz y a la danza. Se recobra en el júbilo la voz.

Pero otras están llegando. Hacen el viaje de las diligencias. Vienen desde las prisiones de la Carolina del Sur.

Cavando en la cadena de los presidiarios
Y el guardián con el azote.

Diez, doce horas lleva el presidiario en las canteras (brazo, pico, piel negra al sol, y fatiga). Y sólo pide:

Todo lo que quiero es que me quiten de
[las piernas
estas frías cadenas de hierro.

Cuando al presidiario de la galera lo liberan, regresará a los mundos, por los caminos. Entonces:

En mi cara
los blancos cierran la puerta.

Reflexiona el negro:

Seguramente que ser pobre
es bastante malo.
Pero ser pobre y negro,
¡Dios mío, eso sí es duro!

Verdad del negro. En esa su reflexión primera, el cumplimiento de la liberación por la muerte reclama. (Ya reclama).

Oigame, Señor.
Déjeme partir, morir.
¿Cuándo? ¡Oh, Señor!!
¡Oh, Señor! ¿Cuándo?

El negro no tutea a Dios. Aún falta a su comprensión una nueva etapa. Esta es hora de apresurados reconocimientos. Es el segundo tiempo, el de la poesía aún colectiva y pre-insurreccional.

☆

Tiempo tercero.

Edad industrial. Ciudades. Cuando el negro asiste al dolor del negro le sobresalta el panorama de la éjoca. No es un negro el que sufre la suerte de su piel. No es el de la Carolina. No es el de Atlanta. No es el de Georgia. Son todos ellos. Es el negro de América. La raza.

Los blancos se comen el durazno.
Al negro le dejan el carozo.

En todas partes es así. ¿Y en el cielo? En el cielo también es así:

Me fuí al Cielo.
Nunca había estado antes allí.
Los blancos ocupan los lugares del Señor.
Y corren a los negros hacia abajo.

No hay cielo para negros liberados. Tierra hay para el dolor del negro. Regino Pedroso advierte:

¡Negro, hermano negro!
¡Negro más por el hambre que por la raza!

Los negros forman una clase: a la que le dejan el carozo, a la que le cierran las puertas. Lo sabe el negro, y con Langston Hughes dice:

No quiero estar solo...
Yo conozco ahora
a todos los oprimidos
del pobre mundo.
Blancos y negros
pondrán sus manos con la mía...

Solidaridad y reclamo:

Mañana
me sentarán a la mesa.

Evolución del tema. Mientras en los cañaverales y en los puertos, en las plantaciones, en las riberas hace el ofrecimiento de sus manos y de su sangre el negro, maduran sus poemas de guerrilla. Tiene poetas como caudillos la clase. Reivindicadora, insurrecta es la voz de los caudillos-poetas.

☆

Sin fechas precisas, sin definitivas fronteras, estos tres tiempos en el tema de la poesía negra en América suponen el trayecto hacia la comprensión del destino, la pasión y el sueño de la raza trasladada. Primer tiempo: dolor y cielo prometido. Segundo tiempo: dolor y reducción y reminiscencia y primer reclamo. Tiempo tercero: dolor y solidaridad y reclamo y aviso:

Mañana
me sentarán a la mesa.

Expresión inicial: el canto colectivo de las plantaciones. Expresión actual: los poetas: Hughes, Pedroso, Mac Kay, Guillen, James Weldon Johnson.



Nueva Declaración de los Derechos del Hombre

EN el corto tiempo de poco más de cien años se ha producido una profunda revolución en las condiciones materiales de la vida humana. Los inventos y descubrimientos han trastornado hasta tal punto la naturaleza y medios de comunicación terrestres, que las distancias, que antaño separaban a los Estados y naciones, prácticamente han sido abolidas.

Al mismo tiempo el poder mecánico ha tomado tan gigantesco incremento, y tal depreciación la energía humana, que la habilidad de los hombres tanto para la cooperación, como para injuriarse u oprimirse, para consumir, desarrollar o derrochar la exuberancia de la naturaleza, ha llegado a límites fuera de lo comparable con los tiempos pasados.

Este proceso de cambio se ha operado rápida y constantemente en el último tercio de siglo y va aproximándose a un clímax.

Es ya una necesidad imperativa el ajuste de la vida del hombre y de las instituciones a los crecientes peligros y condiciones de estas nuevas circunstancias. Se ve obligado a organizar la cooperación entre la mezcla de Estados soberanos que han servido hasta la fecha a sus fines políticos.

Se da cuenta al mismo tiempo que es necesario rescatar su vida económica de la devastación causada por el creciente aumento de los negocios y finanzas cuyo objeto exclusivo es la ganancia.

La colectivización política, económica y social le está siendo impuesta.

Responde a estas nuevas condiciones ciegamente y con un enorme desgaste de energía y bienestar. Los gobiernos se van convirtiendo en colectivismos de Estado o pasan a ser juguete de los monopolios de producción y de las organizaciones financieras.

Las organizaciones religiosas, la educación y la prensa están subordinadas a los deseos de los grupos e individuos dictatoriales, en tanto que los trabajos literarios o científicos y multitud de otras actividades sociales, que hasta la fecha fueron espontáneas e independientes, caen bajo la égida de estas modernas concentraciones del poder.

Ni los gobiernos ni las grandes combinaciones económicas y financieras fueron creadas para que ejercieran tales poderes; surgieron respondiendo a las exigencias de una temprana edad.

Bajo la urgencia de nuevas condiciones, crecen la inseguridad, los abusos y las tiranías; y decae la libertad, en particular la libertad de pensamiento y de palabra. Paso a paso esos mal adaptados gobiernos y aparatos de mando van restringiendo el libre juego de la mentalidad individual que es la garantía de la eficiencia y felicidad humanas.

Las ventajas temporarias de la acción rápida y secreta que estos monopolios de poder despliegan se ganan al precio de una profunda y progresiva desmoralización social.

Despojados de libertad y sentido de responsabilidad, los pueblos están inevitablemente condenados a caer, luego de una etapa de disciplina servil, en el desorden y en la violencia. La confianza y el consentimiento dejan paso a la histeria, a la apatía y a la indiferencia.

Por doquier la guerra y la monstruosa explotación económica se intensifican de tal manera que los mismos incrementos de poderío y las condiciones que han conducido a la humanidad a vislumbrar una era de plenitud ilimitada, parecen desvanecerse, puede ser para siempre, en un colapso social caótico e irremediable.

Se ve claramente que sólo una unificación del orden político, económico y social es capaz de poner fin a estas apropiaciones nacionales y privadas que ahora destruyen las inmensas posibilidades de nuestro tiempo.

La historia de los pueblos de Occidente ofrece una lección a toda la humanidad.

Fué práctica de los llamados países democráticos o parlamentarios afrontar todo aumento y centralización del poder, en el pasado, con una vigorosa y definida reafirmación de los derechos individuales del hombre.

Jamás en épocas anteriores ha sido tan imperativa la necesidad de reafirmar con tanta urgencia como lo es hoy lo que expresamos en el párrafo anterior.

Nosotros, que vivimos en las democracias parlamentarias, reconocemos que la reconstrucción mundial sobre líneas colectivistas es inevitable, pero, de acuerdo con nuestra tradición, acoplamos a dicho reconocimiento una **Declaración de Derechos** para que los profundos cambios que se están operando no resulten un intento de reconstrucción de los asuntos humanos en la sombra, sino una reconstrucción concebida y lograda a la plena luz del día.

Volvemos ahora a la **Declaración de Derechos** de que hablamos, sobre una escala mundial.

1.— EL DERECHO A LA VIDA

Por la palabra "hombre" se entiende en esta Declaración todo ser humano viviente sin distinción de edad o sexo.

Cada hombre es un heredero de todos los poderes y recursos naturales y de las invenciones y posibilidades acumuladas por sus precursores.

Tiene derecho, en la medida de dichos recursos y sin distinción de raza, de color, de creencias o de opiniones profesadas, a disponer de alimento, vestido y atención médica necesarios para estar en condiciones de realizar plenamente sus posibilidades de desarrollo físico y mental desde el nacimiento hasta la muerte.

A pesar de las varias y desiguales cualidades de los individuos, todos los hombres deben ser considerados absolutamente iguales ante la ley, **igualmente importantes en la vida social** y con iguales derechos al respeto de sus semejantes.

2.— PROTECCION DE LOS MENORES

Los guardianes naturales y con mayores derechos de quienes no han llegado todavía a la edad de protegerse a sí mismos, son sus padres.

En su defecto total o parcial, la comunidad, atendiendo a las tradiciones familiares del niño, aceptará o proveerá tutores provisorios.

3.— EL DEBER PARA CON LA COMUNIDAD

Es deber de todo hombre no solamente respetar, sino sostener y perfeccionar los derechos de todos los hombres de la tierra.

Además, es su deber contribuir rindiendo tales servicios a la comunidad que aseguren la realización de aquellas tareas necesarias para las que no proveen los incentivos que operarán en una sociedad libre.

Solamente es realizando su parte de servicios que puede el hombre justificar su existencia dentro de una comunidad.

Ningún hombre podrá ser enrolado para servicios militares u otros servicios hacia los cuales tenga alguna objeción de conciencia que oponer; pero no realizando ningún deber social, cualquier individuo quedará interdicto y bajo vigilancia.

4.— EL DERECHO DE SABER

Es un deber de la comunidad dotar a todo hombre de una educación lo suficientemente amplia que lo ponga en condiciones de ser tan útil y necesario como su capacidad le permita.

Además, es un deber de la comunidad hacer que todo conocimiento esté a su alcance, lo mismo que la educación especial, los que le ofrecerán por igual la oportunidad de desarrollar sus dotes especiales en pro de la comunidad.

Deberá tener pronto y fácil acceso a toda información necesaria para formarse un juicio acerca de los problemas y acontecimientos corrientes.

5.— LIBERTAD DE PENSAMIENTO Y DE CREENCIAS

Todo hombre tiene derecho a la más amplia libertad de expresión, discusión, asociación o credo.

6.— DERECHO AL TRABAJO

Sujeto a las necesidades de la comunidad, un hombre puede emplearse en cualquier ocupación, percibiendo por ella un salario en relación a la contribución que su trabajo en pro del bienestar de la comunidad pueda justificar. (1).

Tiene derecho a una ocupación remunerada y a sugerir qué clase de trabajo se considera capaz de realizar.

El trabajo con el único objeto de lucro no será considerado como una ocupación legal.

H. G. WELLS

A título ilustrativo, y por considerar que constituye un documento de interés e importancia, publicamos esta Declaración. Su texto ha sido redactado por H. G. Wells, originalmente, y hecho público en su libro "El Nuevo Orden del Mundo", con el pedido de su autor de que le hagan llegar sugerencias y modificaciones. Miles de personas de todas las razas y credos han participado en este debate, habiéndose creado posteriormente un comité encargado de coordinar todas las opiniones. Consecuencia de ello es este nuevo texto, acerca del cual Wells declara no ser el autor sino un propulsor. Los que hayan tenido oportunidad de leer la Declaración inicial comprobarán las profundas reformas introducidas en esta nueva redacción, que no es definitiva y cuya publicación en castellano es realizada por primera vez.

7 — DERECHOS SOBRE LA PROPIEDAD PERSONAL

Gozando de su propiedad personal, legalmente adquirida, un hombre tiene derecho a ser protegido de la violencia pública o privada, despojo, compulsión o intimidación.

8.— LIBERTAD DE MOVIMIENTO

Todo hombre puede trasladarse libremente por el mundo a sus propias expensas.

Su habitación privada, sin embargo, y toda limitación razonable del medio circundante que ocupe, podrá ser traspuesta solamente con su consentimiento o por una persona legalmente calificada, provista de una autorización que sólo la ley puede otorgarle.

Siempre que con sus movimientos no se entrometa en la propiedad privada de cualquier otro ciudadano, dañando, desfigurando, agraviando lo que no es suyo, interfiriendo, haciendo peligrar su propio uso, o disminuir seriamente la felicidad de los otros, tendrá el derecho de ir y venir adonde le plazca, ya sea por tierra, aire o agua, en cualquier país, montaña, pantano, río, lago, mar u océano, y en toda la amplitud de este espacio, que es su mundo.

9.— LIBERTAD PERSONAL

A menos que un hombre sea declarado, por una autoridad competente, ser un peligro para sí mismo o para los demás en razón de una anormalidad mental, declaración que deberá ser confirmada dentro de los siete días y, posteriormente, revisada por lo menos anualmente, no será restringida su libertad por más de 24 horas sin ser acusado con un cargo definido, ni será detenido por un término mayor de ocho días sin su consentimiento, ni encarcelado por más de tres meses sin proceso.

Dentro de un período razonable antes del proceso, deberá serle facilitada copia de las evidencias que se propongan utilizar en su contra.

En el caso de no haber sido procesado ni sentenciado de acuerdo con las prescripciones de la ley, al finalizar los tres meses será puesto en libertad.

Ningún hombre deberá ser acusado más de una vez en razón de una misma injuria.

Aunque está expuesto a la libre crítica de sus semejantes, deberá gozar de protección adecuada contra toda falsedad que pueda menoscabarlo o injuriarlo.

No se permitirán evidencias secretas. Los detalles registrados en expedientes administrativos no serán utilizados para justificar la más leve infracción de la libertad personal.

Un expediente no es más que un simple memorándum para uso administrativo y no podrá ser utilizado como evidencia sin propia confirmación por un tribunal público.

10.— LA LIBERTAD CONTRA LA VIOLENCIA

Ningún hombre podrá sufrir cualquier clase de mutilaciones sin su consentimiento previo, dado libremente; ni reducido por fuerza, excepto para restringir su propia violencia; ni sufrirá torturas, apaleamientos o cualquier otra clase de malos tratos físicos.

No será sometido a torturas mentales, encerrado en celdas infectas o en malas condiciones sanitarias; ni puesto en contacto con gente verminosa o atacada de enfermedades infecciosas.

Tratándose de una persona infecta o peligrosa para la salud de sus semejantes, será limpiado, desinfectado, puesto en cuarentena o restringido lo suficientemente para prevenir todo posible daño que pueda causar a sus semejantes.

Nadie podrá ser castigado en forma extorsiva por la selección, arresto o maltrato de rehenes.

11.— EL DERECHO DE LEGISLAR

Los derechos enunciados en esta Declaración son fundamentales e inalienables.

En materia convencional o administrativa, y nada más que en éstas, obvio es enunciar que los hombres necesitarán limitar el libre juego de ciertos de estos derechos fundamentales.

(Por ejemplo, cosas convencionales como la reglamentación de los caminos, la protección contra la falsificación del dinero, y, en materia administrativa, tales como el trazado de una ciudad o la higiene pública.)

Ninguna ley, convencional o administrativa, será obligatoria para cualquier hombre o sector de la comunidad, a menos que haya sido sancionada abiertamente con la aquiescencia tácita de todo ciudadano adulto a quien concierna, ya sea por mayoría de votos de la comunidad afectada o por mayoría de votos de sus representantes públicamente elegidos.

Dichos representantes serán directamente responsables, en última instancia, por todos los estatutos y reglamentos y por las interpretaciones en detalle hechas en la ejecución de la ley.

En materia de convenciones y de acción colectiva, el hombre debe someterse a la mayoría de las decisiones adoptadas por métodos electorales que den efectiva expresión a la expresión individual. Toda legislación debe ser sometida a discusión pública, revisión o abrogación. Ningún tratado secreto será concluido en nombre de la comunidad.

La fuente de toda legislación en un mundo libre es todo el pueblo, y dado que la vida fluye constantemente hacia nuevos ciudadanos, ninguna generación puede, total o parcialmente, renunciar o delegar sus derechos legislativos, que son inalienables e inherentes a la humanidad.

---

(1) Con manifiesta justicia se ha objetado que este artículo sexto implica que el único empleador será el Estado, y que las energías del hombre quedarán, por lo tanto, subordinadas a la dirección y sanciones de alguna clase de autoridad pública: algún comisario de trabajo, etc. A este punto, las intrincadas dificultades del trabajo del comité malograron las buenas intenciones de los que han emitido la presente Declaración. Es evidente que algo le ha sido quitado a este artículo, quedando abierta en él una brecha que no ha vuelto a ser cerrada. Nuestro comité ha fallado en la aserción de uno de los más vitales derechos humanos: el derecho que todo hombre tiene de realizar las cosas por y para sí mismo, para cualquier otro, o con alguna o ninguna otra consideración, dado que él, de esta manera, no lesiona el bienestar general no existiendo apropiación especulativa alguna de su trabajo. Es por esta apropiación especulativa que el comité estuvo profundamente preocupado. Esta omisión, a menos que sea salvada, podría significar la muerte de todo arte no permitido, de toda literatura libre, de toda investigación no sancionada, de todo experimento, en suma, que el oficialismo no aprobara. Pero yo creo, aunque sujeto a la crítica de hombres más versados en estas cuestiones, que unas pocas pero liberadoras palabras devolverían la intención fallida de la cláusula.

Supongamos, por ejemplo, que luego de la palabra "justicia" agregáramos:

"O que el deseo de cualquier individuo o individuos con respecto a sus productos, sus realizaciones, o la continuación de sus actividades, puedan producirle".

Además, después de la palabra "emplearse" yo agregaría el término "libremente", en la sentencia que abre este sexto artículo.

Hasta tanto los diferentes partidos y gobiernos no hayan aceptado esta Declaración, continuará siendo una Declaración provisional y, por consecuencia, un documento no oficial, susceptible de ser modificado.

Opino que el único error serio deslizado en ella estriba en la omisión a que ya nos hemos referido; creo, también, que esto se ha producido porque, entre otras cosas, se opinó que el espíritu que informa todo el artículo 11 sería suficiente para proteger al individuo del control dogmático.



MUCHOS SON PROFETAS EN SU TIERRA

Por PACO AGUILAR

NO hace falta viajar, ni conocer personalmente el mundo, para aprender, y mil veces comprobar, que es en su tierra donde los méritos de un hombre son con mayor fervor conocidos. La simple lectura de diarios extranjeros, de ilustradas biografías que acompañan a la presentación de una celebridad, la visión de un breve noticiario cinematográfico, nos ofrecen cada día pruebas inequívocas de la acogida que muchos países dispensan a sus hombres de valer.

Suele ser en las artes en donde menos se repite ese caso de justicia, o de generosidad, y en donde más se confirma el viejo y manoseado refrán de que NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA.

Sin embargo, la excepción existe, y son muchos también los artistas que pueden evocar con emoción la época en que fueron alentados, aplaudidos sin reservas, laureados con esplendidez, allí donde nacieron. A veces tan laureados, con tanto exceso prodigados los aplausos, que fueron los admiradores quienes llegaron a malograr el brillante camino emprendido, trocando en fatal apatía el latente entusiasmo que por el estudio y el perfeccionamiento vivía en el principiante.

Son muy conocidos los casos del niño-prodigio frustrado, o del artista desorientado y hasta por fin fracasado, a causa de la perniciosa influencia de los que ejercen la profesión de admirar.

Sin llegar a tal daño irreparable, sin que ello se traduzca en pérdidas de dones, en oscurecimientos de talentos, en faltas de entusiasmos, también suele obrar en contra de un artista, o mejor dicho, en contra de su éxito, las excesivas alabanzas que preceden a su actuación pública, y que, injustamente, provocan desilusión en quienes, por culpa de dichos apasionamientos, esperan de aquél más de lo que en realidad debe o puede dar.

No es este el caso de Claudio Arrau, ni del público de Buenos Aires frente al arte del pianista chileno.

No las previas alabanzas, no la propaganda deífica, no la vehemencia del ADMIRANTAZGO han sido cómplices en esta ocasión del frío con que el público argentino ha respondido a la primera LLAMADA A RECITAL de la temporada de 1941 en el Colón.

No queremos decir con ésto que la falta de calor se haya registrado dentro de la sala. Mentira fuera. El desinterés, la falta de entusiasmo ha estado en la calle, en las colas de boletería, en los salones privados, en las conversaciones sociales, en el público músico que Buenos Aires cultiva, y que, luz de la ciudad, mantúvose apagada en la pasada ocasión: apagada, por misterios del azar. Misterios que quizá Mercurio conozca. O acaso sea Marte quien de ellos sepa. La oportunidad no está condicionada por la voluntad humana. El azar, por el contrario, compone gran parte de nuestro pedestal. Dejemos a Marte o a Mercurio con sus secretos, y reconozcamos el triste papel que esos u otros dioses asignaron al mayo bonaerense musical.

Por azar, pues, Buenos Aires fué injusto con Claudio Arrau: tremendamente injusto. Pero creemos en Buenos Aires, y confiamos en que día le llegará de compensador desagravio a ese magnífico pianista sudamericano.

Hemos oído decir que sí, en lugar de llamarse Arrau, llamárase Arrasoff, habría nuestro Claudio arrasado con todo: éxito, público y dinero.

Hemos oído decir que Arrau es un artista latino junto a un pianista alemán, queriendo dar a entender que se trata de una mezcla sin personalidad.

Injusto lo primero, absurdo es lo segundo.

El público de Buenos Aires acostumbra a responder al arte de los artistas, y nunca al nombre que les bautiza. Apellidos muy comunes en la guía telefónica, se llevan aplausos a granel, a veces por merecimientos del artista, a veces por generosidad de los auditorios. Apellidos muy exóticos y de fonética pomposa, déjanse la piel en la ciudad, ora por caer en mal momento, ora por tener de gran artista nada más que la ortografía de su nombre.

Ninguna de esas suertes ha corrido Arrau, a quien le está reservada la mejor. Claudio Arrau es profeta en su tierra, y lo ha de ser en la Argentina.

No es un niño-prodigio malogrado. No es un latino germanizado. Es un artista que quiso buscar y aprendió lo que no sabía. Es un artista que quiso, pudo y supo encontrarse. Bien lo ha demostrado en su temporada lamentablemente breve del Teatro Colón.

Si de todos los conciertos ofrecidos por él en dicha sala, tomamos simplemente aquel en que, bajo la batuta maestra de Fritz Busch, interpretó el "Concierto en Sol" de Beethoven, para piano y orquesta, tenemos testimonio sobrado para declararnos vencidos, si es que de ser críticos despiadados —que levanta batalla contra el más insignificante defecto— se tratara. Si nos quedamos con sus "románticos", aunque sólo fuera con su Schumann, suficiente motivo tenemos para no terminar de aquí a mañana la enumeración de sus méritos, si es que de ser sincero oyente —que busca lo bello— se trata.

Una vez más, contra lo que él merece, no ha triunfado en Buenos Aires el gran pianista Claudio Arrau.

En Buenos Aires, Claudio Arrau triunfará.

MUSICA PARA LOS OJOS

Este es el epígrafe con que encabezaba nuestro colaborador, Paco Aguilar, su artículo anterior, y que, por un error de imprenta, quedó convertido en "Música para los oídos".

Bases para un trabajo de interés colectivo

BOLETIN DE ECONOMIA SOCIAL

Nuestro colaborador Miguel Angel Angueira, autor de varios artículos publicados en HOMBRE DE AMERICA sobre el problema de la tierra en la Argentina, nos remite el presente trabajo, relacionado con el "Boletín de Economía Social" que él dirige. El evidente interés del tema que trata, justifica plenamente la inserción de una colaboración tan extensa.

EL COMITE DE DIRECCION

DESPUES de la gran experiencia revolucionaria rusa; a través de las repetidas tentativas similares centro-europeas; después de la ocupación de las fábricas en Italia, en Francia; y por último después también de la más avanzada y grandiosa experiencia socialista revolucionaria en España de 1936-38, que seguirá sin duda durante mucho tiempo siendo piedra de toque, norte y clave de los acontecimientos de trascendencia mundial que se sucedan, se cierne y se aclara la idea de una revolución social.

Y como la situación, la conciencia hecha, las posibilidades real y profundamente delineadas en sus alcances y contornos, en sus síntomas, y en múltiples circunstancias que sería largo enumerar acá pero sobre los cuales volveremos, es la de que el proletariado ha descorrido enérgicamente el velo sobre el interrogante de su pretendida y aparente pasividad, demostrando en la acción su vigor y el camino que está decidido a seguir; y como la obsesión de un régimen que se está decapitando es la de que el proletariado puede un día u otro **dar principio a la tarea** arrojándose a la lucha con la firme voluntad de poner fin al caos sangriento en que vivimos, consideramos que nunca como en estos momentos sería de urgente necesidad recapacitar y ver qué se puede hacer para estar a la altura de las circunstancias, acompañando con nuestras fuerzas el trabajo lento, laborioso, pero profundo y sólido, de las energías sociales oprimidas llamadas a romper las cadenas que contienen y asfixian la marcha de la civilización y del progreso humano, en grave trance de ser aniquilado.

El proletariado es la gran reserva, y su movilización la única posibilidad de que no se detenga el proceso mundial de crecimiento, en todos los aspectos de las actividades colectivas. Llamamos asalariados a un conjunto social aplastadoramente mayoritario que integra fundamentalmente la clase obrera, y en la que deben incluirse los empleados, técnicos y profesionales que viven de su sueldo, los pequeños campesinos, cuyo nivel de vida apenas si puede compararse al del paria urbano, y a los trabajadores rurales, además de otras categorías menos numerosas que forman las filas del gran ejército popular.

En ellos está hoy día ubicado todo el interés de la historia; en su destino y en su suerte está también toda la fórmula de la revolución y todo el futuro próximo de la humanidad. Acompañando su acción y sirviendo su marcha servimos de la mejor manera a la evolución y a la especie.

El actual irremediable y profundo trastorno del régimen de la ganancia y de la explotación, y la necesidad ineludible de **llevar la distribución al nivel de la producción**, nos obliga a pensar en lo que podemos hacer frente a este estado de cosas y a reflexionar seriamente en la mejor forma de hacerlo.

Ante la desorientación, el pánico y el pesimismo incurable de los equipos dirigentes, y ante la desordenada marcha de una organización económica llena de contradicciones insolubles y de círculos viciosos, es un deber hacer una tentativa razonada para centrar voluntades para un trabajo colectivo que está bien adherido a la realidad y a las esperanzas del momento. En este sentido pensamos que una tarea inmediata al alcance de todos los que están junto al obrero y militan en la gran cruzada de justicia social, podría ser lograda o intentada con probabilidades de éxito, recogiendo las enseñanzas de los movimientos populares revolucionarios de Europa en los últimos veinte años y en especial manera las del movimiento español de 1936-1938, que señalan un especial momento crucial de la revolución socialista.

Aquellas enseñanzas son sin duda grandes y numerosas, pero para nuestro propósito inmediato debemos circunscribirnos sólo a un aspecto con vistas a una tarea, y nos parece muy importante la que está vinculada a lo que podríamos llamar la defensa preventiva de la revolución. Esta defensa preventiva se relaciona sólidamente a la cuestión económica, que tanta importancia tiene en sucesos de interés público, como ha podido verse confirmado en cada uno de los acontecimientos a que hemos hecho referencia ya. Las investigaciones y el conocimiento concreto y fundado sobre la producción y las relaciones económicas de un país, y el esclarecimiento de muchísimos otros problemas colaterales a cual más importante que en ella van implicados y que sirven al movimiento obrero y cultural de vanguardia, así como a las organizaciones de productores, nos parece una tarea de fundamental importancia que dentro del conjunto de ese movimiento debe dar su frutos.

En el cuadro general de estas tareas, un inventario de la riqueza nacional interpretado con sentido social constructivo no es, como puede comprenderse, un pequeño trabajo de academia, laboratorio o grupo seleccionado.

Consideramos que hacer un balance de la producción y de la situación económica regional de la zona en que se vive, es una tarea considerable que sólo puede tener principios de realización inmediata si se pone comprensión y buena voluntad y espíritu de iniciativa para superar las dificultades de un momento histórico y poder hallar un punto de apoyo y de contacto en nuestro movimiento social y proletario.

Hallar una posibilidad de colaborar en torno a un trabajo concreto del alcance señalado, útil para todos, y hacer a la vez un esfuerzo ponderado por acompañar al movimiento obrero con una tarea concreta de apoyo para el mismo y ligada al trabajo y oficio de cada cual, creemos que bien vale la pena de ser contemplada como comienzo de obras mayores de la cultura revolucionaria. Y llamamos aquí cultura revolucionaria a la serie numerosa de conocimientos teóricos y prácticos referidos estrechamente a la vida social en que nos toca actuar. Cultura (de "cultivar", sin duda, algo originariamente referido a la tierra) debe ser esencialmente algo más que saber escribir, leer, hablar correctamente y repetir con perfección algunas cosas que hemos aprendido de memoria, hacer un soneto, inflar un discurso o acaudillar un partido. Esta es la agonizante cultura decrépita; nuestra cultura actual anodina, pueril, superficial, asexuada, que viene degenerando de largo tiempo atrás a la raza humana. De intento recalcamos este sentido renovador de la cultura porque suena precisamente a bizantinismo llevar nuestras preocupaciones humanas esenciales a cuestiones literarias o cavilaciones y preciosuras filosóficas, mientras la dictadura económica más brutal consume en masa al obrero y husmea el mundo la miseria, la angustia y el hambre. Hoy, ahora y aquí, lo primero y lo más importante son las cuestiones impostergables que giran en torno al proletariado, a su situación y a su destino; y estas cuestiones sustanciales son: alimentación, alojamiento, tierra, vestido, salud, libertad.

Las ideas no viven sino al contacto de las masas y no

adquieren valor, reciedumbre y porte humano carnal sino al vivo calor y encuentro de la vida cotidiana del pueblo. Cuando no es así, volamos por las nubes de las cavilaciones seudo filosóficas o filoculturales.

Vivimos aplastados y asfixiados bajo la lápida de plomo de una cultura contemplativa y aristocrática que ha odiado y ha explotado sin asco al trabajo manual. Marchamos aterrorizados y amordazados por un fantasma: el del pasado. La primera, la cultura cerebral, ha tendido la trampa y el freno más astuto que se conoce al progreso en el mundo; y el segundo ha "legislado al revés", como decía Kropotkin.

Habiendo legislado al revés, en contra de su pueblo, ese complejo equipo cultural se resiste ahora a desaparecer y vive bajo la impresión y la obsesión de una revolución social niveladora y libertadora.

Las formidables fuerzas financieras que integran el ejército de los improductivos y que se expresan públicamente a través de los partidos políticos, de la prensa, de la oficialidad superior del ejército, de los mil resortes estatales, de la iglesia, etc., etc., nacional e internacionalmente, forcejean desesperadamente y se fortifican en el Estado, que es quien centraliza el timón de mando de la explotación. El Estado hace de mascarón de proa y de camuflada coraza de choque o de mal disimulado componedor amigable y paternal en el conflicto social, pero el personaje importante está detrás: es la organización capitalista de la producción que hace acaso un postrer esfuerzo por disfrazar su poderío mundial, con el beneplácito manso de la democracia política desvertebrada, contenta de hacer el juego a una estratagema que la plutocracia aprovechará mientras viva.

Visto y comprobado que la revolución social pierde su rumbo hacia la libertad en cuanto refuerza el aparato estatal (Rusia, Alemania, España), y no atina o no puede hacer pie en la tierra firme de la organización económica que es el centro y la fuerza social revolucionaria que desmenuzará al Estado, si logra desarticular su aparato y anular su pretendida superioridad política sobre el trabajo, urge, pensamos, recapacitar sobre el problema.

Debemos reconocer que la esencia misma del régimen actual no está tanto en la existencia del asalariado y del Estado como en la bien disfrazada **relación de dominio** que existe entre la empresa política y las actividades productivas. Aquí está, justamente, el nudo gordiano que no hay poder sobre la tierra que pueda desatarlo. La espada de Alejandro que dé cuenta de él no puede ser otra que una revolución, y esto se comprende no por una inclinación a la violencia irracional, de la que estamos tan lejos por excelentes motivos, sino por una enseñanza histórica que tiene algo que ver con la absoluta falta de buen sentido del privilegio y de la fuerza: ¡seis mil años de historia lo confirman! La clase obrera no puede emanciparse y salvar la naciente civilización socialista si no determina apoderarse de la producción y **absorber** el poder público, no para asimilárselo y estructurar uno nuevo, sino para liquidarlo y desarmarlo a través de la organización socialista de la entera vida colectiva; y, mientras más libre sea esa organización, más seguros estaremos de que ella sea genuinamente socialista. La tarea será complicada, fatigosa y lenta todo lo que se quiera, pero no hay otro camino.

Planteada en estos términos la situación, creo que será más fácil que se comprenda nuestra proposición relativa al estudio de las cuestiones económicas de esta región, apreciadas y esclarecidas bajo un punto de vista socialista y constructivo.

Reconocer que la cuestión económica es fundamental y prácticamente un punto de partida sustancial y material de primera categoría, no es, puede comprenderse, marxismo ni sindicalismo. Kropotkin, en **"Campos, Fábricas y Talleres"**, página 13, dice: "Las terribles guerras entre Francia e Inglaterra, las cuales se han explicado con frecuencia como hijas de causas políticas, tuvieron un origen más profundo: la cuestión económica; ellas eran promovidas para alcanzar la supremacía del mercado mundial". Palabras éstas que, a más de medio siglo de distancia, resultan apropiadas para calificar exactamente la situación actual; palabras sin hedor a dialéctica hegeliana y, sobre todo, claras.

Elaborada una visión de conjunto de la economía regional y lograda esa perspectiva a través de una colaboración sincera y amplia del entero movimiento social y de los núcleos obreros que estuvieran dispuestos a trabajar en la vasta empresa, se habría logrado asegurar un punto de contacto y de partida sumamente importante. Sería un trabajo inicial que podría contribuir mucho a superar un momento crítico de meditación y de transición para el movimiento social de avanzada, tan preñado de porvenir, y que acaso mañana podría contribuir también a darnos el material y los hombres que puedan servir con mayor eficacia, visión y experiencia a los trabajos de socialización, gran incógnita de la futura revolución socialista.

Si tuviéramos la capacidad y la suerte de poder clavar jalones que sirvieran de puntos de referencia para esclarecer el complejo económico y productivo; si se dominara ese tabú y ese sentimiento de inferioridad frente al problema del poder, que ha hecho correr tanta tinta y que siempre, infaliblemente, en todas las revoluciones desaparece en los primeros momentos, pero que luego se recobra y se organiza a través de los partidos políticos remontando la corriente que lo coloca en situación de superioridad sobre el mundo laborioso, habríamos hecho algo de cierto valor en la lucha por el socialismo tal como nosotros lo entendemos.

El firme deseo y la inquebrantable voluntad de evitar sorpresas, debe mover a los obreros y a la vanguardia que acompaña su marcha a movilizarse por la preparación de los materiales fundamentales del rodaje económico, preocupación que ha pasado a ocupar el primer plano de la acción y del pensamiento socialista internacional, expresándose en una actitud crítica, práctica más que teórica, de conocimiento aplicado más que de conocimiento puro.

La nota más alta de superior cordura que internacionalmente han dado y están dando los elementos productores, debe ser todavía subrayada con una mayor y apasionada preocupación por liquidar la crisis, poniendo su sensatez, su empuje y certero sentido práctico, sus conocimientos y su paciencia infinita, en la tarea viva de la reorganización productiva, en la documentación de la acción deletérea del Capitalismo y del Estado, que **viene estrangulando la producción nacional y destruyendo el intercambio mundial** en proporciones mucho mayores que la misma guerra, sembrando el caos en todos los rincones del globo.

Esa equilibrada sensatez y recia capacidad demostrada por los obreros y los campesinos en los últimos acontecimientos revolucionarios anteriormente recordados tienen, además, un mayor valor todavía si se considera que ellas han sido conquistadas y elaboradas por la misma clase productora y obrera sola y por los elementos técnicos que la han servido, sin ayuda científica especializada y a pesar de la existencia de prejuicios culturales y hasta de organismos locales e internacionales que combaten la verdadera cultura humana y la liberación del genio creador de las masas. Por eso precisamente esas realizaciones del oscuro elemento productor tienen el más profundo sentido revolucionario y socialista. Si circunstancias especialísimas no hubieran actuado en su contra, los obreros, campesinos y hombres de vanguardia hubieran asegurado la continuidad y el desarrollo de la producción, contribuyendo con el arma y el argumento más denso y poderoso —el pan para la revolución y para la vida— a dar a todos la impresión y la seguridad absoluta de que la humanidad había pasado de un estadio inferior a otro superior de su existencia, realizando **sin interrupción y sin intermitencias** un plan de producción **siempre más amplio y mejor adaptado a las necesidades colectivas**, aplicando a la contrarrevolución la definitiva y más grande de las derrotas, o sea, en otras palabras, demostrando prácticamente, sobre el propio terreno de la economía caótica capitalista, que **el mundo está bien maduro para vivir fuera de la disciplina estatal, autoritaria y capitalista**, y que los obreros, los campesinos y los técnicos están ya mismo en condiciones de asegurar el progreso incesante de una civilización humana y socialista en crecimiento, agobiada de frutos maduros.

La llama del genio que acompañó siempre a las categorías manuales más humildes de nuestra especie ha sido algo más que el premio a sus dolores y a la humillación en que se las tiene. De las filas oscuras de perdido linaje del pueblo que trabaja y bajo la mano experta del anónimo obrero manual han brotado los elementos, las cosas y los descubrimientos más luminosos y geniales de que puede con todo derecho enorgullecerse la estirpe humana. La palanca, la polea, el torno, el arado, el engranaje, la plomada, el tornillo, la metalurgia, la imprenta, la rueda, la hélice, el pan, el torno, el papel, el timón, el dínamo, la turbina, el telar, el fuego, la brújula, el compás, el abecedario, los números, la electricidad, la escritura, el lenguaje, las matemáticas y miles de miles de infinitos inventos, gérmenes latentes y basamento inconmovible de la civilización, han hecho más por la ayuda mutua, la solidaridad y el progreso que las charlas académicas y los torneos oratorios y las juntas científicas de diez siglos. Estos son también los datos virginales presentes y remotos que hay que enriquecer, que hay que ilustrar, documentar, inventariar, divulgar y ligar férreamente a la gran cuestión social contemporánea, para lanzarlos a todos los vientos, con toda la voz y todas las lenguas de nuestra columna.

Este aspecto de un entredicho final grave entre el taller y la autoridad, entre el productor y el político, debe

ser sólidamente empuñado por la propaganda y el estudio, llamando con fuerzas la atención sobre él para que se aplique un tesonero trabajo y un esclarecido empeño militante que puede y debe dar ocasión y lugar a que el conjunto de la avanzada social haga pie firme en un trabajo concreto de indiscutible valor colectivo y de gran porvenir, que acaso mañana mismo señale un rumbo seguro, constructivo, a los palpitantes problemas de la hora.

Para ilustrar aún más nuestro propósito, vamos a referirnos rápidamente a un problema entre mil: el que plantea al entero movimiento obrero y avanzado la socialización de aquella parte de la producción que estaría en condiciones de ser colectivizada en nuestro país. Es este un tema que, aunque pueda parecer prematuro, tiene que interesar vivamente a los productores desde un punto de vista práctico. Este asunto por sí solo, y sin entrar, por el momento, a profundizar sus aspectos, merecería una amplia información crítica constructiva, divulgación sindical y hasta popular, que no es posible desconocer. La prensa obrera y de vanguardia podría ponerse a su servicio si quiere vincularse a uno de los tantos problemas de la cultura socialista en el mejor sentido de la palabra; y nos ligaríamos, así, a un esquema y estudio previo necesario de la producción y de la economía del país en que vivimos, cuya patria verdadera, real y estimable son sus trabajadores, esperanza y sal de nuestra tierra.

Un trabajo práctico de documentación económica que gire alrededor de este como de otros temas que a su tiempo iremos señalando, debe tener, entre otras finalidades muy importantes, el objeto fundamental y concreto de poder presentar ante la opinión obrera, campesina y pública un punto de vista general bien ajustado, claro y razonado de las perspectivas o grandes posibilidades de que se pueda practicar hoy, aquí, y con los materiales humanos con que se cuenta, un régimen de producción organizado para la satisfacción de las necesidades colectivas y no para la ganancia de los capitalistas implicados en ella.

Para esto, no dejamos de comprenderlo, es elemental que las organizaciones productoras, obreras y campesinas especialmente, estén bien penetradas de lo que pueden cuando hay conciencia del alcance de su verdadera misión.

Si, como lo hemos dicho, generaciones y generaciones de obreros y productores no han podido trabajar bajo su propia responsabilidad, ni están acostumbradas al uso cotidiano de la iniciativa y de la libertad tanto en su trabajo como en la organización productiva en su conjunto, y con todo, y a pesar de esa evidente situación desventajosa, cada vez que un movimiento revolucionario verdadero se presenta son ellas las que han debido soportar el mayor peso en la tarea creadora de la improvisación urgente, de la defensa heroica y del enlace económico, se hace necesario un estudio, una observación detenida, serena, bien concertada y bien informada del tema, referido a nuestro ambiente, que entre otros motivos justificativos populares debería recoger como un altoparlante machacador e insistente el clamor de las masas por una **economía de la abundancia** y de aumento inmediato de la producción y distribución de las cosas elementales a la vida.

Ese otro interesante problema sobre la posibilidad de alcanzar inmediatamente la realización de una **economía social de la abundancia** en contraposición al complot **Estado-Capital-Terrateniente** que hasta ahora sólo ha conseguido sabotear la producción, organizar científicamente la escasez, combatir a sangre y fuego toda tentativa de tocar el antisocial aparato de la distribución y arrastrar al mundo a la miseria y a la guerra, debe hallar a los sindicatos y núcleos obreros en condiciones cada día más seguras de poder poner orden a la producción y de poder llevar hacia adelante el estancado impulso del progreso técnico y mecánico del transporte, etc., etc., paralizado, cuando no destruído, por la reacción; verificando y documentando el aumento considerable del consumo y de la renta nacional que podría mañana mismo obtenerse con la organización del trabajo en común en el campo, aprovechando el gran rendimiento y economía del trabajo asociado y multiplicando las aplicaciones del progreso cada vez más intenso y vertiginoso que se realiza mundialmente hoy día en las tareas rurales, fuente inagotable y eterna de alimentos y materias primas, tan necesarias y tan regateadas, cuando no negadas rotundamente, al mismo productor.

No queremos insistir, pero se puede comprender que habría una gran cantidad de problemas y tareas prácticas que la organización obrera que representa al sector más interesado podría tomar inmediatamente. Esto acaso sea objeto de otro artículo, si fuera necesario. Con todo, no podemos dejar de señalar uno que debe despertar no sólo el interés, sino el apasionamiento del elemento obrero y productor, tan ligado está a la vida y a sus ansias naturales de mejoramiento y de conocimientos.

Este es el que plantea la división del trabajo. La división y la especialización cada vez mayor en todos los procesos productivos, y las normas brutales impuestas al obrero, el ritmo acelerado en la tarea y la pérdida total de interés intelectual en el trabajador en relación con las labores que realiza, es una situación que debe y puede ser contemplada por la clase obrera conciente, conjuntamente con todas las demás y como aspecto inseparable de un proceso de conjunto que no será posible desarticular.

El trabajo rutinario de los sindicatos, consistente en agrupar a los obreros para la defensa y la resistencia, debe ser completado, animado y considerablemente extendido hasta abarcar el estudio y aclaración de todos estos problemas que inyecten vida y apasionamiento a los núcleos obreros y hagan, a conciencia, del sindicato un centro vital de la vida colectiva, irradiando orientaciones sociales y estimulando con todos los recursos de que disponga preocupaciones que giren en derredor del trabajo y de la producción, fuente pura de meral, centro de fuerza y salud colectiva, de apoyo mutuo, de libertad y de justicia.

Una reorganización profunda de las relaciones actuales necesitará estar en posesión activa de datos concretos y de objetivos puntos de vista, y necesitará, también, movilizar todos los conocimientos y voluntades para poner las fuerzas cada vez más poderosas de la naturaleza y de la técnica, tanto como del arte y la ciencia, al servicio de la comunidad.

Exigir y demostrar que el régimen del asalariado y de la producción para el mercado es una maldición y un anacronismo es, sin duda, muy importante; pero esa importancia adquiere una inusitada trascendencia social si a ello se acompañan muchas cosas más, y sobre todo si se exige y se sabe demostrar paralelamente, por ejemplo, que una educación técnica y científica integral en escala elevada, como la que el trabajador de todos los rangos necesita y a la que tiene derecho a recibir para terminar con la deshumanización implacable y absoluta que lo destroza, es más que una necesidad, es una condición ineludible y absoluta si se quiere elevar la humanidad al nivel que el progreso imperativamente le está señalando.

Los movimientos obreros que giran o se les hace girar maliciosamente o inconscientemente en derredor a las influencias oficiales o de partido no tienen ni pueden tener porvenir, desde un punto de vista genuinamente socialista. Seguirán siendo un apéndice y un recurso muy útil del dominio autoritario y estatal-capitalista, que en la vida pública se expresa a través de las empresas políticas que se disputan el poder; y proseguirán esterilizándose para toda construcción humana y social de aliento colectivo y libre.

Las enseñanzas de las experiencias políticas de poder y dictadura confrontadas con las experiencias de las revoluciones son soberanamente aleccionadoras. Ellas dicen categóricamente que la revolución ha concluído si el dominio político se rehace y logra remontar la corriente, así queden subsistentes las conquistas sociales, pero siempre que los cuadros que se consideren llamados a ejercer el predominio político puedan ponerse otra vez en condiciones de poder sojuzgar al trabajo imponiéndole una disciplina y una dependencia extraña al ambiente productivo y a sus necesidades.

La habilidad táctica del capitalismo en estrecha unión sagrada con el apetito de dominio político se ha enrique-

cido hasta alcanzar el grado superlativo de una estrategia tan fina y depurada que debe tener alerta a las fuerzas de avanzada. Esa estrategia de alta jerarquía, fina y aguzada, se ha purgado de lastres legales e ideológicos en forma radical, y no parecerá extraño si decimos que los capitalistas más reaccionarios no sólo están a un paso de aceptar hasta la expropiación y la socialización, sino que hoy día mismo está en acción esa tendencia.

La proposición de municipalizar los servicios públicos, el interés demostrado por la finanza de vincularse cada vez más a la "prosperidad del Estado", como lo demuestra ya en forma evidente la suma astronómica de siete millones de pesos que adeuda el Estado y los municipios del país a la corporación de los rentistas, y hasta algunos proyectos lanzados como globos de ensayo para sondear la posibilidad gratísima a un sector capitalista de asegurarse sin fatigas ni sobresaltos una RENTA CIERTA BIEN GARANTIDA, son señales más que seguras de lo que decimos.

Ya por estos síntomas puede deducirse que no es suficiente la desaparición de la forma privada de la producción en los sectores esenciales (Rusia) para que se tenga al mismo tiempo la desaparición del dominio social de minorías dirigentes cuyos apetitos e impulsos de ascendencia autoritaria se saben disfrazan muy bien con pretensiones representativas de carácter político. En este sentido el productor y el obrero están más avanzados que los partidos avanzados, que interpretan falsamente la realidad.

El porvenir socialista deberá seguir otras vías si no quiere encerrarse en el callejón sin salida de las dictaduras de sector, de fuerza central y fanatismos de poder, que han marcado huella profunda en la vida social, pero que quedarán inutilizados si la revolución prepara con inteligencia práctica sus líneas de defensa. Hay que destacar que el éxito dependerá de muchas cosas, no hay duda, pero la acción concertada de la defensa económica estará en el primer plano.

El movimiento obrero, las publicaciones de vanguardia, los centros de estudios sociales, los grupos de propaganda y todas las fuerzas individuales y colectivas de un entero movimiento colmado de porvenir deben hacer el esfuerzo necesario para colaborar y vincularse sólidamente a un trabajo plausible cuya complejidad obliga a un esfuerzo considerable que requiere cooperación para ser eficaz, y que, partiendo del centro vital de la cuestión social argentina que sin duda alguna está situado en el régimen de la propiedad de la tierra y sus formas de explotación, podría ir extendiéndose y consolidándose en torno a un mayor conocimiento y simultánea divulgación de los recursos de la producción nacional e internacional en sus rasgos más notables, de las fuentes de materias primas y riquezas reales y potenciales de la región, de los costos de producción, mecanismo de los cambios, rol del dinero y consecuencias de su abolición, papel regulador del oro, rendimiento de los capitales, auto-regulación social y sindical de la economía nacional, etcétera.

La densa red en crecimiento permanente de las múltiples inter-relaciones gremiales, personales y de grupos culturales o de estudios sociales, que promovieran y estimularan estos numerosos trabajos de orientación y de documentación, así como la paralela circulación de informes, memorias, datos sobre condiciones de trabajo, salarios, horarios, alojamientos y vivienda obrera, estadística sobre costo de la vida, cotejos, deducciones generales sobre el sistema económico, noticias sobre la evolución técnica industrial y rural, recopilaciones de geografía económica, notas y observaciones sobre inventos y descubrimientos, referencias útiles en relación con los perfeccionamientos, hallazgos e inventos del hombre que sabe servirse de las manos y que ha transformado la industria en los últimos cien años, apuntes sobre la que se estudia y se experimenta en el vastísimo campo de la vida laboriosa colectiva, contribuiría a dar la necesaria sensación de fuerza de la poderosa colmena oscura y silenciosa donde se mueve el creador de la riqueza social, y concurriría eficazmente al conocimiento apropiado y exacto de los valores y elementos de un sistema y organización productiva y social nueva y verdaderamente libre y fecunda.

Al mismo tiempo toda esa cantidad de recursos serían los materiales preciosos para el estudio de las múltiples cuestiones ligadas al trabajo o industria de cada grupo obrero, que interpretados con buen sentido práctico, madurez y precisión, servirían oportunamente para elaborar las bases de la economía social argentina en formación. Los alcances de un trabajo así serían, naturalmente, difíciles de adelantar; pero como necesariamente una labor semejante iría objetivamente anudada a una razonada perspectiva de conjunto que hasta podría ser ajustada y armonizada en líneas generales por los interesados en reuniones locales o regionales, se contaría al cabo de algún tiempo con un esquema sumamente interesante referido a las diversas manifestaciones del trabajo y de la producción argentina elaborado por sus propios gestores.

El interés obrero y público sobre las cuestiones del transporte, del alojamiento, del vestido, de los alimentos, de la tierra, de la industria, de los oficios, salarios, salud pública etc., es demasiado evidente para que necesite ser destacado; pero lo que sí debe ser subrayado es la necesidad que hay de estimular una mayor compenetración y dominio del mecanismo de la producción y circulación de los numerosos elementos del diario vivir, que al mismo tiempo que reúna, en los centros obreros y grupos de estudios de orientación económica, un conjunto de principios, fundamentos y conocimientos que aclararían el complejo productivo en muchos de sus aspectos, vincule, sobre una cosa viva como es todo lo que se relacione al trabajo y a la situación del trabajador, a la clase obrera y a quienes apoyan sus esfuerzos de liberación. Lanzar encuestas, formular y pedir informes rurales o de fábricas, remitir circulares de información sobre la ejecución de trabajos colectivos, etc., podrían ser otros recursos fecundos de comprobación y coordinación inicial de auténtico fundamento económico y de firme desenvolvimiento progresivo de la verdadera cultura socialista, humana, integral y libre.

Sobre algunos de estos últimos medios de cooperación, y acaso especialmente sobre los informes de fábricas, el "Boletín de Economía Social" propondrá próximamente una primera experiencia y tarea de documentación.

Cuando nos detenemos a reflexionar sobre estas cosas, nuestra esperanza se centra en la encrucijada social y prólogo constructivo y glorioso de la gran lección dictada por la revolución española, de tan hondo latir proletario y recia base socialista libre; y aunque no puede ni debe pedirse perfección de reñosada obra académica a un acontecimiento histórico cuya trascendencia será cada vez más grande en el futuro, creemos que aquel suceso seguirá siendo norte y rumbo en medio del dantesco torbellino que nos ha tocado en suerte atravesar. Y esto es así porque en España fueron las manos, fueron los obreros, y sus muy humildes y valientes servidores, los que se situaron en el corazón y el nervio mismo del problema, de este problema que preocupa y que necesita la colaboración activa y directa de los propios interesados que pueden y deben estudiarla con sus propios métodos y, en su base auténtica, que es, lo repetimos, la gran incógnita del porvenir socialista de la sociedad futura.

Eco de estas preocupaciones será el Boletín de Economía Social, cuyas bases hemos remitido a las publicaciones y que próximamente hará llegar a organizaciones e interesados que han contestado a la primera encuesta sobre la situación y condiciones de trabajo de los obreros rurales.

De todos modos por medio de estas líneas suplicamos la opinión que pueda merecer el asunto central que se ha tratado en este artículo, y deseamos que por cualquier observación que pueda hacerse a estos puntos de vista, así como por toda colaboración que pueda ser útil, se dirijan a: "Boletín de Economía Social", Av. Emilio Castro 5790, Capital Federal.

Opinión del Dr. Enrique Corona Martínez sobre el proceso de Bragado

Con motivo del reciente fallo de la Suprema Corte de la provincia de Buenos Aires, confirmando la pena de reclusión perpetua para los procesados Pascual Vuotto y Rafael de Diago y de prisión perpetua para Santiago Mainini, en una casusa que ha conmovido a la opinión pública de la Argentina y que ha trascendido a todo el continente, y existiendo una conciencia general acerca de la absoluta inocencia de estos militantes obreros con respecto del hecho que les ha sido imputado, hemos pedido a su abogado defensor una declaración. El Dr. Enrique Corona Martínez ha complacido nuestra solicitud en los siguientes términos:

La Asamblea General Constituyente de 1813, primera expresión auténtica del pueblo argentino, ordenó que se quemaran en la plaza pública los instrumentos de tortura. Y así se hizo.

La Constitución que nos rige, entre cuyos propósitos fundamentales se cuentan los de "afianzar la justicia" y "asegurar los beneficios de la libertad" ha querido que todas las causas criminales se decidieran por jurados. Y son de la esencia de este sistema, la intervención y contralor directos del pueblo en los juicios. Garantiza la inviolabilidad de "la defensa en juicio, de la persona y de los derechos", asegura que "nadie será obligado a declarar contra sí mismo" y proscribe el empleo del tormento.

En el PROCESO DE BRAGADO, todo eso ha sido letra muerta.

De ahí que el fallo condenatorio haya levantado tempestades de indignación.

Condenar a inocentes a sabiendas es el mayor de los crímenes humanos. Lo dice nuestra conciencia y lo subraya la ley.

Y, Vuotto, Mainini y de Diago, son inocentes.

¿Cuando se redimirá nuestra justicia de su baldón de justicia de clase?

¿Cuando se comprenderá que la misión de juzgar debe ser ejercida en el plano superior de los estamentos espirituales, donde no llega el barro de las discordias ni la asfixia de las bajas pasiones humanas?

¿Cuando tendremos jueces que sean capaces de ejercer con dignidad y limpieza la función suprema que se les ha asignado?

¿Cuando los ideales excelsos de nuestra Constitución serán interpretados por los Tribunales en su letra y en su espíritu, para "afianzar la justicia" y no para degradarla?

¿Cuando el tormento, la coacción y la mentira dejarán de ser los sillares de los pronunciamientos judiciales?

Cuando el pueblo lo comprenda, lo quiera y lo decida, o nunca jamás.

COOPERATIVAS Y USINAS POPULARES DE ELECTRICIDAD:

EL PROBLEMA ELECTRICO EN LA ARGENTINA

POR EL PROFESOR ING.
CARLOS S. BIANCHI
Prof. titular de máquinas eléctricas de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata

★

Conferencia pronunciada en agosto de 1940 por la Radio de la Universidad de La Plata

SECCION TECNICO — CIENTIFICA Dirigida por el Dr. RAFAEL GRINFELD y el Ing. AQUILES MARTINEZ CIVELLI

CUANDO se trata de estudiar el cooperativismo en la producción de energía eléctrica, es necesario, ante todo, echar una mirada por sobre lo que podríamos denominar el panorama eléctrico de nuestro país, enfocando —con la brevedad exigida por está charla radiotelefónica— la evolución experimentada por la República Argentina en una materia tan importante y, sobre todo, tan actualizada como es la industria de producción, transporte, distribución y utilización de la energía eléctrica.

Suele decirse que muchas industrias han sido establecidas en el país con el carácter de "industrias de avanzada" o de "fomento". Y tal criterio justificaba un tratamiento particularmente favorable a las empresas que llegaban a estas tierras. Los capitales que acudían debían correr los riesgos propios de toda inversión en un país nuevo, vale decir, en un mercado cuya capacidad de absorción era problemática, y de allí que tales industrias merecieran un trato privilegiado que les asegurara una retribución mínima —siempre generosamente calculada—, respaldada muchas veces por una verdadera garantía nacional que las pusiera a cubierto de todo riesgo.

Y recalcamos que **"suele justificarse ese tratamiento particularmente ventajoso concedido a empresas extranjeras"** porque, en realidad, a medida que muchos hechos van saliendo a la luz, a medida que se nos van haciendo conocer muchos documentos archivados, por olvido o deliberadamente, también vamos aprendiendo a leer esa frase al trasluz, es decir a darle la acepción que merece.

Aun no está escrita la historia del desenvolvimiento de las industrias azucarera, vitivinícola, yerbatera y algodonera; la historia de las concesiones telefónicas y eléctricas, la de las empresas del transporte. Pero la búsqueda de antecedentes se realiza con paciente y laboriosa meticulosidad y, al igual de lo acontecido con los ferrocarriles argentinos, no está lejano el día en que pueda develarse el misterio de la entrega del país a la voracidad de capitales nacionales o extranjeros, que, en tren de conquista y de acaparamiento, supieron comprarlo todo, para asentarse sobre bases aparentemente inconmovibles y comandar desde ellas todo el desarrollo económico, político y cultural de la República Argentina.

La vertiginosa evolución experimentada por la industria eléctrica en la Argentina se manifiesta en estas pocas cifras que someto a la consideración de mis radioescuchas:

Año	Núm. de centrales	Pot. instalada	Población W/hab.	
1910	menos de 10	—	—	
1916	350	226.239	8,11	millones
1921	360	260.233	9,19	,,
1927	620	638.665	10,9	,,
1937	1.130	1.060.000	12,2	,,

La producción de energía eléctrica pasó de 1.433.000.000 de KWH en 1930, a 2.103.000.000 de KWH en 1937, lo que equivale a un aumento del 46 % en sólo siete años.

Los capitales actualmente invertidos en esta industria ascienden, para el año 1937, a mil cuatrocientos millones de pesos moneda nacional, y los ingresos brutos de las empresas pasaron de 179.000.000 de pesos en 1933, a 234.000.000 en 1938, es decir un aumento del 31 %. Para el año 1939 las cifras estimadas están por sobre los 250 millones de pesos.

Tal es, en escuetas y muy resumidas cifras, el estado presente de la industria que nos ocupa. Ubicadas ellas dentro del campo más complejo de la evolución industrial de nuestro país, corroboran una aserción que tuvimos el honor de plantear ante el primer congreso sudamericano de ingeniería llevado a cabo en Santiago de Chile el año 1939. Afirmábamos entonces —y lo sostenemos hoy con muchas razones más—, en un trabajo presentado en colaboración con el ingeniero A. Martínez Civelli, "que la evolución industrial operada en la República Argentina —como en los restantes países de Sud América— ha creado condiciones tales que ya no es posible la subsistencia de la primitiva etapa, vale decir la que justificó el otorgamiento de concesiones favorabilísimas para fomentar la implantación de algunas industrias.

Más aún, afirmabamos que actualmente y desde hace largos años, las condiciones en que se desenvuelven tales industrias, constituyen un factor negativo que frena el natural desenvolvimiento del país. Con lo que aparece un choque, inevitable, de sugestivos resultados, entre las industrias locales que se hallan frenadas, obstaculizadas y otras industrias no nacionales pero sí fuertemente favorecidas por las susodichas condiciones".

¿Cómo se ha puesto de manifiesto ese choque? ¿Qué factores han incidido para que la industria nacional, en el orden de la energía eléctrica, intente desarrollarse? ¿Qué consecuencias se desprenden de tal estado de cosas?

Es lo que veremos inmediatamente.

Aparece desde hace unos diez años, aproximadamente, un movimiento de carácter popular que encara la solución del problema eléctrico concerniente a cada localidad, luchando contra los empresarios particulares que están respaldados por largas concesiones y por tarifas conceptuadas excesivas. Este movimiento ha tomado dos formas, condicionadas por las circunstancias locales que lo orientan en uno u otro sentido:

Primera forma: Constitución de usinas del tipo **cooperativo;**

Segunda forma: Constitución de usinas del tipo **popular,** organizadas como sociedades anónimas. Pero en todos los casos, sin excepción alguna, la razón de ser de estos movimientos ha sido una sola y muy fundada, como hemos de probarlo: el convencimiento de que la explotación del servicio de energía eléctrica en manos de empresas particulares (entiéndase grandes empresas monopolizadoras) constituyen una verdadera exacción, que les permite obtener ganancias muy superiores a las que podrían exigirse en una buena operación comercial.

Queda, pues, planteada la situación de lucha: por un lado la casi totalidad del país y fundamentalmente los grandes centros consumidores (Buenos Aires, Rosario, Tucumán, Córdoba, Mendoza, S. Fe, etc.) en manos de consorcios capitalistas que, al decir de un informe ejemplarizador elevado al gobierno de Córdoba, "subordina los intereses del país a sus propias conveniencias".

Por otro, algunas minúsculas entidades cooperativas y populares, diseminadas en el interior de la República, pequeña la potencia, escaso el capital, diminuta la población servida, pero con una fe inquebrantable en las proyecciones del movimiento por ellas representado.

Veamos rápidamente, cuál es el volumen de estas organizaciones cooperativistas, dividiéndolas en esta forma:

Cooperativas en funcionamiento regular: P. Alta, Olavarría, Tres Arroyos, S. A. de Areco, Necochea, Maipú, Pergamino, M. del Plata, Las Flores, Pigüé, Villa Iris, Sta. Lucía, Ireneo Portela (13 de la P. de Bs. As.), Rufino, Ceres, Gálvez, Pérez, Berabevú, Villa Ocampo y Villa Diego (5 de la prov. de S. Fe); Almafuerte, Canals, Los Cóndores, Río Tercero, Villa Rumipal, Deán Funes, Villa del Dique, Porteña, Berrotarán, Sta. Rosa de Calamuchita (9 de la prov. de Córdoba); Concordia, Basabilvaso, Villa San José, (3 de la prov. de E. Ríos); Rosario de la Frontera y Metán (en Salta); Sta. Rosa y Castex (en la Gob. de La Pampa; Comodoro Rivadavia en Chubut; San Antonio Oeste, Valcheta, Ing. Jacobacci (3 en Río Negro); Neuquén, en el territorio del mismo nombre; Charata en el Chaco. En total, 41 usinas cooperativas en funcionamiento.

Cooperativas en curso de instalación: Bahía Blanca con su edificio construído pero imposibilitada de prestar servicio por vetos reiterados del intendente a una ordenanza que la autoriza para usar la vía pública, Gral. Uriburu (concesión acordada y edificio en construcción), Rojas (con usina instalada y con reciente solución de dificultades de todo orden, que les permitirá el uso de la vía pública). En Santa Fe tenemos las cooperativas de San Jorge, Coronel Bogado y Paz. En Córdoba las de Río IV, Huinca Renacó. En Entre Ríos la de Rosario Tala, de modo que en todo el país se cuentan 9 cooperativas en vías de instalación.

Cooperativas en curso de constitución de sus capitales e inscriptas en el M. de A. de la Nación: Lomas de Zamora, Lanús, Ate. Brown, Ameghino, Coronel Dorrego y Tigre, dentro de la P. de Bs. As.; Rosario, Firmat, Armstrong, Elortondo, San Cristóbal, Las Parejas y Los Molinos en la P. de S. Fe; Córdoba capital, Villa María, Laboulaye, Jesús María, Hernando, Corral de Bustos en Córdoba; Paraná en E. Ríos; Mendoza capital, Godoy Cruz, Villa La Paz, Villa Rivadavia, San Rafael en Mendoza; Villa Simoca y Monteros en Tucumán.

En total, 30 cooperativas en formación.

Y si a estos números agregamos las usinas populares de Luján, Azul, Tandil, Chivilcoy, Bolivar, T. Lauquen, Coronel Vidal; Venado Tuerto y Rafaela, Victoria y Nogoyá, llegamos a estas cifras finales:

Usinas cooperativas, 41, y usinas populares, 11, vale decir, 52 usinas en funcionamiento en todo el país; 9 cooperativas en curso de instalación y 30 formando sus capitales.

Por otra parte, la estadística oficial del Ministerio de Agricultura de la Nación, acusa un registro de:

Setenta cooperativas de luz y fuerza eléctrica con 114.635 asociados y un capital de $ 13.264.520 m/n. incluyendo las que están en funcionamiento, en construcción y en proceso de formación.

Por último, debemos agregar que las cooperativas están agrupadas en un organismo central de la Federación Argentina de Cooperativas de Electricidad que reune a 45 entidades, y las usinas populares lo están alrededor de la Confederación Argentina de Usinas Populares.

Ya tenemos, pues, una idea global de lo que representan desde el punto de vista físico, diremos, las entidades de carácter popular.

Veamos ahora otro aspecto, el más interesante de esta primera cuestión: ¿Qué valor tienen estas 52 usinas cooperativas o populares frente a las mil usinas que existen en todo el país? ¿Qué significan frente al millón trescientos mil Kw. instalados en la República Argentina, los 25.000 Kw. pertenecientes a las entidades aludidas?

La respuesta la han dado los hechos en forma incontrovertible: Este insignificante 2 % de la potencia total ha tenido la virtud de provocar, en las localidades que cuentan en su seno con entidades cooperativas y populares, una rebaja vertical de las tarifas, rebaja que en la mayor parte de los casos alcanza el 50 % referida a las tarifas que existieran cuando la explotación estaba en manos de particulares, sean éstos representantes directos o indirectos de ITALO, ANSEC, CHADE o grupo SUIZO.

Y para probarlo, nada mejor que los ejemplos:

Punta Alta: Localidad de la provincia de Buenos Aires. Hasta el día de la inauguración de la usina cooperativa (25 de septiembre de 1927) la empresa del monopolio, la misma que provee de energía eléctrica a B. Blanca, cobraba 50 centavos el Kw.-hora; desde ese día comenzó a cobrar 10 centavos. La Cooperativa se inició cobrando 25 centavos, mitad de la anterior, pero, sin embargo, alcanzaba a dos veces y media el de la tarifa de dumping establecida por la ITALO. Pese a ello, la Cooperativa de Punta Alta se afianzó, y ha llegado a establecer la tarifa única de 15 centavos, obteniendo beneficios líquidos del 40 %, que devuelve proporcionalmente al consumo; la ITALO continúa con sus 10 centavos, pero en B. Blanca, lugar de generación de la energía que trasmite a P. Alta, impone una tarifa de 33 centavos, debiéndose observar que P. Alta es una localidad pequeña y que la potencia cooperativista es de sólo 800 Kw; la ITALO tiene una gran usina de 22.000 Kw., es decir, 33 veces mayor, y cobra, pese a la conocida reducción de los costos de producción a medida que crece la potencia, un precio doble al de P. Alta.

Azul: Este caso es extraordinario: en 1923 la empresa existente imponía una tarifa de 65 centavos la unidad para alumbrado y 45 para fuerza motriz, además de $ 1 mensual por alquiler de medidor y $ 10 por derecho de conexión. Establecía consumo mínimo mensual de $ 6.50 m/n. La usina, de tipo popular, por el solo hecho de comenzar su organización, tradujo su presencia por una rebaja de tarifas que establecieron en 40 centavos para alumbrado y 30 centavos para fuerza motriz, reduciéndose a la mitad el importe por alquiler de medidor. En 1924 estuvieron listas para entrar a prestar servicio las instalaciones de la usina popular (del tipo sociedad anónima) con tarifas de 35 y 20 centavos, respectivamente, es decir, casi la mitad de lo que cobraba la empresa monopolista. Actualmente, eliminada toda competencia, la Usina Popular de Azul tiene tarifas básicas de 20 y 15 centavos, o sea menos de la tercera parte de las existentes cuando empezó a funcionar. Por otra parte, el consorcio monopolista cobraba para iluminaciones extraordinarias (fiestas patrias, por ejemplo) el precio, también extraordinario, de 90 centavos la unidad.

La Usina Popular ofrece gratuitamente esos servicios, así como el que corresponde a edificios públicos, escuelas, asilos, hospitales, bibliotecas y parques.

Con todo, la instalación de esta usina popular ha significado para el pueblo de Azul una economía superior a los tres millones de pesos, sin contar

con que dicha entidad ha repartido dividendos y bonificaciones por valor de $ 440.000 y ha formado un fondo de reserva de 750.000 pesos.

Olavarría: Población de 32.000 habitantes. Tarifa anterior de la empresa trustificada: 50 centavos. La Cooperativa se inició con un precio medio de 22,7 centavos, y cinco años después de su inauguración, es decir en 1937, este precio había descendido a 11,9 centavos.

Comodoro Rivadavia: Precio vigente antes de iniciarse el movimiento cooperativista: 60 centavos más $ 1.80 mensuales por alquiler de medidor. Tales tarifas sufrieron una rebaja que las llevó a 50 centavos y luego a 45, cuando la Cooperativa comenzó a afianzarse y cuando firmó los contratos de adquisición de materiales para su usina propia. Al tenderse las redes, las tarifas experimentaron una nueva reducción que las llevó a 38 centavos, y al montarse el primer motor descienden nuevamente a 25 centavos, llegándose, por fin, a la supresión del alquiler de medidor.

Octavio Rivas Rooney

EXTRANJEROS EN SU TIERRA

La Cooperativa funciona normalmente, amortiza sus instalaciones, las amplía hasta alcanzar los 800 HP y alimenta en la fecha más de 1.500 consumidores. Su tarifa actual es de 25 centavos la unidad.

San Antonio de Areco: Población de 7.000 habitantes. Tarifa vigente con la empresa del monopolio: 42 centavos el Kw. más $ 1 mensual en concepto de alquiler de medidor. Tarifas actuales (Cooperativa): 25 centavos, sin alquiler de medidor.

Rufino (P. de Santa Fe): Tarifa anterior: 48 centavos. Tarifa de la Cooperativa: 25 centavos.

Metan (Salta): Tarifa anterior: 50 centavos. Tarifa cooperativista: 35 centavos.

Tres Arroyos (Bs. As): Población de 40.000 habitantes. En 1931 la Liga del Comercio e Industria, atendiendo un reclamo general, solicita una rebaja de tarifas, reclamación que no es atendida aduciendo razones de absoluta imposibilidad económica. Sin embargo, iniciado el movimiento cooperativista, la empresa rebaja de motu-propio a 30 centavos, y cuando en un gran acto público se suscriben acciones para la cooperativa, la empresa del trust rebaja nuevamente la tarifa a 27 centavos. Instalada la Cooperativa, dicha empresa cobra 20 centavos en la zona en que simultáneamente existen redes suyas y de la Cooperativa, manteniendo el precio de 27 centavos para el resto de la ciudad.

Y podríamos repetir los ejemplos con cada una de las localidades que actualmente cuentan con una entidad del tipo cooperativo o popular.

Pero no se trata única y exclusivamente de la rebaja enorme de las tarifas y de que con todo ello las cooperativas y entidades populares obtienen ganancias que les permiten amortizar sus instalaciones y repartir dividendos que se traducen en una ulterior rebaja de precios.

Hay algo más importante que esto: Todos sabemos que a medida que crecen en magnitud las instalaciones generadoras, el costo del Kw.-hora producido disminuye rápidamente por cuanto el precio de las máquinas no es directamente proporcional a su potencia y porque, parejo con el crecimiento de la potencia instalada, corren todos los perfeccionamientos técnicos que automatizan o semiautomatizan el control y vigilancia de las redes y usinas, el transporte e inyección del combustible, etcétera.

Pues bien; ahora podemos enfrentar estos dos hechos: Por una parte, cooperativas que, como las mencionadas, sirven localidades cuyas poblaciones oscilan entre los 3.000 y los 40.000 habitantes, tienen precios de venta del Kw.-hora situados por debajo —entiéndase bien—, "por debajo" de los estipulados por los grandes consorcios CHADE, ITALO, ANSEC o grupo SUIZO, en poblaciones de la importancia extraordinaria de Buenos Aires, La Plata, Rosario, Tucumán, Córdoba y Santa Fe.

Por otra parte, la circunstancia correlativa que se refiere a la magnitud y costo de las instalaciones, no proporcionales a la potencia, que permiten a los grandes consorcios citados obtener la unidad generada a un precio muchísimo menor que el de las pequeñas usinas cooperativistas.

Es evidente, pues, que si las empresas populares han traducido su acción en una rebaja de tarifas que alcanza como promedio al 50 %, y aun reparten dividendos, pagan intereses, amortizan sus instalaciones, las mejoran y amplían, "las ganancias de las empresas trustificadas, cuyas entradas brutas ascienden a las de $ 240.000.000, son, en más de 100 millones, superiores a las que deberían tolerarse como una justa retribución de sus capitales, aun suponiendo que estos capitales hayan llegado directamente desde el extranjero y no constituyan la simple acumulación de las exorbitantes ganancias obtenidas sin control alguno y al margen de toda consideración para con los intereses de las poblaciones servidas por ellas.

Desde hace varios días, la CADE viene publicando en solicitadas que aparecen en toda la prensa grande del país, varias conclusiones extractadas de informes del Concejo Deliberante de la Capital.

Una de ellas se refiere a las rebajas porcentuales experimentadas por las tarifas de distintas categorías, entre los años 1936 y 1938, rebajas que, al decir de esos informes, oscilan entre el 8, 24 y 22,68 por ciento.

Otra, mucho más interesante, establece los precios medios por Kw.-hora facturado, que son: para 1936, de 17,37 centavos, y para 1938, de 14,68 centavos. Ahora bien: se produce la rara coincidencia de que el último informe presentado por la Cooperativa de Electricidad de Pergamino, que sólo sirve al 50 % de los consumidores de esa ciudad y tiene una potencia instalada muchísimo menor que la de la ITALO, en esta ciudad, establece, para el ejercicio en curso, un precio medio de 16 centavos; la Usina Popular de Azul acusa para el año 1938 un precio medio inferior a 19 centavos, y el Azul tiene una población de sólo 45.000 habitantes, con 4.500 consumidores y una potencia instalada de 3.500 HP.

En Punta Alta, la tarifa única, y por lo tanto la tarifa media, es de 15 centavos la unidad, aparte de que los consumidores son dueños de sus medidores. Y Punta Alta sólo tiene una potencia instalada de 800 kilowatt.

Olavarría, en 1937 logró un precio medio de 11,9 centavos.

Bastan estos pocos datos comparativos para dar una idea clara de que nuestra afirmación en el sentido de que las tarifas establecidas en los contratos de concesión para las grandes empresas, son verdaderamente exorbitantes y que sus ganancias, en consecuencia, sobrepasan desmesuradamente a las que deberían establecerse para retribuir justicieramente los capitales invertidos. Piénsese, además, que con aquellas reducidas tarifas, todas las entidades populares aun reparten dividendos y aseguran el normal crecimiento de sus instalaciones.

Hemos visto, pues, con brevedad, un segundo resultado de la acción cooperativista.

Nos queda un tercero: el desarrollo de las cooperativas eléctricas se ha llevado a cabo con enormes dificultades. Este magnífico movimiento en pro de la liberación nacional, es decir, en favor de nuestra independencia económica, que condiciona ineludiblemente nuestra verdadera independencia política y cultural, tiene, como es lógico, sus aspectos amargos.

La sola enunciación de un posible movimiento cooperativista trae consigo las más insospechadas derivaciones: En primer lugar —y contradiciendo sus anteriores actitudes— las empresas ofrecen, voluntariamente, rebajas de tarifas, supresión de tasas, y de consumos mínimos, mejora y ampliación de los servicios. Las rebajas y mejoras se hacen efectivas y van en aumento a medida que el movimiento popular crece, llegándose en algunos casos, como en Punta Alta, a un verdadero dumping.

En segundo lugar: por rara coincidencia aparece en la localidad un titulado periódico independiente, en el cual menudean los ataques a los cooperativistas más destacados, llegándose a la ofensa personal y a la calumnia como arma de desprestigio.

Por fin, el ataque se precipita acudiendo a los resortes oficiales y las acusaciones más descabelladas. Se alude al fracaso del movimiento cooperativista tomándose últimamente como estribillo el caso de la CLYFE insidiosamente aplastada por el ex gobernador Fresco; se falsean antecedentes diciendo que en países altamente industrializados no existen cooperativas eléctricas, pese a que las estadísticas de EE. UU., Alemania e Inglaterra demuestran lo contrario; se acusa a los organizadores de ser individuos disolventes o afiliados a internacionales perturbadoras del orden establecido, y llegan a intentar el soborno para frenar las actividades de los dirigentes cooperativistas.

Periódicos locales cambian bruscamente su orientación; políticos gestores del movimiento popular mejoran radicalmente su posición económica, intendentes que vetan ordenanzas reiteradamente votadas, concejos deliberantes que prorrogan concesiones sobre tablas, redactándolas a paladar del gerente de la usina local y, para colmar la medida, en la provincia de Buenos Aires una ley monstruosa aprobada y sancionada, sin discusión por una legislatura huérfana de todo calor popular, la ley 4742, ha llegado para satisfacer las más caras aspiraciones del trust: redactada por el ex asesor letrado del M. de Gobierno, Dr. R. Roth, fiel servidor de los intereses extranjeros en la República Argentina, ha sido promulgada para terminar con las cooperativas eléctricas, tal cual lo declarara textualmente el mencionado asesor, en mi presencia, en el seno de la Comisión III del Primer Congreso S. A. de I. de Chile a que me he referido hace poco rato.

Pero con todo, las cooperativas eléctricas siguen su marcha.

Infinitamente pequeñas respecto de la gigantesca potencialidad de los trusts, 25.000 Kw. frente a 1.700.000; 13 millones de capital frente a mil cuatrocientos millones, traducen su presencia en el sentido magnífico de lucha que van adquiriendo las poblaciones en cuyo seno se desarrolla y triunfa un movimiento de esta naturaleza. Cada cooperativista comprende así, con su propia y dolorosa experiencia, cuán difícil es obtener la independencia económica de nuestro país, pero también saborea en su triunfo local, pregusta, diremos, el otro triunfo, el que llegará en no muy lejano día y del que cada uno de ellos será un magnífico adalid.

Lucha en condiciones desventajosas: sin apoyo oficial o contra la decidida hostilidad de las autoridades municipales o provinciales, sin prensa grande en la cual puedan publicar costosas solicitadas y avisos espectaculares; sin asesores letrados de fama y sin cuerpos de asesores técnicos principescamente pagados (abogados de nota, políticos militantes de destacada actuación, profesores universitarios y aun rectores de universidades argentinas); sin dinero, bregando a veces en plena calle como en Venado Tuerto o juntando máquinas viejas y realizando la memorable hazaña de Santa Rosa, en La Pampa.

En todo el territorio de la República Argentina, dispersas y aparentemente débiles, esas 41 cooperativas eléctricas y esas 11 usinas populares, nos están señalando el verdadero camino a seguir para recuperar el dominio sobre nuestras fuentes artificiales de energía eléctrica.

Porque hay que recordar que las gigantescas empresas tituladas argentinas, han merecido del gobierno de Córdoba los calificativos hasta hoy no desvirtuados por ninguna de ellas, que consigno a continuación:

Han constituído en todo el país empresas de lucro y acaudalamiento.

Constituyen una fuerte y disimulada estructura capitalista extranjera con firmes aspiraciones para el porvenir.

Han mercantilizado la industria de producción, transporte y distribución de la energía eléctrica, por subordinación de las mismas a la especulación financiera de centros capitalistas internacionales, en conexión con la gran manufactura.

Han creado explotaciones del tipo colonial y no nacional, porque sus agentes directivos explotan a las compañías subsidiarias desde el extranjero.

Han intentado e intentan apoderarse de las fuentes de energía del país y en general de todas las fuentes de energía de la América latina;

Han solicitado y obtenido concesiones tales que les permiten mantener tarifas excesivas y han eliminado, entre ellas, toda compentencia.

Llevan a cabo reorganizaciones especiales denominadas "eliminación prematura", mediante las cuales liquidan o traspasan artificialmente usinas del país de un consorcio a otro.

Tienen planificada la absorción de todo el país mediante grandes sistemas interconectados y super-usinas.

Respondiendo al plan indicado en la conclusión anterior, buscan afanosamente por todos los medios, apoderarse de las reservas hidráulicas de nuestro territorio.

No cumplen con las disposiciones del Código de Comercio en lo que se refiere al sellado y rubricado de sus libros y su contabilidad carece de documentos auténticos, indispensables en muchos casos.

Han entorpecido en todas las formas imaginables el funcionamiento y regular desempeño de todas las comisiones investigadoras que aparecieron, utilizando recursos dilatorios, ocultando documentos y llegando hasta la incidencia personal. Han efectuado traspaso de energía entre entidades pertenecientes al mismo consorcio, con fijación irregular de precios, simulación de venta y simulación de independencia.

Importan una fuerza capitalista extraña a la Nación que sólo se aplica a producir desarrollos útiles a los capitales y a ejercitar influencias favorables a los mismos, que son opuestas o distintas de las conveniencias de la Nación. Estas influencias, que pueden llegar a la prepotencia, sobre todo por la asociación de intereses del mismo origen, procuran establecer la extracción organizada y permanente de la riqueza nacional, para concentrarla y lucrarla en las entidades matrices extranjeras. Ello produce el comercio rico en la nación pobre.

Y para superarse: han atentado contra la soberanía del país, al pretender que se trata de sociedades anónimas que, por actuar fuera de él, tienen **sus directorios, sus asambleas y sus accionistas regidos por las leyes norteamericanas,** bajo cuyas disposiciones y preceptos quieren desarrollar su actividad comercial.

Ya tenemos, pues, en pocas palabras, explicado el significado del movimiento cooperativista y popular en el país:

Rebaja vertical de tarifas, demostración irrefutable de la explotación a que nos someten las empresas capitalistas extranjeras, en complicidad interesada o no con la prensa y nuestros dirigentes políticos; afirmación del sentido de lucha, demostrándonos con la fuerza probatoria de los hechos que nuestras fuentes de energía —naturales y artificiales— deben ser de propiedad del Estado (como lo aconsejara tan acertadamente el Primer Congreso S. A. de Ingeniería de Chile) y su explotación debe ser del tipo cooperativista, es decir exento de fines de lucro, por razones de **independencia económica, de soberanía nacional y de bienestar general.**

Esas dispersas y pequeñas usinas cooperativas, ese 2 % de la potencia total instalada en el país, que es de propiedad única y exclusiva del pueblo argentino, que con sus esfuerzos las animó, con su dinero las construyó y con su decidida voluntad las defendió, constituyen las avanzadas del ejército libertador que en esta difícil cruzada ha de llevar a este país hasta el cumplimiento de sus grandes destinos.

LARGAS FILAS...

Largas filas moviendo manos y ojos,
con tristes over-olles que dan miedo,
colocan,
aprietan,
dedos se abren y cierran
como desesperados.
Ellos no son hombres, solamente manos
de callos como piedra.

A ese negro canal de trabajo sin voces,
mudo como un gusano,
los empuja la máquina con la rueda,
los empuja la familia con la panera,
los empuja el hambre con sus clavos.
Ellos no son hombres, sino tan sólo manos
de callos como piedra.

Cien mil veces lo mismo: tuercas, tornillos, tuercas.
Horas y horas lo mismo,
una vida lo mismo: tuercas, tornillos, tuercas.
Acero por la mente.
El chillido del taller los corre
por las calles,
por las mesas y camas,
los corre por las cantinas donde el vino es vidrio
pensando en el lunes
y las bromas se hunden en el mostrador cansado.
El chillido se les mete en los sesos,
en las venas,
en los sueños de lagarto.

Ellos no son hombres: solamente manos
de callos como piedra.

Héctor Raúl PAGELLA

La Niñez Desventurada

ENTRE los niños, como acontece entre los adultos, muchos permanecen inadaptados y no se amoldan a los procesos comunes de educación. Desvíos de orden físico, intelectual y moral les dificultan la vida en los grupos ordinarios, convirtiéndolos en elementos indeseables a la comunidad y al mismo tiempo individuos infelices y rebeldes.

La tendencia antisocial provocada por celos, despechos y envidias pueden conducir a la criatura al crimen y a veces al suicidio, que, conviene se diga, no es muy frecuente, pues en la infancia es bastante vigoroso el instinto de la vida.

Conductas antisociales son explicables, en muchos casos, por inferioridad de los órganos, por una situación de niño mimado o de niño odiado, por influencias súbitas y pasajeras, o continuadas, de ciertos hechos que ocasionan serios disturbios en su psiquis.

Las deficiencias corporales, como acontece, por ejemplo, con los tullidos, los zurdos, los poseedores de labios leporinos, repercuten en la vida psíquica y se relacionan estrechamente con ella. La criatura busca una compensación, una superestructura de protección, en el ansia de conseguir triunfar sobre el estado de inferioridad que siente con cierta angustia. Las tendencias gregarias enfrían considerablemente y lo mismo sucede con el sentimiento de comunidad. Es incomprendida e inadaptada. Pero la sociabilidad reaparece con la superación de las deficiencias, cuando esto se torna posible.

Muchas veces, una anomalía sirve a la criatura para disculparse de los propios errores y faltas. Saca partido de sus propias inferioridades.

Las criaturas mimadas, en general los hijos únicos, pupilos, hijo único en un sexo dentro de un conjunto de hermanos, individuos frágiles orgánicamente, etc., en virtud de la satisfacción solícita de todos sus deseos y caprichos en la casa, encuentran en el medio social un ambiente distinto y hostil; y las dificultades que surgen, para una adaptación a la comunidad, llevan a una desorientación constante, buscando, sin cesar, un apoyo cualquiera.

En sentido opuesto a los niños "mimados" están los 'odiados", "despreciados" o deformes; los feos, los huérfanos, los entenados, los "adoptados por favor", los niños de asilo, los hijos ilegítimos, que desde muy temprano son despreciados o perseguidos. Se desarrolla en ellos el miedo, la desconfianza, la rebeldía, los deseos de represalia contra todo y contra todos. La necesidad constante de rehuir los castigos y las persecuciones r e f u e r z a n las tendencias de agresividad; el egoísmo se desenvuelve como defensa al medio hostil en que viven recelosos, cuando no acobardados; e incluso en la e s c u e l a perduran tales resabios, y los trabajos escolares son recibidos e interpretados como castigos o pruebas de hostilidad.

¿Qué decir, entonces, de los niños entregados a "escuelas correccionales", donde la dureza del trato, los castigos físicos, las reclusiones, son aun considerados "remedios" de alto valor?

Los pequeñitos serán más expansivos o más comedidos en sus realizaciones emocionales, conforme se les consientan expresiones ruidosas o se les exijan reserva e impasibilidad. El niño chino, por ejemplo, al que la educación "no le permite sonreir, ni dar muestras de felicidad", adquiere ese comedimiento y esa frialdad emocional que le caracteriza.

Causas que se atribuyen a las dotes originales, condicionadas por el medio en que vive la criatura,, promueven ciertas modalidades de desarreglo. Hay criaturas tímidas, medrosas, retardadas, taciturnas, indiferentes, turbulentas, celosas, crueles, etc., a quienes la incomprensión de los padres y los educadores contribuye desastrosamente a agravar sus anomalías.

Una sola especie de dirección educativa conviene igualmente a toda clase de retardados. Antes de cualquier medida correctiva es necesario investigar las causas a las que se puede atribuir cualquier desvío.

No es raro que los castigos corporales, e igualmente los cuidados excesivos, tornen a los niños tímidos o medrosos.

La timidez infantil se revela en la fuga. Substráese el niño a las miradas que lo intimidan. Demuestra cierto entorpecimiento, muéstrase desarreglado y deprimido, y acusa recelo en los movimientos de nerviosismo, en morderse las uñas o masticar la ropa, en el rubor, que va acompañado de confusión de la vista, temblores, palpitaciones. Revélase aún la timidez en inhibiciones de la memoria, embotamiento del apetito, en el llanto y a veces también en la explosión de ira que culmina en lágrimas.

El miedo es a menudo responsable de una serie de perturbaciones en el carácter infantil. Debilita el ánimo, hace perder la confianza en sí mismo y preocupa el espíritu, impidiendo el reposo restaurador durante la noche. Coadyuva en la formación de los "sentimientos de culpa", que trae al individuo una especie de arrepentimiento o desgano para consigo mismo, porque se atribuye las causas de cuanto mal le acontece.

"El niño medroso —dice Georges Rouma— es siempre inquieto; teme estar solo, no puede ser feliz".

Las historias fantásticas, la sugestión, el ejemplo de personas medrosas, los sustos comunes en la primera infancia, cuya responsabilidad cabe a los padres muchas veces, tergiversan el carácter de los pequeños. Amenazas con animales, con fantasmas, con demonios, con castigos "del infierno" y muchas otras son por demás perniciosas.

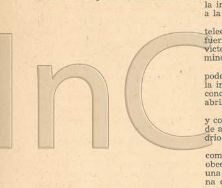
El rigor con que se castigan travesuras, casi siempre de modo injusto y desproporcionada a la gravedad de las faltas, desarrolla la simulación y la mentira, pues el niño se sustrae, de ese modo, al reproche. Es una forma natural de defensa.

Si las reprensiones se convierten en cariños o en la satisfacción de deseos y caprichos, los niños vuélvense viciosamente tozudos, impertinentes. Muchas veces enciérranse en caprichos o en la indiferencia para resistir las zurras o situaciones de desagrado.

Sepan los modernos profesores de la niñez comprender la psiquis infantil, y darán entonces nuevas directivas a la educación de sus alumnos. La turbulencia es el resultado, ya de un exceso de vivacidad, ya de una especie de rebeldía ante las exigencias que se pretenden imponer contra su aquiescencia y comprensión.

Prof. JÕAO DE SOUZA FERRAZ

LA RELIGION EN LA CULTURA



SIEMPRE he compartido la opinión de que la ciencia y la filosofía, sin acepción específica o determinante, constituyen los factores esenciales y únicos en la marcha evolutiva de la humanidad, por el espíritu analítico e investigador de la primera y la austeridad del juicio razonado que nos ofrece la segunda. Cuando una y otra, complementándose recíproca y racionalmente, forman el exponente armónico capaz de controlar en el hombre su riqueza y su obra cultural podemos asegurar que éste ha entrado definitivamente en el dilatado campo de la sabiduría.

La ciencia, al igual que la filosofía, necesitan para su desarrollo un clima de absoluta libertad; libres de toda norma o sistema que restrinjan sus audaces concepciones, el hombre de genio, en todas las épocas, jamás ha soportado el dogal humillante de los dogmatismos o prejuicios inherentes a las corrientes ideológicas de su tiempo; su vida ha transcurrido en un perpetuo desdén por todo lo que significara desmedro o menoscabo de su verdadera personalidad.

Ejemplos excelentes de ello, entre los filósofos, fueron Antulio, Sócrates, Juan o Jesús, que sacrificaron sin vacilar su propia existencia antes que traicionar su ideal.

Y otro tanto ha ocurrido, asimismo, en la ciencia, en cuya defensa son legiones los hombres que vieron sucumbir sus más caros ideales de redención, por obra de la incomprensión y la falacia de los detractores, quedando relegada, como siempre, a la posteridad la tarea de su reivindicación.

Todo individuo señalado por una excelencia particular de sus facultades intelectuales, lleva implícita en su propia superioridad la condena inexorable de las fuerzas regresivas que lo rodean; ellas se mancordan, impotentes, confiadas en la victoria de su mayor potencial cuantitativo, borrando con sus sombras la estela luminosa que acusa la trayectoria de sus fecundas realizaciones.

Organizado que fué este conglomerado de tendencias coercitivas en torno a un poder convergente y absoluto que lograra su propia hegemonía, como producto de la integración de valores anodinos de la masa, catequizó en forma sistemática la conciencia popular, lanzando su anatema sobre los caracteres superiores que osaran abrir juicio sobre la infalibilidad de sus dogmas o sus pretendidos derechos divinos.

Por eso, al decir religión, entiendo involucrar mi juicio en una definición clara y concisa de "atar, religar", o sea relegar el hombre sus derechos en algo o en favor de alguien, lo que importa una claudicación de la voluntad que coarta el libre albedrío o sea la libertad moral del mismo.

Por otra parte, y en esto reside su fuerza hábilmente orientada, estando los componentes de este grupo en perfecto conocimiento de las leyes naturales a que obedecen todos los fenómenos físicos, pero desconocidos o mal interpretados por una gran mayoría, decretan éstos como efectos de causas inaccesibles a la "humana comprensión" y de origen sobrenatural e instituyen los llamados milagros, creando los rituales que forman su cuerpo de creencias.

Una vez logrado su asiento como premisa, aseguró su irreflexivo acatamiento con la amenaza de los horrores de un castigo infinito, o brindando con mano pródiga un "más allá" de absurda vida contemplativa.

Rozando apenas el complejo religioso como factor preponderante en la formación del carácter y la cultura, debe admitirse que, si bien en ciertas edades contribuyó en forma decisiva al desarrollo de los mismos, paralelamente, y esto de un modo activo y directo, es su intervención actualmente una verdadera rémora que mantiene aletargado y remiso el espíritu investigador, aún en nuestra época.

Y es que su fuerza de gravitación no solamente recae en el orden científico, sino que arraiga profundamente en los sectores políticos y sociales y polariza la acción de los mismos, en el sentido de justificar la necesidad de su existencia.



Es así cómo en el seno propio de los centros de enseñanza vemos a sus representantes que, en nombre de una orden determinada, se constituyen en propulsores de la cultura y la moral del pueblo; cuando por su esencia intrínseca, ya que es dogmatizante por antonomasia, se encuentra en diametral oposición con la ciencia que es sinónimo de verdad clara y axiomática.

Frente a esta definición que ofrece visos de paradoja, debemos por fuerza admitir que el espíritu de este grupo religioso no es precisamente su amor a la comprobación y a la fe razonada: su adhesión a ella obedece quizás a los designios impuestos por un bien meditado plan con miras a poner límites al infinito horizonte de la cultura y encerrar en el círculo de su catecismo, las sublimes vibraciones del talento.

En consecuencia, y valorando en todo su vasto alcance aquello de que, "conquistando al niño se conquista al hombre", la religión atribuye una enorme importancia a la formación educacional de la juventud, presionando sutilmente en los núcleos gubernativos, que en algunos estados son simples feudos de ella, para que éstos le otorguen las prerrogativas propias del preceptor, e instalar así en el hombre desde la infancia el temor a las sanciones de un poder abstracto que está al

margen de la razón. Una prueba de ello se ve en la mayoría de los que detentan títulos universitarios, que no obstante su sólida instrucción conservan aún recónditos sedimentos religiosos, hasta el punto de llegar a declarar, ante un supuesto medio científico para dominar los elementos, y que no hace mucho provocara una situación espectante, que esa maravilla, si se obraba, sólo podía hacerla un milagro, y el milagro es patrimonio exclusivo de los santos.

Y si agregamos a esta circunstancia poco honrosa para la ciencia, la doblemente triste de ser un alto representante del gobierno quien expresara tal desatino, caeremos en la cruda decepción de ver vacilar, faltos de convicciones firmes, al estudioso y al hombre de estado.

No obstante esto, vemos con harta frecuencia y en forma casi sistemática, que los poderes públicos, en ejercicio de sus resortes legales combaten el auge de los adivinos, curanderos o seudo-profesionales que explotan con creciente éxito la excesiva credulidad que existe en todos los sectores de la sociedad; lo que por un elemental principio de buen sentido, merece el aplauso incondicional de los que forman la honrosa excepción.

Pero lo que resulta insólito a todas luces, es que simultáneamente y haciendo uso de los mismos difusivos, se ataque acerbamente esas prácticas fraudulentas, y por otra parte se trate de hacer carne en la mentalidad del pueblo, actualizando con minuciosa exposición de detalles, toda la retahila de circunstancias inverosímiles que rodearon el descubrimiento o aparición de tal o cual virgen o santo; reclamando por consiguiente la obligada veneración por parte de sus ingenuos adeptos.

Surge entonces, en presencia de tal dualismo, el razonamiento sereno y ecuánime de la cuestión.

Si admitímos que un objeto material (cualquiera sea la forma que éste afecte), es capaz de trasladarse sin intervención de ninguna fuerza física y que su hecho repetido ha manifestado voluntad inteligente provocando hechos portentosos, no encontramos, a fuer de justicieros, razón valedera para negar que un mortal cualquiera, sin estudios que lo acrediten y con perfecta ignorancia en materia de terapéutica, como así de nuestra vida íntima, nos haga entrar en vereda nuestro empecinado reuma, por ejemplo, o nos endilgue, con sólo saber el nombre y mirarnos a la cara, un bosquejo de nuestro pasado, presente o futuro.

Tan infantil es lo uno como lo otro; o quizás no lo serán ninguno de los dos, si tenemos en cuenta que todos los hechos de la vida tendrían motivos justificados, frente a las hipótesis de la metafísica moderna, cuyos serios estudios ha tenido la virtud de abrir interrogantes en una pléyade de profundos pensadores.

Pero apartémonos prudentemente de tan ingente problema y volvamos a nuestro razonamiento acerca de las causas de fanatismo y su necesidad de combatirlo, que, honrada y sinceramente es el único y exclusivo fin que me ha llevado a escribir estas líneas.

Y estas causas, múltiples en apariencia, se reducen, según mi juicio, a una fundamental, y que es el prejuicio y la falsa moral religiosa que gravita sobre los hombres que rigen la marcha de la sociedad y los destinos de los pueblos.

Y así vemos el espectáculo risueño, cuanto trágico, que nos ofrece la bendición de las armas fratricidas; las divisiones raciales en virtud del color o las fronteras y las impetraciones que sus representantes elevan a su dios por el exterminio del enemigo; cubriendo de execración a los que ayer ofrecieron sin regateos el aliento y las loas de su admiración; según fueran alternativamente enemigos o aliados en la conquista del poder.

Y si grande es la obra en el terreno científico y social, no lo es menos en el plano de la austera filosofía; ya que ésta, cuando se esgrime con la contundencia y la claridad prístina que emergen de sus principios, es fundente poderoso que diluye y atomiza implacable hasta el último reducto del sofisma. Porque allí donde el científico debe ceder a veces por el dominio limitado que aún tiene de la materia, el filósofo hace sentir el peso lapidario de sus juicios y la fuerza incontrastable de sus axiomas.

Trazado en forma somera y escueta el panorama de lucha que nos ofrece la humanidad actual desde el punto de vista que nos ocupa, incumbe, plena y obligadamente a los idealistas e intelectuales de esta generación romper lanzas contra todos los dogmatismos y su secuela de errores, por ser éstos el virus que mina las auténticas fuerzas propulsoras del progreso y las reservas morales y culturales de nuestra juventud.

ANGEL GUTIERREZ

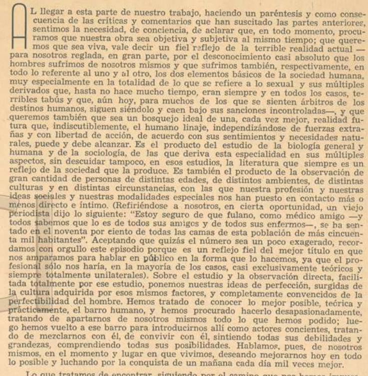
PROBLEMAS PSICOSEXUALES

Sección dirigida por el Dr. MANUEL MARTIN FERNANDEZ

EL COMPLEJO "AMOR"

SEPTIMA PARTE (A)

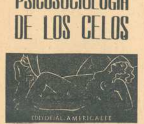
Las armonías necesarias



AL llegar a esta parte de nuestro trabajo, haciendo un paréntesis y como consecuencia de las críticas y comentarios que han suscitado las partes anteriores, sentimos la necesidad, de conciencia, de aclarar que, en todo momento, procuramos que nuestra obra sea objetiva y subjetiva al mismo tiempo; que queremos que sea viva, vale decir un fiel reflejo de la terrible realidad actual —para nosotros reglada, en gran parte, por el desconocimiento casi absoluto que los hombres sufrimos de nosotros mismos y que sufrimos también, respectivamente, en todo lo referente al uno y al otro, los dos elementos básicos de la sociedad humana, muy especialmente en la totalidad de lo que se refiere a lo sexual y sus múltiples derivados que, hasta no hace mucho tiempo, eran siempre y en todos los casos, terribles tabús y que, aún hoy, para muchos de los que se sienten árbitros de los destinos humanos, siguen siéndolo y caen bajo sus sanciones incontroladas—, y que queremos también que sea un bosquejo ideal de una, cada vez mejor, realidad futura que, indiscutiblemente, el humano linaje, independizándose de fuerzas extrañas y con libertad de acción, de acuerdo con sus sentimientos y necesidades naturales, puede y debe alcanzar. Es el producto del estudio de la biología general y humana y de la sociología, de las que deriva esta especialidad en sus múltiples aspectos, sin descuidar tampoco, en esos estudios, la literatura que siempre es un reflejo de la sociedad que la produce. Es también el producto de la observación de gran cantidad de personas de distintas edades, de distintos ambientes, de distintas culturas y en distintas circunstancias, con las que nuestra profesión y nuestras ideas sociales y nuestras modalidades especiales nos han puesto en contacto más o menos directo e íntimo. (Refiriéndose a nosotros, en cierta oportunidad, un viejo periodista dijo lo siguiente: "Estoy seguro de que fulano, como médico amigo —y todos sabemos que lo es de todos sus amigos y de todos sus enfermos—, se ha sentado en el noventa por ciento de todas las camas de esta población de más cincuenta mil habitantes". Aceptando que quizás el número sea un poco exagerado, recordamos con orgullo este episodio porque es un reflejo fiel del mejor título en que nos amparamos para hablar en público en la forma que lo hacemos, ya que el profesional sólo nos haría, en la mayoría de los casos, casi exclusivamente teóricos y siempre totalmente unilaterales). Sobre el estudio y la observación directa, facilitada totalmente por ese estudio, ponemos nuestras ideas de perfección, surgidas de la cultura adquirida por esos mismos factores, y completamente convencidos de la perfectibilidad del hombre. Hemos tratado de conocer lo mejor posible, teórica y prácticamente, el barro humano, y hemos procurado hacerlo desapasionadamente, tratando de apartarnos de nosotros mismos todo lo que hemos podido; luego hemos vuelto a ese barro para introducirnos allí como actores concientes, tratando de mezclarnos con él, de convivir con él, sintiendo todas sus debilidades y grandezas, comprendiendo todas sus posibilidades. Hablamos, pues, de nosotros mismos, en el momento y lugar en que vivimos, deseando mejorarnos hoy en todo lo posible y luchando por la conquista de un mañana cada día mil veces mejor.

Lo que tratamos de encontrar, siguiendo por el camino que nos hemos impuesto en estos estudios, es la posibilidad del triunfo del amor en la unión feliz y duradera del hombre y de la mujer que, atraídos mutuamente por el poderosísimo impulso de sus respectivas biologías, se encuentran y que, por el sólo hecho de ese encuentro, siempre más o menos placentero, engañados por la fuerza ciega del ansia necesaria e insatisfecha de placer, creen de inmediato que encontraron ya el complemento biológico y social perfecto que, anhelantes, conciente o subconcientemente, vivieron buscando hasta ese instante.

Los hombres, dentro de la edad sexual, vale decir mientras están en posibilidad de amar, pueden ser más o menos jóvenes, adultos o viejos (siempre jóvenes si el amor está con ellos), pero lo que interesa es su edad mental, infantil o adulta, medida por la potencialidad de sus hormonas, por la experiencia buena o mala. grande o pequeña de la vida y por la cultura que, en nuestro asunto, debe ser especialmente sexual y social, referida, en magnitud y esplendor, a la general del medio en que actúan.



Sobre todas estas bases, nos atrevemos a afirmar, perfectamente concientes de lo que decimos, que no hemos visto en ninguna parte y que no sabemos que haya existido en ninguna época un sólo matrimonio feliz, un sólo matrimonio en el que los cónyuges hayan encontrado ni siquiera una parte mínima de la grandiosa y magnífica felicidad con que habían soñado y que creyeron alcanzar con la unión que tanto ambicionaron. Y no son solamente los que llegaron a la unión demasiado jóvenes en su edad biológica, impulsados por el espejismo propio de su inexperiencia, no; nos referimos a todos, absolutamente a todos los matrimonios que hemos conocido y que creyeron fundarse en el amor; los otros, en los que el amor no intervino para nada y sólo utilizaron esa palabra como concepto pantalla, nos intere-

san en otro sentido. Hasta ahora, en los distintos sistemas en que ha vivido la humanidad, la sociedad, en el afán de esclavizar al hombre, dividiéndolo siempre en castas o en clases, lo que ha ido alejando cada vez más de la naturaleza, y, por ese camino, lo que ha cultivado ha sido la perversión y la corrupción de todo el fondo moral que surge espontáneamente de su naturaleza. Es que en nuestra época y en nuestra sociedad ningún matrimonio puede escapar a las salpicaduras de las mil lacras de ignorancia, hipocresía, incomprensión, egoísmo y todas las formas de maldad y de deshumanización de que está plagada la sociedad burguesa en que vivimos y en la que, contra toda nuestra personalidad, contra todos nuestros deseos y a pesar de todas nuestras ideas, fatalmente tenemos que actuar en todos los minutos de nuestra vida. Sin contar que, en el fondo, somos hechura, hijos de ese sistema que ha creado sus religiones, sus escuelas, sus leyes, todo, todo lo que le sirve para hacernos a gusto de sus caprichos o necesidades mezquinas. Ya Diderot, en otra época y con un sentido puramente político, lo comprendía así en su "Suplemento al viaje de Bougainville" cuando decía: "Hablaremos contra las leyes insensatas hasta que se las reforme, y en el interín nos someteremos a ellas ciegamente". Nosotros, durante la mayor parte de los años de nuestra vida, vivimos sometidos a la tutela social que, en ese tutlaeje, sólo se preocupa de sus intereses sin importarle absolutamente nada los de cada uno de sus tutelados. Todos sufrimos las desastrosas consecuencias de este estado de cosas: unos las sobrellevamos con más o menos tranquilidad o estoicismo que otros; todos, absolutamente todos, renegamos una y mil veces en nuestro fuero interno, aunque la mayoría temblemos de miedo ante la sola idea de que pueda asomar el menor gesto que acuse ese disgusto; todos, absolutamente todos, vivimos deseando que nuestra vida sea muy distinta de lo que es; todos, absolutamente todos, hasta los más ignorantes, tenemos momentos de lucidez en los que comprendemos perfectamente bien quién es y dónde está nuestro enemigo; pero, por indolencia, por incapacidad, por cobardía, por sentimentalismo o por no perder nada de la mezquina tranquilidad que gozamos a costa de tantos sacrificios estériles de todo lo mejor de nuestra personalidad, pocos, muy pocos somos capaces de hablar y de decir nuestra verdad tal como la sentimos, aunque, como Diderot, nos sometamos más o menos ciegamente.

Estamos seguros de que a muchos parecerán completamente temerarias nuestras afirmaciones, que otros con aire de tranquila superioridad dirán que son el producto del despecho frente a fracasos personales; que nuestras palabras levantarán un revuelo de indignación en estos, en aquellos y en muchos otros, especialmente en los acostumbrados a hacer digestiones tranquilas. No importa; estamos seguros de que, a pesar de esas creencias, de esas protestas, de esa indignación y de esas malas digestiones, todos nos tildarán de cínicos porque todos saben que tenemos razón y que decimos la verdad por dolorosa y vergonzosa que sea para todos.

Al iniciar estos estudios incluíamos, como integrante de las primeras partes, el siguiente cuestionario de una encuesta tendiente a que nuestro trabajo sea más vivo por la correspondencia directa entre el que lee y el que escribe: "1º) ¿Está usted satisfecho de su vida sexual? 2º) ¿Cree usted que la educación que ha recibido lo capacitó suficientemente para gozar de todas las posibilidades físicas y espirituales en la espléndida plenitud que nos brinda la vida? 3º) Si está descontento, ¿a qué atribuye sus fracasos? 4º) ¿Qué opina usted del matrimonio como institución: significa o no para usted la conquista de la felicidad que todos soñamos? 5º) Si está descontento, ¿por qué, qué defectos le encuentra, cómo cree que debieran ser las relaciones de los sexos teniendo en cuenta la necesidad de felicidad de los que se aman y de los posibles hijos? 6º) ¿Cómo cree usted que debe ser la educación sexual que hay que dar a los niños, a los jóvenes y a los adultos que hoy, por ignorancia, son como niños en estas cosas? 7º) ¿A qué edad cree usted que debe iniciarse la vida sexual?". Si todos nuestros lectores se armaran de valor para desprenderse de prejuicios absurdos y se dispusieran a meditar serena y desapasionadamente en sus propios problemas frente a esta encuesta, y con toda dignidad la contestaran, estamos seguros de que podríamos reunir un espléndido material que, enriqueciendo nuestro saber, se transformaría en una e n o r m e m e j o r a de nuestro trabajo. Invitamos, entonces, a todos los que nos lean a contestarnos con la misma franqueza con que nosotros escribimos.

FE CONSTRUCTIVA EN LA ACCION ANTITOTALITARIA

MUCHO antes de que desde las esferas oficiales se lanzaran voces de alarma contra el peligro de la expansión totalitaria en América, habíamos planteado la urgente y vital necesidad de polarizar todas las fuerzas populares, culturales y espirituales en una gran corriente defensiva destinada a prevenir a los pueblos de ese peligro mortal, y oponerle, llegado el momento decisivo, con el único argumento que entonces hay que poner en práctica para anularlo: el de la fuerza, el de la acción combativa llevada al máximo grado de eficiencia técnica.

Hoy, en este preciso momento que vivimos, parece ser esa la preocupación dominante que inquieta a millones de seres que pueblan este Continente, mientras en el Viejo Mundo la inquietud se convirtió en una pavorosa pesadilla que gravita de un modo absoluto sobre la vida diaria de todos los pueblos. Al punto a que hemos llegado, nadie puede eludir en ningún sentido esa cuestión candente. Ya sea que se trate de cuestiones económicas generales, ya de los intereses directos y específicos de las clases laboriosas; ya debamos referirnos a problemas de comercio internacional o a las reivindicaciones inmediatas de las organizaciones obreras en distintos países americanos. O bien hayamos de enfocar cualquier cuestión relativa al desarrollo cultural o científico de los pueblos, debemos, con absoluta necesidad, referirnos al gran problema de fondo que todo lo condiciona, dando un carácter angustiosamente precario a todas las soluciones del momento. A saber: si el "nuevo orden" totalitario será o no una realidad en estos países. Nadie puede, honestamente, eludir este dilema. Y, aunque todos los días se firmen pactos de colaboración americana y se pronuncien solemnes declaraciones en pro de la solidaridad continental y de la defensa de la democracia, nadie cree realmente que ello importe sólidas garantías en ningún sentido. Demasiado nos han enseñado los últimos acontecimientos mundiales lo efímero que resulta todo eso cuando no está respaldado en una verdadera fuerza espiritual y material, cuando es fruto de mezquinos compromisos, cuyo incumplimiento se reservan tácitamente los mismos que los contraen.

De todos modos, el hecho de que la lucha contra el totalitarismo esté a la orden del día en todas partes, sería altamente alentador si no se hubiera producido un poco tardiamente y si su planteamiento no estuviera viciado, en general, por ciertas inhibiciones y contradicciones que dificultan singularmente la verdadera acción de lucha contra el temible flagelo.

Tardíamente, porque se ha producido bajo la impresión de los rápidos avances del nazismo en Europa, determinando que para mucha gente, especialmente para ese tipo humano que se llama el "ciudadano medio", el planteamiento de ese problema se realice en gran parte bajo el signo del apremio y aun del pánico, que no es, ciertamente, el más adecuado para hallarle una solución conveniente. No se trata precisamente, a nuestro juicio, de una cuestión estricta de tiempo, sino de impresión psicológica. Es bien sabido que uno de los lados fuertes del nazismo y que más ha contribuído a su rápida expansión es el inteligente manejo del arma psicológica. Entre otros efectos del mismo, está en explotar la impresión de su carácter incontrastable y de la fatalidad de su triunfo. Quienes caigan bajo esa impresión deprimente, cualesquiera sean sus ideas, se encuentran inhabilitados para constituir un fuerte de resistencia y de contención frente a los avances efectivos de las fuerzas totalitarias, que a menudo son cuantitativamente reducidas.

Hay, pues, una cuestión primordial a resolver, si se quiere que la lucha antitotalitaria en América no se limite a pura fraseología. Y es la de promover una enérgica reacción psicológica de los pueblos amenazados, la afirmación de una sólida base espiritual, que permita suscitar todos los esfuerzos materiales que sean precisos para la lucha. Es necesario suscitar y poner en marcha una poderosa fuerza moral, como condición absolutamente indispensable para constituir la fuerza real, física, que las circunstancias requieren. La experiencia de la propia guerra actual, donde la intervención de la máquina parece ser decisiva, confirma, no obstante, la enorme importancia del factor moral, base previa de los demás factores que deciden la contienda. Un pueblo sin moral de lucha, sin fe en su destino, es un pueblo vencido de antemano, no importa las armas de que disponga.

Ahora bien; la moral de lucha, la fe en el propio esfuerzo, no pueden crearse simplemente por la prédica o la propaganda, por mucho que éstas pueden ser también un arma de primer orden. Tampoco pueden obtenerse sacrificios de los pueblos mediante consignas puramente negativas. Luchar CONTRA el fascismo, CONTRA el absolutismo autoritario, CONTRA la esclavitud amenazante, es algo realmente digno, merecedor de todos los sacrificios. Pero ello no puede ser suficiente para las grandes masas a las cuales se demandan esos sacrificios. Necesitan, además, tener la sensación de luchar POR algo que en sí sea grande y valioso, POR algo que les interese vitalmente defender y a lo cual esté ligado la vida y el bienestar de cada uno. POR algo en que el pueblo tenga intervención apasionada y directa.

Y es ahí donde aparece uno de los puntos más débiles en la lucha contra la amenaza totalitaria por parte de los regímenes establecidos en América. Evidentemente, el "statu quo" vigente, con todas sus contradicciones y miserias que pesan sobre las grandes masas de la población continental, no se presta para suscitar pasión o entusiasmo para su defensa. Cierto es que, de imponerse un sistema totalitario, cualesquiera fueran sus modalidades, las cosas empeorarían notablemente. Pero este razonamiento no basta para vencer la inhibición de los pueblos, máxime cuando una demagogia hábil y provista de múltiples recursos sabe explotar en gran escala el descontento popular, desviando la atención del grave peligro que nos amenaza. Falta en absoluto la presentación del aspecto positivo de la lucha, que debería ser o bien una realidad auspiciosa o un ideal promisorio, capaz de arrebatar los espíritus y poner en tensión las voluntades.

Nada de eso ha sido ofrecido ni planteado por los voceros oficiales de la cruzada antitotalitaria en América, quienes sólo se han esforzado en señalar —véase el último discurso de Roosevelt— lo mucho que perderían los pueblos en libertad y bienestar si el nazismo se impusiera en el Continente. No pueden hacer otra cosa esos voceros, atados como están a intereses y prejuicios eminentemente conservadores, que pesan sobre ellos mucho más que el deseo de aniquilar el peligro totalitario. Esto mismo explica por qué la cuestión se ha planteado tardíamente, por qué no se han tomado ni se toman medidas realmente eficaces contra la infiltración fascista, y por qué ésta se produce con tanta facilidad y rapidez, contando con auxiliares entre los mismos que oficialmente tienen la obligación de defender la democracia.

Vale la pena encarar resueltamente este aspecto de la cuestión, ya que se trata de un problema de vida o muerte para la libertad de los pueblos, y, por otra parte, de nada vale ilusionarse descansando en falsas seguridades o confiar en fuerzas que sólo son tales en apariencia.

Dejando a un lado toda especie de preocupaciones doctrinarias —ninguna doctrina política o social ha dejado de sufrir profundas modificaciones por efecto de los acontecimientos producidos en el último decenio—, podemos afirmar que el orden vigente, caracterizado por los principios de la democracia formal y del capitalismo privado, no es ya viable desde ahora en adelante y de ningún modo podrá sobrevivir a la tremenda conmoción producida por la actual, que evoluciona rápidamente hacia proyecciones mun-

A. DIAZ URRIETA

diales. Tácitamente lo admiten sus propios defensores al proponer cada vez más, como soluciones a determinados problemas perentorios, procedimientos tomados de los sistemas totalitarios, ya que no es otra cosa el creciente intervencionismo del Estado en la vida de relación. Los pueblos comprenden o intuyen que lo actual es precario, vacilante, condenado a desaparecer. Y se mantienen en una recelosa expectativa, después de haber sido decepcionados en sus fáciles y no muy lejanas esperanzas de una rápida y justiciera transformación social.

No creemos exagerar en lo más mínimo al afirmar que esa corriente de decepción, que ha cundido lo mismo en Europa que en América, ha contribuído con mucho a facilitar la labor demagógica de los totalitarios. Insistimos en la imposibilidad de que las grandes masas se muevan sin una fe, sin la confianza en el triunfo y sin cierta seguridad de lograr algo que merece los mayores sacrificios. El fascismo supo explotar el desengaño de los pueblos y la pérdida de la fe revolucionaria, sustituyéndola por una especie de mística feroz, a veces sádica, a veces masoquista, frente a la cual los desteñidos ideales de democracia y liberalismo nada pueden y nada significan. Todo lo demás, es decir el fulminante hundimiento de las democracias y, en general, la decadencia de las corrientes de libertad en el mundo, es en gran parte consecuencia directa de ese fenómeno de psicología colectiva.

Si se quiere contrarrestar eficazmente ese fenómeno deprimente hallando una firme base moral en la lucha contra la barbarie totalitaria, galvanizando realmente las energías populares, despertando el espíritu colectivo de creación y de sacrificio, hay que restituir a las grandes masas humanas la fe perdida, ofrecerles fines positivos de acción, garantías de verdadera justicia y, sobre todo, participación directa en la creación de un orden nuevo en la sociedad que habrá de ser la antítesis del "nuevo orden" de los totalitarios, diferenciándose profundamente de la democracia capitalista que ha existido hasta ahora y que está virtualmente condenada a desaparecer.

No se trata ya de adoptar o imponer cualquier "ismo" social o revolucionario, sino de admitir francamente un hecho inexorable y obrar en consecuencia. Este hecho, repetimos, es la imposibilidad de que el mundo continúe regido por el mismo sistema que ha regido hasta hace algunos años. O bien se renueva marchando hacia el establecimiento de nuevas y superiores formas de convivencia social, donde la gran masa popular jugaría un verdadero papel de protagonista y beneficiario; o bien se establecerá el régimen duro, estrictamente jerárquico e inhumano que significa el Estado totalitario. La otra solución a la que quieren aferrarse los abanderados de la democracia burguesa —la de mantener el "statu quo"— es necesariamente transitoria y aparece, cuando mucho, con los caracteres de un "mal menor". Como tal, no puede en ningún caso despertar grandes entusiasmos, ni resistir por largo tiempo los embates de la demagogia totalitaria.

¿Qué hacer, pues? Limitarnos a diagnosticar, y mal, y observar sus progresos en el cuerpo social, no puede satisfacer a quienes poseen cierto sentido de responsabilidad y la comprensión de la tremenda catástrofe que nos amenaza. La observación sin disimulos de la cruda realidad actual no nos exime de la obligación de luchar contra ella por precarias que sean las condiciones de la contienda. En el caso planteado, lo urgente, como hemos señalado, es restituir en el pueblo la fe en el porvenir, la confianza en el propio esfuerzo, haciéndolo en relación con la auténtica e impostergable lucha contra cualquier forma de dominio totalitario.

Para ello es indispensable ligar el sentido de esta acción preventiva con el de una efectiva reconstrucción social que habrá de producirse como desenlace de la gran crisis que vivimos, si sabemos movilizar y poner en acción suficiente voluntad popular para imponer esa salida. Que el problema de la lucha contra el totalitarismo no sea una cuestión que se deje en manos de determinados gobernantes o grupos dirigentes, sino algo que interesa vital y directamente a cada uno de los hombres del pueblo, que afecta al porvenir de la especie humana; lucha que puede y debe superar en mucho la defensa de las normas de relación actualmente existentes, para implantar un sistema más digno y más equitativo, exento de los profundos vicios y contradicciones que nos han llevado al actual estado de cosas.

¿Es o no factible promover esa reacción saludable en las masas, comunicándoles una nueva fe constructiva? Nosotros sólo afirmamos que ello es indispensable si se quiere realizar real y consecuente acción antifascista. Razón suficiente, a nuestro juicio, para intentar esa gran empresa, en pos de la cual vale ciertamente consumar toda suerte de sacrificios, aunque sólo fuera por las minorías conscientes a las que no satisface la trillada retórica con la cual, desde diversas tribunas donde se enarbolan gastados símbolos, pretenden suplir la verdadera acción combativa que el momento requiere.

SOBRE EDUCACION PUBLICA

Los verdaderos maestros, lo mismo que las verdaderas madres, no se hacen temer del niño: se hacen amar.

El mejor método para entorpecer la inteligencia del niño es hacerle repetir mecánicamente fórmulas y definiciones que no entiende.

Hay inspectores y también directores que juzgan a los maestros por el forro de sus cuadernos. ¡Miopes! No ven más allá del papel de embalar.

Admito dos divisiones en el magisterio: los maestros y los empleados del Consejo de Educación al servicio de la enseñanza. Igual división hay entre los catedráticos: los profesores y los tomadores de lección.

¿No sientes una risueña emoción en presencia de un enjambre jovial de niños? ¿No sientes el anhelo de proveer de escuela a un núcleo de población que no la tiene? ¿No? Entonces, no eres maestro.

Hay dos tipos de maestros cualitativamente distintos: los que trabajan pensando en la visita del inspector y los que trabajan pensando en el porvenir del niño, vale decir, en el porvenir de los pueblos.

Domingo A. Bravo

BIBLIOGRAFIA

"LOS COMUNEROS", por Germán Arciniegas, en edición de Zig-Zag, de Santiago de Chile

Esta nueva edición de la magnífica evocación histórica que hace Germán Arciniegas de las sublevaciones populares contra el sistema colonial en Sud América, a fines del siglo XVIII, viene con suma oportunidad, en este momento en que algunos pretenden rehabilitar sistemas de opresión que se creían definitivamente condenados ante la historia.

Arciniegas, que declara en el prólogo expresamente no ser un "historiador profesional", pero que ha escudriñado empeñosamente en los documentos más auténticos de la época, nos ofrece en esta obra una nítida y potente visión de conjunto de ese movimiento de la plebe americana, precursor de las posteriores revoluciones de la independencia, y lo hace con tanto fervor y con profundo aliento de simpatía por la masa vejada, escarnecida, ingenua, rebelde y traicionada, que nos hace vivir la tragedia de aquellos lejanos días, con la misma emoción que si leyéramos crónicas de luchas recientes, que hieren más nuestra sensibilidad, porque nos sentimos un poco protagonistas de las mismas.

La revolución de los comuneros, que tuvo por teatro la región de Nueva Granada y Venezuela, como antes la de Paraguay, aparece como una vasta y espontánea rebelión de los nativos —indios, negros, mestizos "fundidos en un solo haz"— en contra de las extraordinarias exacciones del sistema colonial español, contra la fantástica variedad de impuestos que los corregidores y visitadores regentes hacían gravitar sobre el pueblo y que lo condenaban a una miseria desesperante y sin salida.

Era tan implacable y poderoso ese sistema de expoliación, que se imponía hasta por encima de la voluntad de reformas que animaba a algunos virreyes populares, progresistas a su modo, que quisieron aliviar la pesada carga que aplastaba a indios y criollos. Pero sus tímidos esfuerzos en ese sentido no se realizaron, como fueron letra muerta las leyes de Indias y otras providencias que acusaban una teórica preocupación humanitaria. La realidad americana era la de los feroces encomenderos, la de los duros corregidores, guardas, estanqueros, cobradores de impuestos, pechos, alcabalas, administradores de absurdos monopolios.

Contra esa permanente iniquidad insurgen los indios, después de siglos de sometimiento. Las autoridades españolas quedan desconcertadas. No podían imaginar nada semejante, acostumbradas a la infinita mansedumbre de ese pueblo, educado en ella por los curas doctrineros. El estupor paraliza por un momento la represión colonial, y el movimiento se extiende como un reguero de pólvora por todo el virreynato, haciéndose los comuneros dueños de la situación.

Auténtico y espontáneo movimiento de una masa oprimida, carece aparentemente de cuanto pudiera llamarse, con nuestro lenguaje de hoy, una finalidad política. Los comuneros no se rebelan contra el rey de España, ni hablan de independencia. Su grito de guerra es: "¡VIVA EL REY Y MUERA EL MAL GOBIERNO!". Ellos sólo piden que se supriman los abusos, que desaparezcan ciertas insoportables alcabalas, que se suprima el monopolio del tabaco, que se destituyan a algunos corregidores. Todas sus reivindicaciones son de ese tipo. Por lo demás, el movimiento es casi pacífico e incruento. Ante el empuje arrollador de la muchedumbre, los administradores huyen y los pocos caballeros españoles y soldados del rey deponen las armas. Los comuneros no ejercen actos de venganza. Se contentan con destruir los odiados estancos, poner en común los valores secuestrados y regocijarse con la liberación conquistada. Y sin dejar de protestar siempre de su fidelidad al católico monarca y a la santa iglesia.

Indudablemente, el fervor rebelde que anima a la masa va más allá de sus reclamos inmediatos. Pero la masa no tiene conciencia de ello. Tampoco tiene jefes ni caudillos que la dirijan realmente. Hay un hecho singular. La masa, el común, nombra sus jefes, sus "capitanes". Pero éstos no son revolucionarios ni quieren el movimiento. Son designados contra su voluntad, a "viva fuerza", entre los ricos del pueblo, entre comerciantes, traficantes de esclavos, burgueses incipientes. La masa los empuja, los desborda, los obliga a marchar. Y ellos marchan con la masa, la mandan y enfrentan a las autoridades de la colonia, pactan con ellas y terminan traicionando vilmente a quienes los habían levantado, haciéndoles héroes a la fuerza. He ahí uno de los rasgos trágicos de la trágica lucha de los comuneros. Así eran todos sus capitanes, con la sola excepción del mulato José Antonio Galán, héroe auténtico y legendario de la revolución comunera, traicionado a su vez, perseguido y entregado a los verdugos por otros "capitanes".

Oigamos al autor: "Extraña historia la de los comuneros, que parece una historia al revés. Buscad al héroe, al gran capitán, y no lo veréis nunca. Detrás de esos hombres vestidos de capitanes está la plebe formidable. Lo que vale no es sino el fondo oscuro donde se mueven los pueblos. La turbamulta anónima, con todo su desorden, su miseria, su abigarramiento. Indios y mulatos, esclavos, negros y zambos parlanchines: todo es lo mismo. Y lo mismo son los mozos que los viejos, y los varones que las mujeres. No se trata de una escuela ni de un partido: no hay un "ismo" para calificar a esas gentes: hay una simple y sencilla fraternidad humana, crudamente humana, que se ve tal y como las gentes del pueblo que llegan en los domingos al mercado. Aquí no hay comunistas, sino comuneros. La palabra es más hermosa, más altiva. Los comunistas de Rusia serán pobres campesinos alistados bajo la bandera de un jefe. Los comuneros de Castilla, los comuneros de América, son el pueblo que cae de golpe a las plazas para inventar sus capitanes".

Esa masa ingenua y patética se acerca triunfante a Santa Fe, la capital del virreynato de Nueva Granada, hoy Colombia. Viene dispuesta a consolidar su triunfo, a imponer las "capitulaciones", es decir, el reconocimiento de sus justos pedidos. Las autoridades tiemblan de pánico. Temen mortalmente la entrada de los comuneros en la ciudad. Para evitarlo, la Real Audiencia despacha una comisión encabezada por el arzobispo Caballero y Góngora, para parlamentar con los rebeldes. En el pueblo de Zipaquirá se realiza el debate entre los representantes del poder español y los capitanes del común.

Allí comienza el principio de la tragedia de los comuneros, porque es el principio de la traición que los hará víctimas. El arzobispo tiene la misión diplomática de engañarlos y ganar tiempo. Se discuten, punto por punto, las capitulaciones, y al final, todas son aceptadas. Son treinta y cinco puntos que, "de aceptarse, implican una rectificación completa del régimen colonial".

Abolición de impuestos, supresión de pesadas gabelas y humillaciones, garantías de trato más humano. Después de muchos regateos, los comisionados de la Real Audiencia han cedido. Y todos juran sobre los Santos Evangelios cumplir y observar lo acordado. Los comuneros han triunfado. Una ola de júbilo se extiende por el Continente.

Pero es un júbilo efímero. Los pérfidos "chapetones" sólo han cedido en apariencia para evitar la entrada de los indios en la capital. Una vez que aquéllos se desgranan y vuelven a sus pueblos, empieza a trabajar la máquina de la represión colonial. Un regimiento perfectamente armado sale de Cartagena y comienza la labor de "pacificación", que significa el sacrificio de millares de indios, batidos después de haber sido aislados. El arzobispo colabora con católica hipocresía en esa pacificación. Todos los caminos, las entradas de las ciudades, etcétera, ostentan el trofeo macabro de cabezas de indios, exhibidas como ejemplar demostración de caridad cristiana. Las capitulaciones son anuladas de un golpe. De nada valió el juramento sobre los Evangelios. La sutileza clerical y leguleya encuentra pronto coartadas y pretextos para declararlas nulas. El orden colonial se restablece en su terrible integridad, mientras es supliciado el héroe comunero Galán, después de que en el lejano Cuzco es torturado y muerto el noble rey inca Tupac Amarú. Para completar el cuadro, son perdonados y premiados los capitanes y traidores y cubiertos de honores cuantos ayudaron en la pérfida tarea de engañar y asesinar a los comuneros, como ese alcalde Galavis, que, en el momento de firmar las capitulaciones, hace labrar un acta por un escribano donde las declara nulas y sin valor por haber sido impuestas por la fuerza.

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de esa historia, tal como aparece en la brillante evocación de Arciniegas. Varios capítulos dedicados a complementar el grandioso cuadro, presentan aspectos particulares de la lucha, trazan fuertes aunque sobrias semblanzas de algunos personajes aislados, como José Antonio Galán y el propio Tupac Amarú, víctima de su indecisión y de sus escrúpulos. De la otra parte, define con algunos trazos la personalidad de Florez, el virrey progresista, vencido por el insidioso Visitador Gutiérrez de Piñerez, alma de la exacción fiscal, y por el arzobispo Caballero y Góngora, el político astuto que ocupa luego el cargo de virrey.

Libro fervoroso y apasionado, aunque estrictamente objetivo y justo, "Los Comuneros" constituye una formidable requisitoria contra el régimen colonial que el falangismo hispano pretende glorificar ahora, a la vez que reedita, aumentándolos, a costa de los propios trabajadores españoles, los métodos de expoliación que cientos de años atrás se aplicaban en los pueblos de América.

Libro digno de ser leído y meditado por cuantos sientan interés por los movimientos populares en América.

JACOBO PRINCE

REVISTAS RECIBIDAS

Acción Económica, Buenos Aires.
Ariel, San José de Costa Rica.
Anales de la Universidad de Chile, Nros. 33, 34, 35, 36, 37 y 38, Santiago de Chile (Chile).
Boletín de Educación, Santa Fe.
Cultura, Cañada de Gómez.
Conducta, Buenos Aires.
Columna, Buenos Aires.
El Rotativo Cervecero, Quilmes.
El Auto Rosarino, Rosario.
El Diluvio, San Juan (Puerto Rico).
Higiene y Salud, Montevideo (Uruguay).
Judaica, Buenos Aires.
Juventa, Progreso, Yuc. (México).
Justicia, Jersey City, N. Y. (U.S.A.).
Letras Brasileñas, S. Paulo (Brasil).
Luminar, Firmat.
Maná, Azul.
Nun, Rosario.
Nederland, Buenos Aires.
Oriente y Occidente, Buenos Aires.
Pasos, Caracas (Venezuela).
Por la Francia Libre, Buenos Aires.
Picada, Santiago del Estero (F. C. C. A.).
Revista de Economía y Finanzas, Lima (Perú).
Revista Nacional de Cultura, Caracas (Venezuela).
Revista del Museo Social Argentino, Buenos Aires.
Renovigo, México, D. F. (México).
Revista Naturista, Buenos Aires.
Ruta, Jinotega (Nicaragua).
Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería, La Plata.
Síntesis Naturista, Córdoba (F. C. C. A.).
Sarmiento, Rosario (F. C. C. A.).
Saeta, Buenos Aires.
Tegucigalpa, Tegucigalpa (Honduras).
Variedad, Dallas, Texas (U. S. A.).
Ultra, La Habana (Cuba).

"MAQUINISMO", B. Mena Brito. — Ediciones Botas. — México

En hermosa edición de 120 páginas, el señor Mena Brito publica el resumen de una conferencia pronunciada en Nueva York en 1920, auspiciada por componentes del partido comunista. Si ciertamente el autor no comparte esta ideología, accedió a presentarse ante un auditorio preparado para estimularlo a continuar aceptando invitaciones similares y ponerlo de pantalla para los fines de dicho partido.

La primera parte de su exposición enfoca al maquinismo propiamente dicho, tal cual se presenta en nuestros días con respecto al futuro manumisor de la humanidad. En este orden presenta un plan de reorganización social irrealizable aun dentro de los próximos dos mil años, sobre una base puramente estatal, teniendo presente el paso lento y tozudo en que la húmana mentalidad avanza. Sin embargo, al respecto del maquinismo, o sea su equivalente la fiebre del sistema de standardización del trabajo humano por etapas y la consiguiente mecanización del hombre que se torna en bestia al realizar determinadas tareas automáticamente, arrancándole su parte moral y sensitiva, está lograda dentro de un marco totalmente humano. Podemos discrepar en cuanto a la aplicación de procedimientos, pero lo cierto es que estamos de acuerdo en que la máquina en su primera época "fué la fuerza creada por el hombre para disfrutar de ella a voluntad y redimirlo de la esclavitud a que lo sujetó la sociedad, al utilizarlo como fuerza bruta en el trabajo manual o personal. Actualmente la máquina se encuentra al servicio del individualismo, y por lo tanto no llena su verdadera función social. Los tiranos de la humanidad la utilizan contra el hombre. En el terreno material se ha creado un estado de guerra entre el hombre y la máquina. El proletariado mira con terror la máquina. El capitalista; como arma". Sin embargo, para que la máquina cumpla su misión verdadera debe ser vista "como elemento de redención por el proletariado".

"La era del maquinismo debe tender a liberar al hombre del trabajo manual; a procurarle todas las comodidades que necesite; a desarrollar su inteligencia para ponerla al servicio común; a hacer de la máquina un compañero en la realización de sus ideales".

El autor encuentra la solución del problema con que los obreros sacrifiquen horas de trabajo, jornadas más reducidas y "los industriales reduciendo sus utilidades". La "fórmula no puede ser más sencilla", suponiendo que el capitalismo se aviniera a ello voluntariamente, pero dado que éste ha comprado la máquina para aumentar el rendimiento de trabajo, en su propio beneficio, sólo sería posible llegar a tal situación cuando las industrias estuvieran socializadas, porque la máquina es hoy por hoy la única defensa seria del capitalismo. Como no habla, se convierte en vasallo incondicional. Para el capitalista la máquina vale más que el hombre, que el burgués no compra como a aquélla. El hombre es producto de desprecio: se alquila, y en el alquiler no pone condición. Cuando reacciona, lo que tarde ocurre, tórnase en enemigo del capitalista que éste arroja a la calle, pero la máquina no se rebela, y aun cuando ello sucediera, tampoco podría hacerlo por cuanto es algo de lo que el capitalista depende.

El plan del Sr. Mena Brito, con su estado, religión y todo, sería de difícil realización, porque el orden social hoy día descansa precisamente sobre esta base. Lástima que en cuatro lustros de historia sangrienta y fascismo agudo el señor Mena Brito no haya tenido oportunidad de llegar a estas comprobaciones, ante el vuelco que en este interin han sufrido las instituciones humanas de todo matiz y color, como jamás se ha conocido. La máquina tiende a redimir al hombre, ya lo afirmó Nicolai, y en esto no caben discusiones, pero no en nuestra civilización de hierro que traduce en metal hombres y cosas.

La exposición, de amplio sentido humano, es acreedora del aplauso, porque denota un evidente deseo de utilidad común para la convivencia de los hombres.

La segunda parte del libro trata de diversos aspectos de carácter esencialmente político y conversaciones mantenidas con el presidente Carranza sobre dos artículos de la Constitución mexicana.

CAMPIO CARPIO.

"VISPERA"

Por Juan Cicco, Buenos Aires, 1940

Es el primer libro de un hombre situado en un pueblo de provincia. Tiene tristeza provinciana, su prosa correcta. Tal vez un poco de esa tristeza literaria de los clásicos franceses: sin protestas.

El mismo lo dice: "No sé dónde estoy. He arrojado al mar todas mis voces. Solo, en medio de la ciudad, soy como la pitada de una fábrica sin obreros. Como la sirena de un barco que arrima a puerto sin un ser a bordo".

Hasta en las figuras es triste. La soledad de un hombre QUE QUIERE SER, en un pueblo remoto. Sin esperanzas. Sin consuelo. Moviéndose como un autómata dentro de un cerrado círculo de intereses, de costumbres, de modorra, de vieja modorra con musgo.

Porque se ha nacido en un ambiente canse y triste.

Ansias de salir llorando a la calle para gritar... y quedarse al lado del fuego leyendo a Axel Munthe, o azorado junto al cajoncito de la niña muerta.

Eso es "Víspera", el primer libro de un novel escritor de la ciudad bonaerense de Bolívar.

P. G.

"LATIDOS"

Por NATIVIDAD PARODI

En Rosario, urbe inquieta, dinámica y progresista, reside la joven y dulce poetisa autora del libro "Latidos". Allá, retraída al constante estruendo del trajín cotidiano, ella teje sus armoniosos versos; combina sus más coloridas imágenes, en un anhelo fervoroso de superación.

Del magnífico conjunto se destacan: "El llamado eterno", "Canto a la vida", "Canta", "¡Piedad...!", "Optimismo", "Bohemia", "Amor", etcétera.

"Latidos", libro de versos sentidos que se debe a la pluma de la poetisa Natividad Parodi, consta de 100 páginas, y lo respalda un meditado y justiciero prólogo del Dr. Calixto Lassaga.

"ORACIONES"

Por JOSE GONZALEZ HERMIDA

Es el libro primigenio que en un estilo sencillo, pulcro y cordial, ha escrito el señor José González Hermida. El mismo autor se presenta en breves líneas al público lector. El sabe, en su aislamiento espiritual, que la poesía lo aleja de la triste realidad que vive el mundo. Su encomiable trabajo está dedicado a Nueva Pompeya, barrio que lo ha visto nacer. Y lo hace de todo corazón.

Como todo poeta nuevo, al iniciarse al noble cultivo del verso, Hermida siente predilección por lo más difícil en el arte de la rima: el soneto. Pues este género de poesía es el que abunda en su libro pleno de vida, de color y belleza.

"AGUA DE REMANSO"

Por LUIS HERNANDEZ AQUINO

Desde Puerto Rico, enviado por su autor el poeta Sr. Luis Hernández Aquino, hemos recibido su interesante libro de poemas titulado "Agua de remanso". Viene precedido de una conceptuosa dedicatoria, en la que pone de manifiesto su admiración por la labor tesonera de HOMBRE DE AMERICA.

El poeta, al ofrendarnos generosamente su cosecha lírica plena de frescura, rica en bien logradas metáforas y matizada de su ya inconfundible estilo, lo hace con la sencillez de los espíritus cuyo afán es sólo sembrar la belleza y la armonía del arte.

El poeta portorriqueño Luis Hernández Aquino siente lo que escribe, pues su sentimiento lo trueca en música...

Su libro "Agua de remanso", en el que se destacan "Canción profunda", "El nuevo retorno", "Alegoría del sueño", "El poeta cantaba la noche" y otros valiosos trabajos, lo definen como a un inspirado y buen versificador. Vayan a él nuestras felicitaciones.

Domingo Alberto BLUNNO

NUESTRO CANJE

PERIODICOS RECIBIDOS

Argentina Libre, Buenos Aires.
Acción Libertaria, Buenos Aires.
A Capital, Sao Paulo (Brasil).
Boletín de Cultura Intelectual, Rosario (F. C. C. A.).
Boletín de la Cuarta Internacional, Nueva York (U. S. A.).
Boletín de Bigliografía Yucateca, Mérida de Yucatán (México).
Boletín del Gráfico, Rosario (F. C. C. A.).
Claridad, Avellaneda (F. C. S.).
Correo de Asturias, Buenos Aires.
Diario del Sureste, Mérida de Yucatán (México).
El Correo de Firmat, Firmat (F. C. C. A.).
El Trabajo, Mar del Plata (F.C.S.).
El Magisterio, Corrientes.
El País, Asunción (Paraguay).
El Tiempo, Asunción (Paraguay).
Estudos, Fortaleza-Ceará (Brasil).
El Porvenir, Suncho Corral (Santiago del Estero.
El Iris, Montevideo (Uruguay).
El Indio, Buenos Aires.
El Imparcial, Posadas (F.C.N.E.A.).
El Auto Colectivo, Buenos Aires.
El Obrero del Pan, Rosario (F. C. C. A.).
El Despertar, Concepción del Uruguay (F. C. E. R.).
El Faro, Ingeniero White (F. C. S.).
Edición Rural, Buenos Aires.
El Sombrerero, Buenos Aires.
El Regional, Punta Alta (F. C. S.).
El Régimen, Bahía Blanca (F. C. S.).
El Intransigente, Salta (F.C.C.N.A.).
Emancipación, Asunción (Praguay).
El Pueblo, Santa Lucía (Uruguay).
El Surco, Cruz Alta (F. C. C. A.).
Gaceta de Limeira, Sao Paulo (Brasil).
Itinerario de América, Buenos Aires.
Il Martello, Nueva York (U. S. A.).
La Reforma, Rosario (F. C. C. A.).
La Gaceta, Tucumán (F. C. C. A.).
La Reforma, Tucumán (F. C. C. A.).
La Tribuna, Asunción (Paraguay).
La Verdad, Resistencia (F. C. S. F.).
La Voz de Salto, Salto (F.C.C.B.A.).
La Protesta, Buenos Aires.
L'Adunata dei Refrattari, Nueva York (U. S. A.).
La Verdad, Teodolina (F. C. P.).
La Batalla, México D. F. (México).
La Voz Lajera, Villa San José de las Lajas (Cuba).
La Riscossa, Tampa, Fla. (U. S. A.).
La Obra, Buenos Aires.
La Libertad, San Carlos (Uruguay).
Micrófono, Espigas (F. C. S.).
Marcha, Montevideo (Uruguay).
Nueva Epoca, General Alvear (Mendoza).
Nueva Gaceta, Buenos Aires.
Normas, Ombúes de Lavalle (Uruguay).
Nueva Vida, Avellaneda (F. C. S.).
Nueva Epoca, Punta Alta (F. C. S.).
Norte, Santa Fe (F. C. C. A.).
Organización Obrera, Buenos Aires.
Olimpia, Corral de Busto (F.C.C.A.).
Proa, Corrientes.
Pueblo Asturiano, Buenos Aires.
Repertorio Americano, Buenos Aires.
Rosario Bibliográfico, Rosario (F. C. C. A.).
Rojas, Rojas (F. C. C. B. A.).
Solidaridad Obrera, Buenos Aires.
Tribuna, Tafí Viejo (F. C. C. N. A.).
Tribuna de Previsión Social, Montevideo (Uruguay).
Tanke, Buenos Aires.
The Call, Nueva York, N. Y. (U.S.A.).
Unión Sindical, Buenos Aires.
Unión Gráfica Correntina, Corrientes.
Unión, Rosario.
Vida del Ateneo, Buenos Aires.

LIBROS RECIBIDOS

Prosas Breves, por G. Busciolano Lazo, Bánfield (F. C. S.).
Motivos de la guerra, por G. Busciolano Lazo, Bánfield (F. C. S.).
En los albores de la personalidad, por M. Sylvia Mazzantini, Rosario (F. C. C. A.).
Cuba contra la guerra imperialista, folleto de Juan Marinello, La Habana (Cuba).
Los Comuneros, por Germán Arciniegas, Buenos Aires.